



BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

XXIII

CUENTOS  
DE LOS  
SIGLOS  
XVI Y XVII



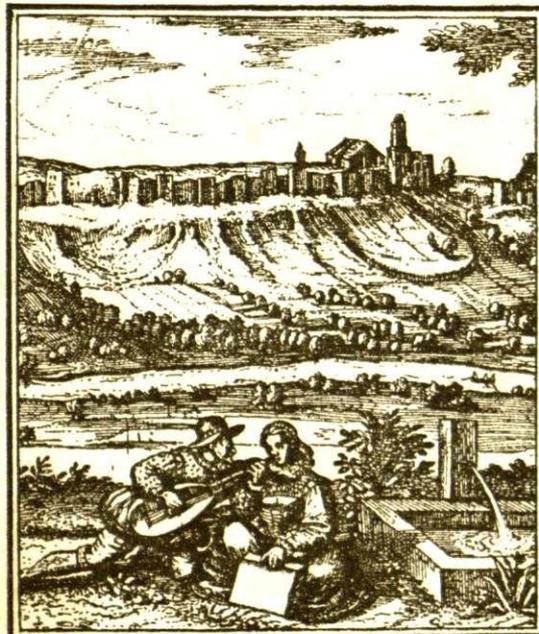
JAE

238

JUNTA PARA AMPLIACION  
DE ESTUDIOS  
INSTITUTO ESCUELA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL  
ESTUDIANTE XXIII

CUENTOS DE LOS  
SIGLOS XVI Y XVII









JAE  
238

360-3 "15/16"

CUENTOS  
DE LOS SIGLOS XVI Y XVII



0275908 000 002

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE  
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

TOMO XXIII

CUENTOS DE LOS  
SIGLOS XVI Y XVII

SELECCION HECHA POR  
M. HERRERO GARCIA

MADRID, MCMXXVI  
INSTITUTO — ESCUELA  
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

Q: 4293





*Esta antología se propone tres cosas principales. La primera, presentar especímenes de todas las formas en que fué cultivado el cuento en España en la época clásica: desde la simple anécdota que cabe en una hoja de almanaque, hasta la narración que linda con la novela corta.*

*En segundo lugar, se ha querido dar entrada al mayor número posible de autores, que es al mismo tiempo dar a conocer el mayor número de estilos, prefiriendo, como es natural, aquellos que no debe desconocer un estudiante.*

*El tercer propósito ha sido no dejar fuera de este libro ninguno de aquellos cuentos que han recibido general consagración, ya dentro de la literatura española, ya dentro de la tradición novelística erudita, ya en el folklore universal.*

*El texto es reproducción de las ediciones más autorizadas, modernamente ortografiado, y a veces puntuado con arreglo a nuestro criterio.*

*Las notas, desnudas de todo aparato de crudición, atienden a dar el sentido de las locuciones clásicas, sustituyéndolas sencillamente por otras del lenguaje actual. Otras veces son meras advertencias, solamente justificables dada la índole de lectores a quienes el libro va dirigido.*

M. H. G.





## FRAY ANTONIO DE GUEVARA Y DE NOROÑA

(1480?-1545?)

Era oriundo de las Asturias de Santillana y de noble familia. Tomó el hábito franciscano y desempeñó los cargos de predicador y cronista de Carlos V. Acompañó al monarca en la jornada de Túnez y en sus viajes por Italia, y murió siendo obispo de Mondoñedo.

Sus obras principales son:

*Libro llamado Relox de Principes, conocido por el libro áureo del Emperador Marco Aurelio, obra de carácter didáctico político; Menosprecio de Corte y alabanza de aldea y las Epístolas familiares.*

### IDEA DE LA MUERTE

(De *El Reloj de Principes.*)

1529

Cleobolo y Biton fueron hijos de una famosa mujer, la cual era sacerdotisa de la diosa Juno; y como se llegase el día de la gran solemnidad de aquella diosa, aparejaron los hijos un carro, en que la sacer-

dotisa de su madre fuese al templo; porque tenían en costumbre los griegos que el día que los sacerdotes habían de ofrecer solemnes sacrificios, o habían de ir en brazos o los habían de llevar en carros. Acataban tanto sus templos, tenían en tanto sus sacrificios y honraban tanto a sus sacerdotes, que si algún sacerdote ponía los pies en el suelo, no le consentían aquel día ofrecer sacrificio. Fué, pues, el caso, que caminando aquella sacerdotisa en su carro, y sus hijos Cleobolo y Biton con ella por el camino, súbitamente se cayeron muertos los animales que llevaban el carro, bien diez millas antes que llegasen al templo de la diosa Juno. Visto que los animales eran muertos, y que la madre no podía ir a pie, y que el carro estaba parado, y que no había otros animales a mano, determinaron los hijos, como buenos hijos, de tomar a cuestras el yugo y ceñirse las coyundas, y tirar y llevar aquel carro, como si fuesen bestias. Como iban muchos y de diversas partes a la gran fiesta de la diosa Juno, y vieron a Cleobolo y a Biton ir uncidos al carro, y llevar en él a su madre al templo, fueron de ello muy maravillados, y decían ser aquellos mozos merecedores de grandes premios, y de verdad, justamente lo decían y lo merecían; porque en tanto se ha de tener el ejemplo que daban a que cada hijo reverencie a su padre, como en llevar de aquella manera a su madre. Después que se hubo acabado aquella fiesta, no sabiendo la madre con qué pagar a sus hijos tan buena obra, rogó con muchas lágrimas

a la diosa Juno acabase<sup>1</sup> con los otros dioses, sus compañeros, que tuviesen por bien de dar a aquellos sus dos hijos la mejor cosa que los dioses suelen dar a sus amigos. Respondióle la diosa Juno que ella era contenta de lo suplicar, y que ella y los otros dioses serían también contentos de lo hacer, y el galardón que por este heroico hecho dieron fué que Cleobolo y Biton se acostaron a dormir sanos, y otro día los dos amanecieron muertos. Sintiendo mucho la madre la muerte de los hijos, y quejándose a los dioses de los mismos dioses, dijole la diosa Juno: "Si te quejas, no tienes razón de te quejar, pues te dimos lo que pediste, y pediste lo que te dimos. Yo soy diosa, y tú eres mi sacerdotisa, y a esta causa dieron los dioses a tus hijos la cosa que es a ellos más cara, y esta es la muerte; porque nosotros los dioses la mayor venganza que tomamos de nuestros enemigos es dejarlos mucho vivir, y la mejor cosa que tenemos guardada para nuestros amigos es hacerlos presto morir." Es autor de esta historia Hicearco, en su *Política*, y Cicerón, en el primero de las *Tusculanas*.

---

<sup>1</sup> *acabase con...*: recabase de los dioses o consiguiese de ellos.

## ANTONIO DE TORQUEMADA

Además de los *Colloquios satíricos*, que es un libro de crítica social, Torquemada es autor de la *Historia del invencible caballero don Olivante de Laura*, príncipe de Macedonia, libro de caballerías del que se habla en el escrutinio del *Quijote*.

### LA MALA ESTRELLA

(De los *Colloquios satíricos*.)

1553

Este cuento procede del *Decamerone* de Boccaccio, y después de esta españolización de Torquemada fué refundido por Timoneda.

Quiero deciros en breves palabras una novela, que cuando niño me acuerdo que me contaron. Un Rey que hubo en los tiempos antiguos, de cuyo nombre no tengo memoria, tuvo un criado que le sirvió muchos años con aquel cuidado y fidelidad que tenía obligación, y viéndose ya en la vejez y que otros muchos que no habían servido tanto tiempo, ni tan bien como él, habían recibido grandes premios y mercedes por sus servicios, y que él solo nunca había sido galardonado, ni el Rey le había hecho merced ninguna, acordó de irse a su tierra y pasar la vida que le quedaba en granjear<sup>1</sup> un poco de hacienda que tenía. Para

---

<sup>1</sup> *granjear*: negociar con su hacienda, atender sus intereses.

esto pidió licencia, y se partió, y el Rey le mandó dar una mula en que fuese; y quedó considerando que nunca había dado nada a aquel criado suyo, y que teniendo razón de agraviarse, se iba sin haberle dicho ninguna palabra. Y para experimentar más su paciencia envió otro criado suyo que haciéndose encontradizo con él fuese en su compañía dos o tres jornadas y procurase de entender si se tenía por agraviado. El criado lo hizo así y, por mucho que hizo, nunca pudo saber lo que sentía, mas de que pasando por un arroyo la mula se paró a orinar en él, y dándole con las espuelas, dijo: "Harre allá, mula, de la condición de su dueño, que da donde no ha de dar." Y pasado de la otra parte aquel criado del Rey que le seguía sacó una cédula<sup>1</sup> suya, por la cual le mandaba que se volviese, y él lo hizo luego. Y puesto en la presencia del Rey (el cual estaba informado de lo que había dicho) le preguntó la causa que le había movido decir aquello. El criado le respondió diciendo: "Yo, señor, os he servido mucho tiempo lo mejor y más lealmente que he podido; nunca me habéis hecho merced ninguna, y a otros que no os han servido les habéis hecho muchas y muy grandes mercedes, siendo más ricos y que tenían menos necesidad que yo. Y así dije que la mula era de vuestra condición, que daba donde no había de dar, pues daba agua al agua, que no la había menester, y dejaba de darla donde había necesidad de

---

1 cédula: real mandato.

ella que era en la tierra. El Rey le respondió: “¿Pien-  
sas que tengo yo toda la culpa? La mayor parte tiene  
tu ventura, no quiero decir dicha o 'desdicha, porque  
de verdad estos son nombres vanos, mas digo ventura,  
tu negligencia y mal acertamiento, fuera de sazón y  
oportunidad. Y porque lo creas quiero que hagas la  
experiencia de ello.” Y así lo metió en una cámara y  
le mostró dos arcas iguales, igualmente aderezadas,  
diciéndole: “La una está llena de moneda y joyas de  
oro y plata, y la otra de arena: escoge una de ellas, que  
aquélla llevarás.” El criado, después de haberlas mi-  
rado muy bien, escogió la de la arena. Y entonces el  
Rey le dijo: “Bien has visto que la fortuna te hace  
el agravio tan bien como yo; pero yo quiero poder  
esta vez más que la fortuna”, y así le dió la otra arca  
rica, con que fué bienaventurado.

## JORGE DE MONTEMAYOR

(1520?-1561.)

Nació en Montemór, cerca de Coimbra (Portugal).  
Fué cantor de capilla en la Corte española, y en España  
pasó la mayor parte de su vida, a partir de 1543.

Es autor de poesías; pero su fama la debe a *Los siete  
libros de la Diana*, la primera novela pastoril escrita en  
castellano (1559?).

### HISTORIA DE ABINDARRAEZ Y JARIFA

Hay dos versiones de este cuento: una la que apareció  
intercalada por vez primera en la *Diana* editada en 1562,

después de la muerte de su autor Montemayor; otra la que salió impresa en el *Inventario* de Antonio de Villegas, 1565. Parece probable que el editor de la *Diana* y Villegas se valieron de un cuento impreso anteriormente y de autor desconocido. El texto que aquí damos es el de la *Diana*.

Lope de Vega hizo de este cuento su comedia *El remedio en la desdicha*.

En tiempo del valeroso Infante don Fernando, que después fué Rey de Aragón, hubo un caballero en España llamado Rodrigo de Narváez: cuya virtud y esfuerzo fué tan grande, que así en la guerra como en la paz alcanzó nombre muy principal entre todos los de su tiempo, y señaladamente se mostró cuando el dicho señor Infante ganó de poder de los moros la ciudad de Antequera; dando a entender en muchas empresas y hechos de armas que en esta guerra sucedieron un ánimo muy entero, un corazón invencible y una liberalidad mediante la cual el buen capitán no sólo es estimado de su gente, mas aun la ajena hace suya. A cuya causa mereció que después de ganada aquella tierra en recompensa (aunque desigual a sus excelentes hechos) se le dió la alcaidía y defensa de ella. Y junto a esto, se le dió también la de Alora <sup>1</sup>, donde estuvo lo más del tiempo, con cincuenta hidalgos escogidos a sueldo del Rey, para defensa y seguridad de la fuerza <sup>2</sup>. Los cuales con el buen gobierno de su capitán emprendían muy

---

1 Alora, provincia de Málaga.

2 fuerza: fortaleza, castillo fuerte.

valerosas empresas en defensión de la fe cristiana, saliendo con mucha honra de ellas y perpetuando su fama con los señalados hechos que en ellos hacían. Pues como sus ánimos fuesen tan enemigos de la ociosidad, y el ejercicio de las armas fuese tan acepto al corazón del valeroso Alcaide una noche del verano, cuya claridad y frescura de un blando viento convidaba a no dejar de gozarla, el Alcaide con nueve de sus caballeros, porque los demás quedasen en guarda de la fuerza, armados a punto de guerra se salieron de Álora, por ver si los moros, sus fronteros, se descuidaban, y confiados en ser de noche, pasaban por algún camino de los que cerca de la villa estaban. Pues yendo los nueve caballeros y su capitán valeroso con todo el secreto posible, y con muy gran cuidado de no ser sentidos, llegaron adonde el camino por do iban se repartía en dos, y después de tener su consejo, acordaron de repartirse cinco por cada uno, con tal orden que si los unos se viesen en algún aprieto, tocando una corneta serían socorridos de los otros. Y de esta manera el Alcaide y los cuatro de ellos echaron a la una mano y los otros cinco a la otra, los cuales, yendo por el camino, hablando en diversas cosas y deseando cada uno de ellos hallar en qué emplear su persona y señalarse, como cada día acostumbraban hacer, oyeron no muy lejos de sí una voz de hombre que suavísimamente cantaba, y de cuando en cuando daba un suspiro, que del alma le salía, en el cual daba muy bien a entender

que alguna pasión enamorada le ocupaba el pensamiento. Los caballeros que esto oyeron, se meten entre una arboleda que cerca del camino había y como la luna fuese tan clara que el día no lo era más, vieron venir por el camino donde ellos iban un moro tan gentil hombre y bien tallado, que su persona daba bien a entender que debía ser de gran linaje y esfuerzo. Venía en un gran caballo rucio rodado<sup>1</sup>, vestida una marlota y albornoz<sup>2</sup> de damasco carmesí, con rapacejos<sup>3</sup> de oro, y las labores de él cercadas de cordoncillos de plata. Traía en la cinta un hermoso alfanje con muchas borlas de seda y oro; en la cabeza una toca tunecí de seda y algodón listada de oro y rapacejos de lo mismo, la cual dándole muchas vueltas por la cabeza le servía de ornamento y defensa de su persona. Traía una adarga<sup>4</sup> en el brazo izquierdo muy grande, y en la derecha mano una lanza de dos hierros<sup>5</sup>. Con tan gentil aire y continente

1 *caballo rucio rodado*: rucio significa pardo claro, blanquecino; rodado es como manchado, con manchas más oscuras que el resto del pelo.

2 *marlota y albornoz*: marlota es una especie de paletó morisco ceñido por la cintura; albornoz es una capa con capucha que se diferenciaba de la capa de los cristianos solamente en la clase de tela y su color. La capa era de paño pardo y el albornoz de estambre ligero y vivos colores.

3 *rapacejos*: flecos.

4 *adarga*: escudo de cuero, de forma ovalada o acorazonada.

5 *lanza de dos hierros*. "Según unos, tenía el regatón aguzado, y, para otros, era la que llevaba la moharra reforzada en forma que presentaba cuatro cuchillas o filos." (LEGUINA, *Glosario de voces de armería*.)

venía el enamorado moro, que no se podía más desear, y advirtiendo a la canción que decía, oyeron que el romance (aunque en arábigo le dijese) era éste:

En Cártama me he criado,  
nací en Granada primero,  
mas fui de Alora frontero,  
y en Coín enamorado.  
Aunque en Granada nací,  
y en Cártama me crié,  
en Coín tengo mi fe,  
con la libertad que di;  
allí vivo adonde muero,  
y estoy do está mi cuidado,  
y de Alora soy frontero,  
y en Coín enamorado 1.

Los cinco caballeros, que quizá de las pasiones enamoradas tenían poca experiencia, o ya que la tuviesen tenían más ojo al interés que tan buena presa les prometía que a la enamorada canción del moro, saliendo de la emboscada, dieron con gran ímpetu sobre él; mas el valiente moro, que en semejantes cosas era experimentado (aunque entonces el amor fuese señor de sus pensamientos), no dejó de volver sobre sí con mucho ánimo, y con la lanza en la mano, comienza a escaramuzar con todos los cinco cristianos, a los cuales muy en breve dió a conocer que no era menos valiente que enamorado. Algunos dicen que vinieron a él uno a uno; pero los que han llegado al cabo con la verdad de esta historia no dicen sino que fueron todos juntos, y es razonable cosa de creer

---

1 Cártama y Coín son pueblos inmediatos a Alora, cerca de Málaga.

que para prenderle irían todos, y que cuando vieses que se defendía se apartarían los cuatro. Comoquiera que sea, él los puso en tanta necesidad <sup>1</sup> que, derribando los tres, los otros dos acometían con grandísimo ánimo, y no era menester poco según el valiente adversario que tenían; porque puesto caso que <sup>2</sup> anduviese herido en un muslo, aunque no de herida peligrosa, no era su esfuerzo de manera que aun las heridas mortales le pudiesen espantar. Pues habiendo perdido su lanza puso las piernas al caballo, haciendo muestra de huir: los dos caballeros lo seguían, y él vuelve a pasar entre ellos como un rayo, y en llegando adonde estaba uno de los tres que él había derribado, se dejó colgar del caballo, y tomando la lanza se volvió a enderezar con gran ligereza en la silla. A esta hora, uno de los dos escuderos tocó el cuerno, y él se vino a ellos, y los traía de manera que si aquella hora el valeroso Alcaide no llegara, llevaran el camino de los tres compañeros que en el campo estaban tendidos. Pues como el Alcaide llegó y vido <sup>3</sup> que valerosamente el moro se combatía, túvolo en mucho, y deseó en extremo probarse con él, y muy cortésmente le dijo: “Por cierto, caballero, no es vuestra valentía y esfuerzo de manera que no se gane mucha honra en venceros, y si ésta la fortuna me otorgase no tendría

---

1 *necesidad*: aprieto, apuro.

2 *puesto caso que*: aunque. Para evitar en esta cláusula dos *aunque* seguidos, hoy diríamos: *aun* andando herido...

3 *vido*: vió.

más que pedirle: mas aunque sé el peligro a que me pongo con quien tan bien se sabe defender, no dejaré de hacerlo, pues que ya en el acometerlo no puede dejar de ganarse mucho." Y diciendo esto, hizo apartar los suyos, poniéndose <sup>1</sup> el vencido por premio del vencedor. Apartados que fueron, la escaramuza entre los dos valientes caballeros se comenzó. El valeroso Narváez deseaba la victoria, porque la valentía del moro le acrecentaba la gloria que con ella esperaba. El esforzado moro no menos que el Alcaide la deseaba, y no con otro fin sino de conseguir el de su esperanza. Y así andaban los dos tan ligeros en el herirse y tan osados en acometerse, que si el cansancio pasado y la herida que el moro tenía no se lo estorbara, con dificultad hubiera el Alcaide victoria de aquel hecho. Mas esto, y el no poder menearse su caballo, muy claramente se la prometían, y no porque en el moro se conociese punto de cobardía; mas como vió que sola esta batalla le iba la vida, la cual él trocara por el contentamiento que la fortuna entonces le negaba, se esforzó cuanto pudo, y poniéndose sobre los estribos, dió al Alcaide una gran lanzada por encima de la adarga. El cual recibido aquel golpe, le respondió con otro en el brazo derecho, y atreviéndose <sup>2</sup> en sus fuerzas si a brazos viniesen, arremetió con él, y con tanta fuerza le abrazó que, sacándolo de

---

1 *poniéndose*: comprometiéndose, ofreciéndose por previo compromiso.

2 *atreviéndose*: confiando.

la silla, dió con él en tierra, diciendo: “Caballero, date por mí vencido, si más no estimas serlo que la vida en mis manos tienes.” “Matarme —respondió el moro— está en tu mano, como dices; pero no me hará tanto mal la fortuna que pueda ser vencido sino de quien mucho ha que me he dejado vencer, y este solo contento me queda de la prisión a que mi desdicha me ha traído.” No miró el Alcaide tanto en las palabras del moro que por entonces le preguntase a qué fin las decía; mas usando de aquella clemencia que el vencedor valeroso suele usar con el desamparado de la fortuna, lo ayudó a levantar, y él mismo le apretó las llagas <sup>1</sup>, las cuales no eran tan grandes que le estorbasen a subir en su caballo, y así todos juntos con la presa tomaron el camino de Álora. El Alcaide llevaba siempre en el moro puestos los ojos, pareciéndole de gentil talle y disposición; acordábase de lo que le había visto hacer; parecíale demasiado tristeza la que llevaba para un ánimo tan grande, y porque también se juntaban a esto algunos suspiros, que daban a entender más pena de la que se podía pensar que cupiera en hombre tan valiente, y queriéndose informar mejor de la causa de esto, le dijo: “Caballero, mira que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo aventura el derecho de la libertad, y que en las cosas de la guerra se han de recibir las adversas con tan buen rostro, que se merezca por esta grandeza de ánimo

<sup>1</sup> *llagas*: heridas.

gozar de las prósperas, y no me parece que estos suspiros corresponden al valor y esfuerzo que tu persona ha mostrado, ni las heridas son tan grandes que se aventura la vida, la cual no has mostrado tener en tanto que por la honra no dejases de olvidarla. Pues si otra ocasión te da tristeza, dimela; que por la fe de caballero te juro que use contigo de tanta amistad que jamás te puedas quejar de habérmelo dicho." El moro oyendo las palabras del Alcaide, las cuales argüían un ánimo grande y magnánimo y la oferta que le había hecho de ayudallo, parecióle discreción muy grande no encubrirle la causa de su mal, pues sus palabras le daban tan grande esperanza de remedio, y alzando el rostro, que con el peso de la tristeza lo llevaba inclinado, le dijo: ¿"Cómo te llamas, caballero, que tanto esfuerzo me pones y sentimiento muestras tener de mi mal?" "Esto no te negaré yo —dijo el Alcaide—; a mí me llaman Rodrigo de Narváez, soy Alcaide de Alora y Antequera: tengo aquellas dos fuerzas por el Rey de Castilla mi señor." Cuando el moro le oyó esto, con un semblante algo más alegre que hasta allí, le dijo: "En extremo me huelgo que mi mala fortuna traiga un descuento tan bueno, como es haberme puesto en tus manos, de cuyo esfuerzo y virtud muchos días ha que soy informado: y aunque más<sup>1</sup> cara me costase la experiencia, no me puedo agraviar, pues como digo, me desagravia ver-

---

1 aunque más cara: por muy cara que.

me en poder de una persona tan principal. Y porque ser vencido de ti me obliga a tenerme en mucho, y que de mí no se entienda flaqueza sin tan gran ocasión que no sea en mi mano dejar de tenella, suplicote por quien eres que mandes apartar tus caballeros, para que entiendas que no el dolor de las heridas, ni la pena de verme preso, es causa de mi tristeza." El Alcaide, oyendo estas razones al moro, túvolo en mucho, y porque en extremo deseaba informarse de su sospecha, mandó a sus caballeros que fuesen algo delante, y quedando solos los dos, el moro, sacando del alma un profundo suspiro, dijo de esta manera: "Valeroso Alcaide, si la experiencia de tu gran virtud no me la hubiese el tiempo puesto delante de los ojos, muy excusadas serían las palabras que tu voluntad me fuerza a decir, ni la cuenta que te pienso dar de mi vida, que cada hora es cercada de mil desasosiegos y sospechas, la menor de las cuales te parecerá peor que mil muertes. Mas como de una parte me asegure lo que digo, y de la otra que eres caballero y que, o habrás oído o habrá pasado por ti semejante pasión que la mía, quiero que sepas que a mí me llaman Abindarraez el mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo apellido. Soy de los abencerrajes de Granada, en cuya desventura aprendí a ser desdichado; y porque sepas cuál fué la suya, y de ahí vengas a entender lo que se puede esperar de la mía, sabrás que hubo en Granada un linaje de caballeros llamados abencerrajes; sus hechos y sus per-

sonas, así en esfuerzo para la guerra como en prudencia para la paz y gobierno de nuestra república, eran el espejo de aquel reino. Los viejos eran del consejo del Rey, los mozos ejercitaban sus personas en actos de caballería sirviendo a las damas y mostrando en sí la gentileza y valor de sus personas. Eran muy amados de la gente popular, y no malquistos entre la principal, aunque en todas las buenas partes que un caballero debe tener se aventajasen a todos los otros. Eran muy estimados del Rey; nunca cometieron cosa en la guerra ni el consejo que la experiencia no correspondiese a lo que de ellos se esperaba; en tanto grado era loada su valentía, libertad y gentileza, que se trajo por ejemplo no haber abencerraje cobarde, escaso<sup>1</sup>, ni de mala disposición. Eran maestros de los trajes, de las invenciones; la cortesía y servicio de las damas andaba en ellos en su verdadero punto; nunca abencerraje sirvió de quien no fuese favorecido ni dama se tuvo por digna de este nombre que no tuviese abencerraje por servidor. Pues estando ellos en esta prosperidad y honra y en la reputación que se puede desear, vino la fortuna, envidiosa del descanso y contentamiento de los hombres, a derribarlos de aquel estado en el más triste y desdichado que se puede imaginar, cuyo principio fué haber el Rey hecho cierto agravio a dos abencerrajes, por donde les

---

<sup>1</sup> *escaso*: falto de generosidad, no bien dotado de caballerosas cualidades.

levantaron que ellos, con otros diez caballeros de su linaje, se habían conjurado de matar al Rey y dividir el reino entre sí, por vengarse de la injuria allí recibida. Esta conjuración, ora fuese verdadera, o que ya fuese falsa, fué descubierta antes que se pusiese en ejecución, y fueron presos y cortadas las cabezas a todos, antes que viniese a noticia del pueblo, el cual sin duda se alzara, no consintiendo en esta justicia. Llevándolos, pues, a justiciar, era cosa extrañísima ver los llantos de los unos, las endechas de los otros, que de compasión de estos caballeros por toda la ciudad se hacían. Todos corrían al Rey; comprábanle la misericordia con grandes sumas de oro y plata; mas la severidad fue tanta, que no dió lugar a la clemencia. Y como esto el pueblo vió, los comenzó a llorar de nuevo; lloraban los caballeros con quien solían acompañarse, lloraban las damas, a quien servían; lloraba toda la ciudad la honra y autoridad que tales ciudadanos le daban. Las voces y alaridos eran tantos que parecían hundirse. El Rey, que a todas estas lágrimas y sentimientos cerraba los oídos, mandó que se ejecutase la sentencia, y de todo aquel linaje no quedó hombre que no fuese degollado aquel día, salvo mi padre y un tío mío, los cuales se halló que no habían sido en esta conjuración. Resultó más de este miserable caso: derriballes las casas; apregonallos el Rey por traidores; confiscalles sus heredades y tierras, y que ningún abencerraje más pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y mi tío, con con-

dición que si tuviesen hijos, a los varones enviasen luego en naciendo a criar fuera de la ciudad, para que nunca volviesen a ella; y que si fuesen hembras, que siendo de edad, las casasen fuera del reino." Cuando el Alcaide oyó el extraño cuento de Abindarráez y las palabras con que se quejaba de su desdicha, no pudo tener sus lágrimas, que con ellas no mostrase el sentimiento que de tan desastrado caso debía sentirse. Y volviéndose al moro, le dijo: "Por cierto, Abindarráez, tú tienes grandísima ocasión de sentir la gran caída de tu linaje, del cual yo no puedo creer que se pusiesen hacer tan grande traición; y cuando otra prueba no tuviese, sino proceder de ella un hombre tan señalado como tú, bastaría para yo creer que no podría haber en ellos maldad." "Esta opinión que tienes de mí —respondió el moro— Alá te la pague, y él es testigo que la que generalmente se tiene de la bondad de mis pasados es esa misma. Pues como yo nasciese al mundo con la misma ventura de los míos, me enviaron (por no quebrar el edicto del Rey) a criar a una fortaleza que fué de cristianos, llamada Cártama, encomendándome al Alcaide de ella, con quien mi padre tenía antigua amistad, hombre de gran calidad en el reino y de grandísima verdad y riqueza: y la mayor que tenía era una hija, la cual es el mayor bien que yo en esta vida tengo. Y Alá me la quite si yo en algún tiempo tuviere sin ella otra cosa que me dé contento. Con ésta me crié desde niño, porque también ella lo era, debajo de un engaño, el cual era

pensar que éramos ambos hermanos, porque como tales nos tratábamos y por tales nos teníamos, y su padre como a sus hijos nos criaba. El amor que yo tenía a la hermosa Jarifa (que así se llama esta señora, que lo es de mi libertad) no sería muy grande si yo supiese decillo; basta haberme traído a tiempo que mil vidas diera por gozar de su vista sólo un momento. Iba creciendo la edad, pero mucho más crecía el amor, y tanto que ya parecía de otro metal <sup>1</sup> que no de parentesco. Acuérdomme que un día, estando Jarifa en la huerta de los jazmines componiendo su hermosa cabeza, miréla, espantado de su gran hermosura; no sé cómo me pesó de que fuese mi hermana. Y no aguardando más, fuíme a ella, y con los brazos abiertos, así como me vió, me salió a recibir, y sentándome en la fuente junto a ella, me dijo: “Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?” Yo le respondía: “Señora mía, gran rato ha que os busco, y nunca hallé quien me dijese dónde estabais, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme agora: ¿qué certeza tenéis vos de que somos hermanos?” “Yo no otra —dijo ella— más del grande amor que os tengo, y ver que hermanos nos llaman todos y que mi padre nos trata a los dos como a hijos.” “Y si no fuéramos hermanos —dije yo—, ¿quisiérades me tanto?” “¿No veis —dijo ella— que a no lo ser no nos dejarían andar siempre juntos y solos, como nos dejan?” “Pues

---

1 *metal*: clase, naturaleza, carácter.

si este bien nos habían de quitar —dije yo—, más vale el que me tengo.” Entonces encendiósele el hermoso rostro, y me dijo: “Qué pierdes tú en que seamos hermanos?” “Pierdo a mí y a vos” —dije yo—. “No te entiendo —dijo ella—; mas a mí parésceme que ser hermanos nos obliga a amarnos naturalmente.” “A mí —dije yo— sola vuestra hermosura me obliga a quererlos; que esta hermandad antes me resfría algunas veces.” Y con esto, bajando mis ojos de empacho<sup>1</sup> de lo que dije, vila en las aguas de la fuente tan al propio como ella era, de suerte que a doquiera que volvía la cabeza hallaba su imagen y trasunto, y la veía verdadera trasladada en mis entrañas. Decía yo entonces entre mí: Si me ahogasen ahora en esta fuente a do veo a mi señora, cuánto más desculpado moriría yo que Narciso; y si ella me amase como yo la amo, ¡que dichoso sería yo! Y si la fortuna permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía! Estas palabras decía yo a mí mismo, y pesárame que otro me las oyera. Y diciendo esto levantéme, y volviendo las manos hacia unos jazmines, de que aquella fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayanes, hice una hermosa guirnalda; poniéndomela sobre mi cabeza, me volví coronado y vencido; entonces ella puso los ojos en mí más dulcemente al parecer, y quitándome la guirnalda la puso sobre su cabeza, pareciendo en aquel punto más hermosa que

---

<sup>1</sup> *empacho*: vergüenza, azoramiento.

Venus; y volviendo el rostro hacia mí, me dijo: “¿Qué te parece de mí, Abindarráez?” Yo la dije: “Páreceme que acabáis de vencer a todo el mundo, y que os coronan por reina y señora de él.” Levantándose me tomó de la mano, diciéndome: “Si esto fuera, hermano, no perderais vos nada.” Yo, sin responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. De ahí algunos días, ya que al crudo<sup>1</sup> amor le pareció que tardaba mucho en acabar de darme el desengaño de lo que pensaba que había de ser de mí, y el tiempo queriendo descubrir la celada, venimos a saber que el parentesco entre nosotros era ninguno, y así quedó la afición en su verdadero punto. Todo mi contentamiento estaba en ella; mi alma tan cortada a medida de la suya, que todo lo que en su rostro no había me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Ya a este tiempo, nuestros pasatiempos eran muy diferentes de los pasados: ya la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía celo del sol que la tocaba, y aun mirándome con el mismo contento que hasta allí me había mirado, a mí no me lo parecía, porque la desconfianza propia es la cosa más cierta en un corazón enamorado. Sucedió que estando ella un día junto a la clara fuente de los jazmines, yo llegué, y comenzando a hablar con ella no me pareció que su habla y contención<sup>2</sup> se conformaba con lo pasado.

---

<sup>1</sup> *crudo*: cruel.

<sup>2</sup> *contención*: aspecto, semblante.

Rogóme que cantase, porque era una cosa que ella muchas veces holgaba de oír; y estaba yo aquella hora tan desconfiado de mí, que no creí que me mandaba cantar porque holgase de oírme, sino por entretenerme en aquello, de manera que me faltase tiempo para decirle mi mal. Yo, que no estudiaba<sup>1</sup> en otra cosa sino en hacer lo que mi señora Jarifa mandaba, comencé en lengua arábiga a cantar esta canción, en la cual la di a entender toda la crueldad que de ella sospechaba:

Si hebras de oro son vuestros cabellos,  
a cuya sombra están los claros ojos,  
dos soles cuyo cielo es vuestra frente;  
faltó rubí para hacer la boca,  
faltó el cristal para el hermoso cuello,  
faltó diamante para el blanco pecho.

Bien es el corazón cual es el pecho,  
pues flecha de metal de los cabellos,  
jamás os hace que volváis el cuello  
ni que deis contento con los ojos:  
pues esperad un sí de aquella boca  
de quien miró jamás con leda<sup>2</sup> frente.

¿Hay más hermosa y desabrida frente  
para tan duro y tan hermoso pecho?  
¿Hay tan divina y tan airada boca?  
¿Tan ricos y avarientos hay cabellos?  
¿Quién vió crueles tan serenos ojos  
y tan sin movimiento el dulce cuello?

El crudo amor me tiene el lazo al cuello,  
mudada y sin color la triste frente,  
muy cerca de cerrarse están mis ojos,  
el corazón se mueve acá en el pecho,

---

1 estudiaba: trabajaba, me esforzaba.

2 leda: alegre.

medroso y erizado está el cabello  
y nunca oyó palabra desá boca.

¡Oh más hermosa y más perfecta boca  
que yo sabré decir!; ¡oh liso cuello!,  
¡oh rayos de aquel sol que no cabellos!,  
¡oh cristalina cara!, ¡oh bella frente!,  
¡oh blanco igual y diamantino pecho!,  
¿cuándo he de ver clemencia en esos ojos?

Ya siento el no en el volver los ojos;  
oíd si afirma, pues, la dulce boca;  
mirad si está en su ser el duro pecho,  
y cómo acá y allá meneá el cuello;  
sentid el ceño en la hermosa frente;  
pues ¿qué podré esperar de los cabellos?

Si saben decir no el cuello y pecho,  
si niega ya la frente y los cabellos,  
¿los ojos qué harán y hermosa boca?

Pudieron tanto estas palabras, que siendo ayudadas del amor de aquella a quien se decían, yo vi derramar unas lágrimas que me enternecieron el alma, de manera que no sabré decir si fué mayor el contento de ver tan verdadero testimonio del amor de mi señora o la pena que recibí de la ocasión de derramallas. Y llamándome me hizo sentar junto a sí, y me comenzó a hablar de esta manera: "Abindarráez, si el amor a que estoy obligada (después que me satisfice de tu pensamiento) es pequeño o de manera que no pueda acabarse con la vida, yo espero que antes que dejemos solo el lugar donde estamos, mis palabras te lo den a entender. No te quiero poner culpa de lo que las desconfianzas te hacen sentir, porque sé que es tan cierta cosa tenellas que no hay en amor cosa que más lo sea. Mas para remedio de esto y de la tristeza que yo te-

nia en verme en algún tiempo apartada de ti, de hoy más te puedes tener por tan señor de mi libertad como lo serás no queriendo rehusar el vínculo de matrimonio, lo cual ante todas cosas impide mi honestidad y el grande amor que te tengo." Yo que estas palabras oí, haciéndome las esperar amor muy de otra manera, fué tanta mi alegría que si no fué hincar los hinojos en tierra besándole sus hermosas manos, no supe hacer otra cosa. Debajo de esta palabra viví algunos días con mayor contentamiento del que yo ahora sabré decir: quiso la ventura, envidiosa de nuestra alegre vida, quitarnos este dulce y alegre contentamiento, y fué de esta manera: que el Rey de Granada, por mejorar en cargo al Alcaide de Cártama, envióle a mandar <sup>1</sup> que luego dejase la fortaleza y se fuese en Coín, que es aquel lugar frontero del vuestro, y me dejase a mí en Cártama en poder del Alcaide que allí viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos, si en algún tiempo fueses enamorado, lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestra pérdida y apartamiento. Yo la llamaba señora mía, mi bien solo, y otros diversos nombres que el amor me mostraba. Decíale llorando: "Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿tendréis alguna vez memoria de este vuestro captivo?" Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras, y yo, esforzándome para decir más, decía

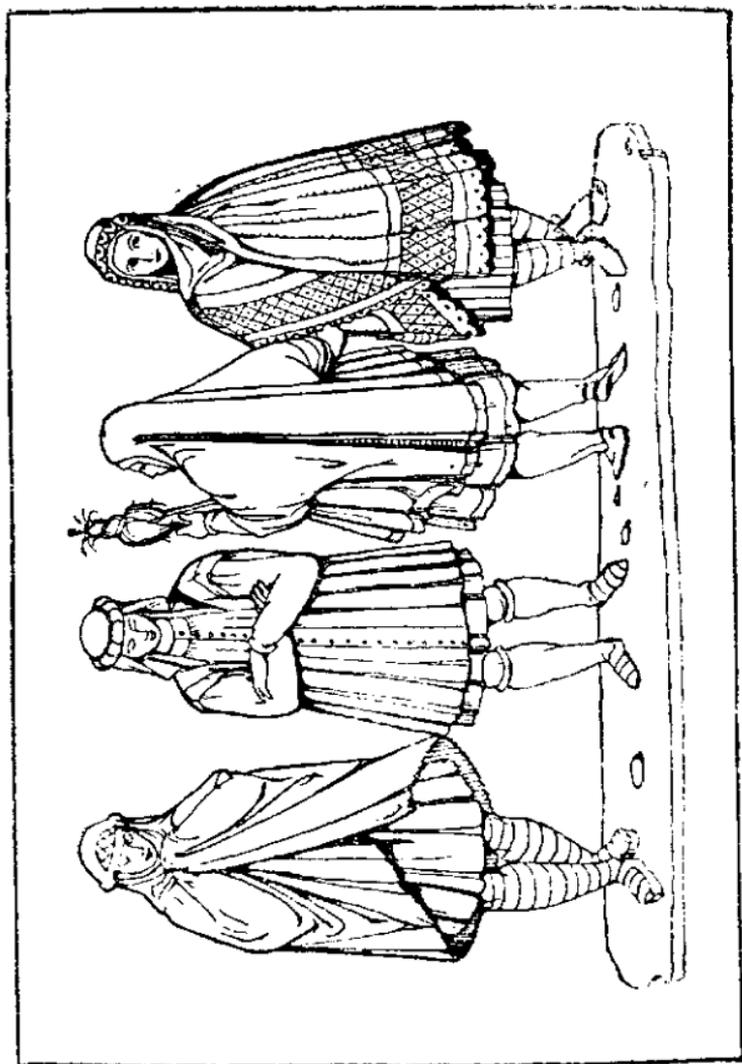
---

1 *encióle a mandar*: a decir.

algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria tras sí. ¿Pues quién podrá decir lo que mi señora sentía de este apartamento, y lo que a mí me hacían sentir las lágrimas que por esta causa derramaba? Palabras me dijo ella entonces que la menor de ellas bastaba para dar en que entender al sentimiento toda la vida. Yo no te las quiero decir (valeroso Alcaide), porque si tu pecho no ha sido tocado de amor, te parecerían imposibles; y si lo ha sido, verías que quien las oyese no podrá quedar con la vida. Baste que el fin de ellas fué decirme que en habiendo ocasión, o por enfermedad de su padre o ausencia, ella me enviaría a llamar para que tuviese efecto lo que entre nos<sup>1</sup> dos fué concertado. Con esta promesa mi corazón se aseogó algo, y besé las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron luego otro día; yo me quedé como quien camina por unas ásperas y fragosas montañas, y pasándosele el sol, queda en muy oscuras tinieblas: comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando todos los falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas donde se solía poner, la cámara en que dormía, el jardín donde reposaba y tenía la siesta, las aguas donde se bañaba; andaba todas sus estancias, y en todas ellas hallaba una cierta representación de mis fatigas. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos. Y aunque algunas ve-

<sup>1</sup> nos dos: nosotros dos.

ces de ver tanto dilatar mi deseo me causaba más pena, y holgara de que me dejaran del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, mas la esperanza hasta que se cumple el deseo, quiso mi buena suerte que hoy por la mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien como de sí fiaba, porque su padre era partido para Granada, llamado del Rey, para dar vuelta luego. Yo, resucitado con esta improvisa y dichosa nueva, apercíbime luego para caminar. Y dejando venir la noche por salir más secreto y encubierto, púseme en el hábito que me encontraste, el más gallardo que pude, por mejor mostrar a mi señora la ufanía y alegría de mi corazón. Por cierto no creyera yo que bastaran dos caballeros juntos a tenerme campo, porque traía a mi señora conmigo, y si tú me venciste no fué por esfuerzo, que no fué posible, sino que mi suerte tan corta o la determinación del cielo, quiso atajarme tan supremo bien. Pues considera ahora en el fin de mis palabras el bien que perdí y el mal que poseo. Yo iba de Cárta ma a Coín, breve jornada, aunque el deseo la alargaba mucho, el más ufano abencerraje que nunca se vió; iba llamado de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi señora. Véome ahora herido, captivo y en poder de aquel que no sé lo que hará de mí: y lo que más siento es que el término y coyuntura de mi bien se acabó esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis suspiros. Déjame desahogar



Trajes de los moriscos de Granada. (De un grabado del siglo XVII.)



mi lastimado pecho, regando mis ojos con lágrimas; y no juzgues esto a flaqueza, que fuera harto mayor tener ánimo para poder sufrir (sin hacer lo que hago) en tan desastrado y riguroso trance." Al alma le llegaron al valeroso Narváez las palabras del moro, y no poco espanto recibió del extraño suceso de sus amores. Y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa podía dañar más que la dilación, le dijo a Abindarráez: "Quiero que veas que puede más mi virtud que tu mala fortuna, y si me prometes de volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu comenzado camino, porque me pesaría atajarte tan buena empresa." El abencerraje que a questo oyó quiso echarse a sus pies, y dijole: "Alcaide de Álora, si vos hacéis eso, a mí daréis la vida, y vos habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca nadie hizo: de mí tomad la seguridad que quisieredes por lo que me pedís, que yo cumpliré con vos lo que asentare <sup>1</sup>." Entonces Rodrigo de Narváez llamó a sus compañeros, y dijoles: "Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo por fiador de su rescate." Ellos dijeron que ordenase a su voluntad de todo, que de lo que él hiciese serían muy contentos. Luego el Alcaide tomando la mano derecha a Abindarráez, le dijo: "¿ Vos prometéis como caballero de venir a mi castillo de Álora a ser mi prisionero dentro del tercero día?" El le dijo: "Si prometo." "Pues id con la buena ventura; y si para vuestro cami-

<sup>1</sup> *asentare*: tratarse o ajustarse.

no tenéis necesidad de mi persona o de otra cosa alguna, también se hará." El moro se lo agradeció mucho, y tomó un caballo que el Alcaide le dió, porque el suyo quedó de la refriega pasada herido, y ya iba muy cansado y fatigado de la mucha sangre que con el trabajo del camino le salía. Y vuelta la rienda, se fué camino de Coín a mucha priesa. Rodrigo de Narváez y sus compañeros se volvieron a Alora, hablando en la valentía y buenas maneras del abençerraje. No tardó mucho el moro, según la priesa que llevaba, en llegar a la fortaleza de Coín, donde yéndose derecho como le era mandado, la rodeó toda, hasta que halló una puerta falsa que en ella había; y con toda su priesa y gana de entrar por ella, se detuvo un poco allí hasta reconocer todo el campo, por ver si había de qué guardarse, y ya que vió todo sosegado, tocó con el cuento de la lanza a la puerta, porque aquella era la señal que le había dado la dueña <sup>1</sup> que le fué a llamar; luego ella misma le abrió, y le dijo: "Señor mío, vuestra tardanza nos ha puesto en gran sobresalto; mi señora ha gran rato que os espera; apeaos y subid adonde ella está." El se apeó de su caballo, y le puso en un lugar secreto que allí halló, y arrimando la lanza a una pared con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo más paso <sup>2</sup> que pudieron, por no ser

1 *dueña*: señora de edad que estaba al servicio de una doncella. Las dueñas eran viudas y de ordinario tenían mala fama de chismosas y enredadoras.

2 *paso*: silenciosa y sigilosamente.

conocidos de la gente del castillo, se subieron por una escalera hasta el aposento de la hermosa Jarifa. Ella, que había sentido ya su venida, con la mayor alegría del mundo lo salió a recibir, y ambos con mucho regocijo y sobresalto se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento, hasta que ya tornaron en sí. Y ella le dijo: “¿En qué os habéis detenido, señor mío, tanto, que vuestra mucha tardanza me ha puesto en grande fatiga y confusión?” “Señora mía —dijo él—, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como hombre<sup>1</sup> desea; así que, si me he tardado, bien podéis creer que no ha sido más en mi mano.” Ella, atajándole su plática<sup>2</sup>, le tomó por la mano, y metiéndole en un rico aposento, se sentaron y le dijo: “He querido, Abindarráez, que veáis en qué manera cumplen las captivas de amor sus palabras; porque desde el día que os la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla. Yo os manté venir a este castillo para que seáis mi prisionero como yo lo soy vuestra. Os he traído aquí para haceros señor de mí y de la hacienda de mi padre, debajo de nombre de esposo; que de otra manera ni mi estado ni vuestra lealtad lo consentiría. Bien sé yo que esto será contra la voluntad de mi padre, que como no tiene conocimiento de vuestro valor tanto como yo, quisiera darme marido más rico; mas yo vuestra per-

1 *hombre*: en vez de *uno* o de *se*.

2 *plática*: conversación.

sona y el conocimiento <sup>1</sup> que tendréis con ella tengo por la mayor riqueza del mundo." Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto y nuevo empacho de haberse descubierto y declarado tanto. El moro la tomó en sus brazos, besándole muchas veces las manos por la merced que le hacía. Al moro, estando en tan gran alegría, súbitamente vino un muy profundo pensamiento, y dejando llevarse de él paróse <sup>2</sup> muy triste, tanto que la hermosa Jarifa lo sintió, y de ver tan súbita novedad quedó muy turbada. Y estando atenta, sintióle dar un muy profundo y aquejado suspiro, revolviendo el cuerpo a todas partes. No pudiendo la dama sufrir tan grande ofensa de su hermosura y lealtad, pareciendo que en aque- se ofendía grandemente, con voz alegre y sosegada, aunque algo turbada, le dijo: "¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría, y yo te oí suspirar y dar sollozos revolviendo el corazón y cuerpo a muchas partes. Pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, ¿cómo no me has dicho por quién suspiras?; y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado en mi persona alguna falta de menor gusto que imaginabas, pon los ojos en mi voluntad, que basta a encubrir muchas. Si sirves otra dama, dime quién es para que yo la sirva, y si tienes otra fatiga de que yo no soy ofendida, dímela, que yo moriré o te sacaré de ella."

<sup>1</sup> conocimiento: experiencia.

<sup>2</sup> paróse: es decir, se puso.

Y trabando de él con un ímpetu y fuerza de amor, le volvió<sup>1</sup>. El entonces, confuso y avergonzado de lo que había hecho, paresciéndole que no declararse sería darle ocasión de gran sospecha, con un apasionado suspiro le dijo: "Esperanza mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho semejante sentimiento, porque el pesar que conmigo traía sufriera con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrillo; y porque no estéis más suspensa sin haber por qué, quiero deciros lo que pasa." Y luego le contó todo su hecho, sin que le faltase nada, y en fin de sus razones le dijo con hartas lágrimas: "De suerte, señora, que vuestro captivo lo es también del Alcaide de Álora; yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñaste a mi corazón a sufrir; mas vivir sin vos tendríá por la misma muerte. Y así veréis que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad que de falta de ella." Y con esto se tornó a poner tan pensativo y triste como antes que comenzase a decillo. Ella entonces, con un semblante alegre, le dijo: "No os congojéis, Abindarráez, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra fatiga porque esto a mí me toca, cuanto más que pues es verdad que cualquier prisionero que haya dado la palabra de volver a la prisión cumpliera con enviar el rescate que se le puede pedir, ponelde<sup>2</sup> vos mismo el nombre<sup>3</sup> que quisiéredes

<sup>1</sup> *le volvió*, se sobreentiende, hacia sí, hacia ella.

<sup>2</sup> *ponelde*, por ponedle.

<sup>3</sup> *poner nombre*: señalar precio o cantidad.

que yo tengo las llaves de todos los cofres y riquezas que mi padre tiene, y yo las pondré todas en vuestro poder; envid de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero y os dió una vez libertad, y le fiasteis el presente negocio, por lo cual le obliga ahora a usar de mayor virtud. Yo creo se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer por fuerza lo mismo de rescataros por lo que él pidiere." El abencerraje le respondió: "Bien parece, señora, que el amor que me tenéis no da lugar que me aconsejéis bien; que cierto no caeré yo en tan gran yerro como éste, porque si cuando me venía a verme solo con vos estaba obligado a cumplir mi palabra, agora que soy vuestro se entiende más obligación. Yo mismo volveré a Alora y me pondré en las manos del Alcaide de ella y tras hacer yo lo que debo, haga la fortuna lo que quisiere." "Pues nunca Dios quiera —dijo Jarifa— que yendo vos a ser preso, yo quede libre, pues no lo soy: yo quiero acompañaros en esta jornada; que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado a mi padre de habelle ofendido, me consentirán hacer otra cosa." El moro, llorando de contentamiento, la abrazó y le dijo: "Siempre vais, alma mía, acrescentándome las mercedes; hágase lo que vos queréis, que así lo quiero yo." Con este acuerdo, antes que fuese de día se levantaron, y proveídas algunas cosas al viaje necesarias, partieron muy secretamente para Alora. Ya amanecía, y por no ser conocida llevaba el rostro cubierto. Con la gran pried

sa que llevaban llegaron en muy breve tiempo a Álora y yéndose derechos al castillo, como a la puerta tocaron<sup>1</sup>, fué luego abierta por las guardas, que ya tenían noticia de lo pasado. El valeroso Alcaide los recibió con mucha cortesía, y saliendo a la puerta Abindarraez, tomando a su esposa por la mano, se fué a él y le dijo: "Mira, Rodrigo de Narváez, si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de volver un preso y te traigo dos, que uno bastaba para vencer muchos. Ves aquí mi señora; juzga si he padescido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fío mi persona y su honra de tus manos." El Alcaide holgó mucho, y dijo a la dama: "Señora, yo no sé de vosotros cuál venció al otro; mas yo debo mucho a entrambos. Venid y reposaréis en vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño." Con esto se fueron a su aposento, y de allí a poco comieron, porque venían cansados. El Alcaide preguntó al moro qué tal venía de sus llagas. "Parosce—dijo él— que con el camino las tengo harto enconadas y con dolor." La hermosa Jarifa, muy alterada de esto, dijo: "¿Qué es esto, señor: llagas tenéis vos que yo no sepa?" Dijo él: "Quien escapó de las vuestras en poco tendrá todas las otras. Verdad es que de la escaramuza de la noche saqué dos pequeñas heridas y el trabajo del camino y el no haberme curado me ha hecho algún daño, pero todo es poco." "Bueno será

---

<sup>1</sup> como a la puerta tocaron: en cuanto o en el momento que tocaron...

que os acostéis —dijo el Alcaide—, y vendrá un cirujano que yo tengo aquí en el castillo y curaros ha.” Luego la hermosa Jarifa le hizo desnudar, todavía alterada, pero con harto sosiego y reposo en su rostro, por no le dar pena mostrando que la tenía. El cirujano vino y mirándole las heridas dijo que como habían sido en *soslayo*<sup>1</sup> no eran peligrosas, ni tardarían en sanar mucho, y con cierto remedio que luego le hizo, le mitigó el dolor, y de ahí a cuatro días, como le curaba con tanto cuidado, estuvo sano. Acabando un día de comer, el abencerraje dijo al Alcaide estas palabras: “Rodrigo de Narváez, según eres discreto, por la manera de nuestra venida habrás entendido lo demás; yo tengo esperanza que este negocio, que ahora tan dañado está, se ha de remediar por tus manos. Esta es la hermosa Jarifa, de quien te dije es mi señora y esposa; no quiso quedar en Coín de miedo de su padre, porque, aunque él no sabe lo que ha pasado, todavía<sup>2</sup> se temió que este caso había de ser descubierto. Su padre está ahora con el Rey de Granada, y yo sé que el Rey te ama por tu esfuerzo y virtud aunque eres cristiano. Suplicote alcances de él que nos perdone haberse hecho esto sin su licencia y sin que él lo supiese: pues ya la fortuna lo rodeó y trajo por este camino.” El Alcaide le dijo: “Consolaos, señores, que yo os prometo como hidalgo de hacer cuanto pu-

---

1 *en soslayo*: hoy decimos de *soslayo*, o al *soslayo*, que significa de refilón.

2 *todavía*: sin embargo, con todo.

diere sobre este negocio." Y con esto mandó traer papel y tinta, y determinó de escribir una carta al Rey de Granada, que en verdaderas y pocas palabras le dijese el caso, la cual decía así:

"Muy poderoso Rey de Granada: el Alcaide de Álora, Rodrigo de Narváez, tu servidor, besa tus reales manos, y digo que Abindarráez, abencerraje, que se crió en Cártama habiendo nacido en Granada, estando en poder del Alcaide de la dicha fortaleza, se enamoró de la hermosa Jarifa su hija. Después tú, por hacer merced al Alcaide, le pasaste a Coín. Los enamorados, por asegurarse se desposaron entre sí; y llamado el abencerraje por la ausencia del padre de ella, que contigo tienes, fué a su fortaleza; yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, esforzado y animoso, le gané por mi prisionero, y contándome su caso, apiadado y conmovido de sus ruegos, le hice libre por dos días. El fué y se vió con su esposa, de suerte que en la jornada cobró a su esposa y perdió la libertad. Pues viendo ella que el abencerraje volvió a mi prisión, quiso venir con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplicote no te ofenda el nombre de abencerraje, pues éste y su padre fueron sin culpa de la conjuración contra tu real persona hecha, y en testimonio de ello viven ellos agora. A tu Alteza humildemente suplico el remedio de estos tristes amantes se reparta entre ti y mí; yo perdonaré su rescate de él, y libremente le soltaré; manda tú al

padre de ella, pues es tu vasallo, que a ella la perdone y a él reciba por hijo, porque en ello, allende<sup>1</sup> de hacerme a mí singular merced, harás aquello que de tu virtud y grandeza se espera.”

Con esta carta despachó uno de sus escuderos. El cual llegando hasta el Rey, se la dió. El la tomó, y sabiendo cúa era, holgó mucho, porque a este solo cristiano amaba por su valor y su persona; y en leyéndola, volvió el rostro y vió al Alcaide de Coín, y tomándole aparte, le dió la carta, diciéndole: “Lee esta carta”; y él la leyó, y en ver lo que pasaba recibió gran alteración. El Rey dijo: “No te congojes, aunque tengas causa, que ninguna cosa me pedirá el Alcaide de Álora que pudiéndola hacer no la haga; y así te mando vayas sin dilación a Álora y perdones a tus hijos, y los laves luego a tu casa; que en pago de este servicio yo te haré siempre mercedes.” El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podía pasar<sup>2</sup> del mandado de su Rey, volviendo de buen continente<sup>3</sup> y sacando fuerzas de flaqueza, como mejor pudo, dijo que así lo haría. Partióse lo más presto que pudo el Alcaide de Coín, y llegó a Álora, á donde ya por el escudero se sabía lo que pasaba y fué muy bien recibido. El abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. El los recibió muy bien, y les dijo: “No se tra-

1 *allende de*: además de.

2 *pasar de*: faltar a, no hacer caso de.

3 *continente*: semblante y aspecto general de la persona. Este lugar significa exactamente poniendo buena cara.

te de cosas pasadas; el Rey me mandó hiciese esto; yo os perdono el haberos casado sin que lo supiese yo; que en lo demás, hija, vos escogisteis mejor marido que yo os lo supiera dar." Rodrigo de Narváez holgó mucho de ver lo que pasaba, y les hacía muchas fiestas y banquetes. Un día, acabando de comer, les dijo: "Yo tengo en tanto haber sido alguna parte para que este negocio esté en tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más alegre, y así digo que sola la honra, de haberos tenido por mis prisioneros quiero por el rescate de esta prisión: vos, Abindarraez, sois libre, y para ello tenéis licencia de iros donde os pluguiere, cada y cuando que quisiéredes." El se lo agradeció mucho, y así se aderezaron para partir otro día, acompañándolos Rodrigo de Narváez; salieron de Alora, llegaron a Coín, donde se hicieron grandes fiestas y regocijos a los desposados, las cuales fiestas pasadas, tomándolos un día aparte el padre, les dijo estas palabras: "Hijos, agora que sois señores de mi hacienda y estáis en sosiego, razón es que cumpláis con lo que debéis al Alcaide de Alora, que no por haber usado con vosotros de tanta virtud y gentileza es razón pierda el derecho de vuestro rescate; antes se le debe (si bien se mira) muy mayor; yo os quiero dar cuatro mil doblas zaenes<sup>1</sup>; enviádselas, y tenedle

---

<sup>1</sup> *doblas zaenes*: la dobla fué una moneda de oro cuyo valor osciló alrededor de diez pesetas. Doblas zaenes fué moneda morisca, de oro, que en este tiempo de los Reyes Católicos valió 445 maravedises.

desde aquí adelante, pues lo meresce, por amigo, aunque entre él y vosotros sean las leyes <sup>1</sup> diferentes." El abencerraje se lo agradesció mucho, y tomándolas, las envió a Rodrigo de Narváz, metidas dentro de un mediano y rico cofre, y por no mostrarse de su parte corto y desagradecido, juntamente le envió seis muy hermosos y enjaezados caballos, con seis adargas y lanzas, cuyos hierros y recatones eran de fino oro. La hermosa Jarifa le escribió una muy dulce y amorosa carta agradeciéndole mucho lo que por ella había hecho. Y no queriendo mostrarse menos liberal y agradecida que los demás, le envió una caja de aciprés muy olorosa, y dentro en ella mucha y muy preciosa ropa blanca para su persona. El Alcaide valeroso tomó el presente, y agradeciéndolo mucho a quien se lo enviaba, repartió luego los caballos y adargas y lanzas por los hidalgos que le acompañaron la noche de la escaramuza, tomando uno para sí, el que más le contentó, y la caja de aciprés, con lo que la hermosa Jarifa le había enviado, y volviendo las cuatro mil doblas al mensajero, le dijo: "Decid a la señora Jarifa que yo recibo las doblas en rescate de su marido, y a ella le sirvo <sup>2</sup> con ellas para ayuda de los gastos de su boda, porque por sola su amistad trocaré todos los intereses del mundo, y que tenga esta casa por tan suya como lo es de su marido." El mensajero se volvió a Coín, donde fué bien reci-

---

1 *leyes*, religiones.

2 *sirvo*: obsequio, doy de regalo.

bido, y muy loada la liberalidad del magnánimo capitán, cuyo linaje dura hasta agora, en Antequera, correspondiendo con magníficos hechos al origen donde proceden.

## JUAN DE TIMONEDA

(† 1583.)

Valenciano. Tenemos muy pocos datos de su vida. Fué librero e impresor. Escribió piezas teatrales; pero en la literatura es principalmente famoso por sus cuentos. De su colección *El Patrañuelo* ha dicho Menéndez Pelayo "que es la primera colección española de novelas escritas a imitación de las de Italia, tomando de ellas el argumento y los principales pormenores, pero volviendo a contarlas en una prosa familiar, sencilla, animada y no desagradable".

## NO HAY QUINTO MALO

(Del *Sobremesa y Alivio de Caminantes*, 1563.)

Habiendo un capitán recogido compañía de soldados, vino a recoger tantos que, haciendo reseña de todos, despidió muchos, y viniendo a despedir un mancebo sin barbas, díjole: "Mi señor capitán, ¿qué es la causa que me despide vuestra merced?" Viéndole tan bien criado, fuéle forzoso responder, diciendo así: "Mirad, amigo; yo no os despido sino porque no tenéis barba; porque el soldado parece mal sin ella." Dijo el mancebo: "Y ¿qué? ¿tanta bar-

ba es menester que tenga, señor?" Respondió el capitán: "Cuanta se pueda tener un peine en ella." Entonces el mancebo sacó un peine y metióselo por la carne en la barba. Maravillado el capitán de caso tan hazñoso, no solamente lo recibió, mas hízole su sargento.

### EL SAGAZ VILLANO

(Del *Sobremesa y Alivio de Caminantes*.)

Un rústico labrador, deseoso de ver al rey, pensando que era más que hombre, despidióse de su amo pidiéndole su soldada. El cual, yendo a la corte, con el largo camino, acabáronsele las blanquillas<sup>1</sup>. Allegado a la corte y visto el rey, viendo que era un hombre como él, dijo: "¡Oh, pese a tal, que por ver a un hombre he gastado todo lo que tenía, que no me queda sino medio real en mí poder!" Y del enojo que tomó le empezó a doler una muela, y con la pasión<sup>2</sup> de la hambre que le aquejaba no sabía qué remedio se tomase, porque decía: "Si yo me saco la muela, y doy este medio real, quedará muerto de hambre: si me como el medio real, dolerme ha la muela." Con esta contienda arrimóse a la tabla de un pasteleiro, por írsele los ojos tras los pasteles que sacaba. Y acaso<sup>3</sup> vinieron a pasar por allí dos lacayos, y como le

---

1 *blanquillas*: monedillas, o dinero en calderilla.

2 *pasión*: sufrimiento, padecimiento.

3 *acaso*: por casualidad.

vieron tan embebecido en los pasteles, por burlarse de él dijéronle: "Villano, ¿qué tantos pasteles te atreverías a comer de una comida," "Pardiez, que me comiese quinientos." Dijeron: "¡Quinientos! Librenos Dios del diablo." Replicó: "¡De poco se espantan vuestas mercedes!" Ellos que no, y él que sí, dijeron: "¿Qué apostaréis?" "¿Qué señores? Que si no me los comiese, que me saquéis esta primera muela"; el cual señaló la que le dolía. Contentos, el villano empezó de jugar de diente <sup>1</sup> la hambre que tenía, muy a sabor. Ya que estuvo harto paró y dijo: "Yo he perdido, señores." Los otros, muy regocijados y chacoteando <sup>2</sup>, llamaron a un barbero y se la sacaron, aunque el villano fingidamente hacía grandes extremos; y por más burlarse de él decían: "¿Habéis visto este necio de villano, que por hartarse de pasteles se dejó sacar una muela?" Respondió él: "Mayor necedad es la vuestra, que me habéis muerto la hambre y sacado una muela que toda esta mañana me dolía." En oír esto, los que estaban presentes tomáronse a reír de la burla que el villano les había hecho, y los lacayos pagaron, y de afrentados volvieron las espaldas y se fueron.

---

<sup>1</sup> *jugar de diente*: mover los dientes. Esta frase suele hallarse en los autores clásicos (jugar del brazo, jugar de manos, etc.) con valor intransitivo. Pero aquí lleva un complemento directo: la hambre; si es que no se trata de una incorrección del texto.

<sup>2</sup> *chacoteando*: bromeando, haciendo chacota del villano.

LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

(Del *Sobremesa y Alivio de Caminantes*.)

Estando en conversación el rey de Aragón una noche con muchos grandes señores, y tratando de sueños, dijo un gentilhombre de su casa: "Pues sepa vuestra alteza que esta noche pasada soñé que de su mano era armado caballero, y me proveyó de muy buenas armas y caballo." A esto respondió el rey: "Pues así es, razón será que se cumpla tu sueño"; y así le armó caballero y le dió grandemente de comer. Oyendo esta grandeza otro criado, hijo de un caballero muy rico, deseoso de cierta villa, aguardó que el rey estuviere en semejante conversación que la pasada, y viendo su lance le dijo: "Sepa vuestra alteza que soñé la otra noche que me hacía merced de tal villa." Conociendo el rey la trampa y cobdicia deste su criado, respondió: "Anda de ahí; no creas en sueños<sup>1</sup>."

HISTORIA DE APOLONIO

(De *El Patrañuelo*, 1566.)

Esta es una novelita griega, que traducida del latín viene rodando durante la Edad Media por todas las literaturas de Europa. Su primer aparición conocida en

1 Un poeta del siglo xvi, Pedro Lainez, glosó el dicho popular que después sirvió de base a Calderón para su comedia:

"Soñaba yo que tenía  
alegre mi corazón;  
y a la mi fe, madre mía,  
que los sueños sueños son."

España fué en un poema del *Mester de clerocía*, en el siglo XIV. Parece que Timoneda hizo esta refundición sobre un texto italiano.

Antiocho, rey de la ciudad de Antioquía, siendo viudo, tenía una hija llamada Safírea, en tan extremo grado hermosa que su gracia y gentileza sonaba por todas aquellas comarcas. Y como después de su padre estaba determinado que había de suceder en el reino, importunábanle grandes príncipes y señores de pedírsela por mujer, y como a él no le conviniese, porque no le amolestasen sobre ello, puso una pregunta a la puerta de su palacio, notificando que cualquiera que le declarase sobre la dicha pregunta, de cualquier estado que fuese, le daría a su hija por mujer, cuando no, que le cortaría la cabeza. Por este respecto ninguno hubo que se atreviese a pedirla, si no fué a cabo de mucho tiempo el príncipe Apolonio, señor de la provincia de Tiro, que por su acutísimo ingenio alcanzó la verdad del negocio. El cual, por estar muy enamorado de la Safírea, vino delante del rey Antíoco para declararle la pregunta.

[*Apolonio declara la pregunta al rey, censurándole valientemente sus graves faltas. El rey se enoja.*]

Admirado el rey viendo que había acertado, sin mostrar ninguna perturbación, dijo: "Digno eres de muerte, Apolonio, porque no has dicho verdad; mas porque no me pintes por cruel y ser la persona que eres, yo te doy un mes de tiempo para que me-

jor pienses en ello." Despedido Apolonio, vista la presente<sup>1</sup>, se embarcó para Tiro, y Antíoco no le hubo dado licencia, que de allí a poco no se arrepintiese por ello<sup>2</sup>, y de miedo que no fuese manifiesto su pecado, mandó a Taliarca, criado suyo, con otros hombres de mala vida, que fuesen tras de Apolonio, y comoquiera que fuese le matasen. En este intermedio, estando Apolonio en su tierra, y pensando que había declarado la pregunta al rey Antíoco, y que no había cumplido su palabra en darle por mujer a su hija Safirea, a quien tanto quería y amaba, tomó una nave, la cual cargó de mucho trigo, y dineros y joyas de infinita valía, y de aborrescido<sup>3</sup> se embarcó de noche secretamente en ella con ciertos criados y familiares suyos.

Pues como desembarcase Taliarca en el puerto de Tiro y hallase el pueblo tan triste, preguntando a un muchacho la causa dello, le respondió: "Amigo, ¿que no sabes tú<sup>4</sup> que todo esto es porque el príncipe nuestro, Apolonio, no se sabe si es muerto o vivo?; que después que vino de Antioquía no parece." Con esta relación Taliarca con sus compañeros se volvió a embarcar muy satisfecho. Y venido ante su rey Antíoco, le dió aviso de lo que pasaba. Y luego

<sup>1</sup> *Vista la presente*: en seguida, sin dilación.

<sup>2</sup> Esta frase quiere decir: aún no le había dado licencia cuando ya estaba arrepentido.

<sup>3</sup> *aborrescido*: desesperado, causado de la vida.

<sup>4</sup> ¿Que no sabes tú? Manera de decir propia de la época equivalente a "¿es posible que no sepas"?

inmediatamente mandó pregonar por todo su reino que cualquiera que le diese vivo al príncipe Apolonio le daría cinco mil marcos de oro, y al que muerto, o su cabeza, mil y quinientos.

Volviendo al príncipe Apolonio, que con su nave seguía su ventura, vino a aportar en una provincia llamada Tarcia, y desembarcando y paseando por ella en traje de mercader, conocióle (aunque en bajos vestidos iba vestido) Heliato, senador de ella, que en días pasados había sido su vasallo, y llamándole por su nombre no le quiso responder Apolonio. Heliato entonces tornó a llamarle diciendo: "Rey Apolonio, ¿por qué quieres despreciar a quien favorecerte puede? Yo te certifico que si tú supieses lo que de ti sé, que tú me escucharías, y gratificarías muy bien." A esto respondió Apolonio: "Si te place, amigo, por lo que debes a virtud, me digas precisamente lo que de mí sabes." "Sé —le dijo Heliato— que el rey Antíoco ha hecho pregonar por todas sus tierras que quien le diere tu persona le promete dar cinco mil pesantes<sup>1</sup> de oro, y el que tu cabeza mil y quinientos." Así dijo Apolonio: "¿Y es tu profesión de ganar eso?" Respondió Heliato: "No plega a Dios que tal traición cometa a quien por rey he obedecido algún tiempo, sino lo que te suplico es que, lo más presto que puedas, dejes la Tarcia, que aunque sea señoría<sup>2</sup> por sí, no podemos

<sup>1</sup> *pesantes*: "moneda de oro que en tiempo de los Reyes Católicos valía lo que diez pesetas aproximadamente" (Dicc. R. Ac.).

<sup>2</sup> *señoría*: república autónoma.

dejar de complacer al rey Antíoco por algunas mercedes que dél habemos recibido." A esto respondió Apolonio: "Si alguna gracia alcanzar de ti pretendo, ha de ser ésta: que me aposentes secretamente por algunos días en tu casa, a causa que vengo muy fatigado de la mar." Heliato, atemorizado, no sabiendo cómo se espeler<sup>1</sup> de tal demanda, dijo: "Señor, mi casa y cuanto hay en ella, está presta para tu servicio, sino que hay un gran inconveniente, y es que perecemos de hambre; porque está la ciudad en gran estrechura de trigo, que no tenemos ya sino para tres días; mal podría hacerte aquel acatamiento que mereces quien de pan carece." "Tanto mejor —dijo Apolonio— te habias de alegrar y dar gracias a Dios que a tal coyuntura me ha traído a tu patria; porque te hago saber que traigo en mi nave cien mil hanegas de trigo, y lo desembarcaré en ella, si fuere contenta la señoría de Tarcia de tenerme secreto y hospedarme en su tierra." En oír esto Heliato, de gran gozo y alegría que concibió en su corazón, se le arrodilló a sus pies queriéndoselos besar, y Apolonio no consintiendo alzólo de tierra. Alzado, suplicóle Heliato que se fuese derecho con él, que los senadores le estaban aguardando a consejo sobre la hambre que les apremiaba: y que allí notificaría su demanda, y redención tan preciosa como traía para todos.

---

1 *se espeler*: eludir o evadirse.

Idos delante de los senadores, propúsoles muy en secreto Heliato cómo aquel era el príncipe Apolonio, y si querían favorecerle en tencelle secreto en su tierra, les favorecería de cien mil hanegas de trigo que traía en su nave; y éstas vendidas al precio que le costaba, que era a razón de cuatro reales por hanega<sup>1</sup>. Muy alegres los senadores por tan señalada merced, respondieron que eran muy contentos; que no sólo le favorecerían, pero que perderían la vida y estado por él, si menester fuese. Desembarcando el trigo el príncipe Apolonio como simple mercader, lo quiso distribuir todo por sus manos al pueblo. Y así el que podía pagar pagaba, y al que no, fiaba, y a los pobres labradores daba para que sembrasen, con tal que a la cogida se lo volviesen.

Pasados algunos días, como viesan los senadores la afición y voluntad que en Apolonio había puesto el pueblo, lo uno por temor que no se alzase con la tierra, lo otro porque no viniese a noticia del rey Antíoco que a su enemigo favorecían, determinaron de hacerle príncipe y capitán de la mar, y darle cargo de treinta galeras que tenían. Y así, dándole parte dello, fué muy contento de recibir aquel cargo, porque de aquella suerte pretendía estar más a su salvo.

---

1 Aunque cuatro reales por fanega era precio barato en tiempos de Timonedá, no era ningún disparate como nos parece

Pues navegando Apolonio con sus treinta galeras, hizo tantas hazañas que de todos los corsarios era temido, y de los de Tarcia muy honrado; sino que la fortuna le fué contraria, porque de allí a pocos días le sobrevino tan gran tormenta, que se le perdió toda la flota, salvo una galera que volvió a Tarcia, dando noticia de tan gran desdicha y pérdida, y la capitana, que dió al través con<sup>1</sup> las costas de Pentapolitania, donde no se salvó sino fué Apolonio que, abrazado con una tabla, salió a la ribera todo mojado. Y estándose allí plañiendo<sup>2</sup> de cómo la fortuna tan ásperamente le perseguía, juntó con él un pescador, preguntándole de qué nación era, y qué buena ventura lo había traído en aquella provincia. Dijo Apolonio: "Has de saber, hermano mío, que soy natural de Tiro, y viniendo pasajero en las galeras de Tarcia que han perescido, abrazado en una tabla soy escapado cual me ves." Viéndole el pescador de tan buena disposición y crianza, le rogó que se fuese con él hasta su alojamiento, a do le dejaría de sus ropas en tanto que se enjugasen las suyas. Apolonio, agradeciéndole la merced que le hacía, siguió nuestro pescador, el cual le sustentó por algunos días, incitándole que si quería ejercitar su oficio, que no le faltaría en que po-

---

ahora. La fanega de trigo valía a seis, a ocho y a diez reales en el siglo XVI.

1 con: contra.

2 plañiendo: lamentando.

der pasar la vida; respondi6le Apolonio que no era de su condici6n; le suplic6 que le enseñase el camino de la ciudad, porque querí a probar su ventura. Viendo su determinaci6n, el pescador púsole en el camino de la ciudad de Pentapolitania, dándole dineros para el camino.

Apolonio, entrando por la ciudad, vi6 un trompeta que iba pregonando a voces: "¡Ah, hombres, oídme bien los que sois extranjeros, y diligentes en servir, y diestros en saber algunos virtuosos ejercicios y habilidades; acudid de presto a los bañ6s reales, porque el rey se quiere bañ ar!" Apolonio, apresurando el paso, sigui6 al trompeta y vistos los bañ os entr6se por ellos, a do viendo al bañ ador<sup>1</sup> lo que hací a, púsose con muy buena gracia y diligencia en ayudarle. El bañ ador, en verle tan servicial y de tan gentil presencia, pregunt6le de qué naci6n era. Apolonio le respondi6, que de Tiro, y que habí a sido bañ ador en su tierra. En esto, como llegase el rey y toda la caballerí a, ataj6se la plática que los dos tení an, y lavando el bañ ador al rey, por probar su habilidad, díjole: "Naufragio<sup>2</sup>, ayúdame." Bañ ado que fué el rey, era uso a personas reales en aquella tierra, a la postre, ungirlos con ciertas confecciones de unguentos. Y para esto suplic6 Apolonio al bañ ador que le dejase hacer aquel ejercicio. Contento, fué tanta la sutileza y gracia con

---

1 *bañador*: bañero, hombre que ayuda a tomar el bañ o.

2 *Naufragio*: modo pintoresco de llamar a Apolonio, naufrago.

que Apolonio lo hizo, que el rey estuvo admirado de él.

Después que el rey y todos los caballeros se hubieron bañado, asentóse en una cuadra que había muy encerrada, y mandó que todos los extranjeros que el trompeta había llamado viniesen en su presencia, y así por holgarse con ellos (como lo tenía de costumbre) había puestas cuatro joyas para quien mejor saltase, y bailase, y luchase y tirase barra. Habiéndose todos probado en estas cuatro habilidades, no hubo quien mejor lo hiciese que Apolonio, y así le mandó librar el rey las cuatro joyas. Vuelto a palacio, estando las mesas puestas para sentarse a cenar, platicando con sus caballeros, dijo: "Júroos en verdad, amigos míos, que estoy tan contento y satisfecho del servicio que me hizo aquel mancebo hoy en el baño, como de cuantos servicios he recibido en esta vida, y más de sus fuerzas y habilidades. ¿Sabrá ninguno de vosotros, acaso, de qué nación es, y cómo se llama?" Respondiendo que no sabían otra cosa sino que tenía por nombre Naufragio. "Pues llamadme a ese Naufragio" —dijo el rey—. Idos, y venido Apolonio a palacio, por jamás quiso entrar, de vergüenza, delante la presencia del rey, a causa de estar mal vestido. Dándole al rey noticia desto, mandó que le diesen ricos vestidos. Parecido Apolonio delante del rey con aquel acatamiento que convenía, hizole asentar en una mesa que estaba enfrente de la suya, y darle a cenar de

las mismas viandas que él cenaba. Apolonio, viendo la majestad del servicio de la plata y oro con que al rey servían, estaba muy triste. En esto dijo el mayordomo al rey: “¿No ve al Naufragio, cuán envidiosamente tiene el ojo al oro y plata de vuestra alteza?” A estas inconsideradas palabras respondió el rey: “Muy mal has juzgado; antes es de pensar que aquella tristeza debe de proceder de haberse visto en alguna prosperidad, según muestra la autoridad de su persona.” Acabado que hubieron de cenar, y alzados los manteles, el rey hizo pasar a Apolonio a su mesa; y preguntándole de su estado y vida,

Respondió con un suspiro:  
“Sabrás, rey, que por amar  
perdí mi nombre en la mar,  
mi nombre y nobleza en Tiro.”

Dijo el rey: “En verdad, amigo, yo no te entiendo, si más abiertamente no te declaras.” En esta confabulación<sup>1</sup> entró por la sala la infanta Silvania, hija del rey, hermosísima en extremo grado.

[*Silvania se admira de la presencia de Apolonio y admira su tristeza. Después, a ruegos del rey, la infanta tañe y canta con la cítara.*]

Acabado que hubo de tañer y cantar la infanta Silvania, todos quedaron muy satisfechos y regocijados de ver cuán agraciada y artificiosamente había tañido y cantado, sino Apolonio, que ninguna señal

---

1 *Confabulación*: conversación, diálogo.

de alegría mostraba haber recibido; por lo cual dijo el rey: "¿Qué es esto, Naufragio? No te entiendo: todos a una de la música de mi hija se han contentado, y tú me parece que con callar la vituperas." Respondióle Apolonio: "Magnánimo rey, pues me incitas a que diga lo que siento, has de saber que tu hija comienza a entender el arte de la música, pero no tiene alcanzada la perfección de ella. Así dijo el rey: "Pues por amor de mí, Naufragio, que tomes la cítara en tus manos, para que todos gocemos de esa perfección que dices." Entonces Apolonio, aunque contra su voluntad, por obedecer su real mandamiento, cantó con la cítara respondiendo al propósito de lo que la infanta Sylvania le había cantado.

.....

Tañido y cantado que hubo Apolonio, de ver la destreza y suavidad de la música, y la gracia y desenvoltura, y cuán a propósito había respondido y cantado, el rey y los caballeros quedaron atónitos y maravillados, y mucho más la infanta Sylvania, captiva y presa de sus amores; por lo cual suplicó al padre, diciendo: "Amantísimo y querido señor padre: si, por tiempo <sup>1</sup>, alguna merced de tu liberalísima mano concederme pretendes, esta por tu gran clemencia no me niegues agora, y es que a este Naufragio me des por maestro, para que su perficionada música deprenda <sup>2</sup>." Concediéndosela el padre, le mandó dar a

---

1 Por tiempo: si alguna vez.

2 *deprender*: es muy corriente en esta época, por aprender.

Naufragio cien mil ducados para que se aderezase y pusiese en aquel estado de maestro, cual para su hija convenía, y le asignó un rico aposento, y más seis criados para que le sirviesen. Pues como ella tuviese muy encelados<sup>1</sup> sus encendidos amores, teniendo un día oportunidad, le suplicó muy encarescidamente que le hiciese tan señalada merced de manifestarle de qué prosapia descendía, porque sus tratos y condiciones manifestaban proceder de alto linaje. Viendo Apolonio la afectación<sup>2</sup> tan grande de su demanda, y las mercedes que de ella de continuo recibía, le prometió de decille su nombre y la condición de su estado, con tal que le jurase de tenello secreto. Prometiéndoselo, le dijo como era el príncipe Apolonio, dándole particularmente relación de las desdichas que le habían sucedido, y que se tenía por dichoso de ser favorecido de su real alteza. De lo cual ella se holgó en extremo, y fueron más presas y captivas de amor sus entrañas, y como su pasión no pudiese manifestar, o no quisiese, por más honestidad suya, cayó mala. De la cual enfermedad de muchos médicos fué visitada, y de ninguno conocida y del padre en extremo grado plañida.

En esta coyuntura allegaron a la corte tres príncipes muy señalados, de un ánimo conformes, a pedir a la infanta Sylvania por mujer, y que ella misma determinase y señalase (por quitarlos de con-

---

1 *encelados*: encubiertos, disimulados.

2 *afectación*: vehemencia, ahinco.

tienda) a cuál de los tres escogía por su legítimo marido. Ordenada su petición, y venida a manos del rey su padre, llamó a su maestro Apolonio, diciéndole: "Toma, Naufragio, esta descripción y voluntad destes tres príncipes que han allegado a mi corte, y preséntala a mi muy amada hija mía y discípula tuya, para que asiente y señale de su mano a cuál de estos tres escoge por marido." Venida a manos de la infanta, tomola sin perturbación ninguna, y en ausencia de su maestro Apolonio asignó lo siguiente: "El que yo más amo y quiero por esposo, señor padre, y suplico que me deis, si pretendéis dar vida a esta hija vuestra, es al príncipe Apolonio." Pasados algunos días, pidiéndole Apolonio el papel para saber su determinación, le respondió que no le daría a persona de esta vida sino al rey su padre. Venido pues el rey al aposento de su hija, y sabida su voluntad, maravillado de leer tal nombre, la dijo: "¿Qué es esto, hija mía? No entiendo quién es ese príncipe Apolonio que de tu mano señalas por esposo." "¡Ay —respondió con un apasionado suspiro la infanta—; ¿quién ha de ser sino mi muy amado y carísimo maestro, que hasta aquí por Naufragio habéis tenido?" "Muy bien entiendo y conozco tu mal, hija mía —dijo el rey—; sosiégate y no te aflijas tanto; porque si así pasa, cual tú me has informado, por las virtudes y fama que de él en mis reinos se han divulgado y extendido, desde agora lo acepto por mi yerno y te lo concedo por marido." Y con esta espe-

ranza se despidió de ella, y dió por disculpa a los príncipes que por mujer la pedían, que era imposible, por hallarse mala dispuesta<sup>1</sup>, determinarse entonces su hija de señalar marido, y que por tanto perdonasen. Y así se despidieron, volviéndose a sus tierras.

El rey, no descuidándose de la salud de su hija. llamó muy en secreto a Apolonio, diciéndole: "Yo te suplico, Naufragio, por la fe que debes a Dios y a la orden de caballería, que digas si eres tú el príncipe Apolonio." Respondió: "No puedo dejar de decir la verdad por el juramento que me ha hecho vuestra real alteza; sepa que lo soy, y puesto y aparejado para hacer su mandamiento." "Lo que yo mando —dijo el rey— no es otra cosa sino que tengas por bien de casarte con mi hija, porque esta es su voluntad y mía, siendo tú de ella contento." Agradesciéndole tamaña merced Apolonio, queriéndose arrodillar para besarle las manos, el rey le abrazó con los brazos abiertos, no consintiendo que se arrodillase, sino que dándole su bendición y el parabién, se fué al aposento de su hija, y dándole parte de su casamiento, por ser la cosa que más deseaba, en breves días se levantó de la cama, y fueron ordenadas las bodas con mucha solemnidad y honra. Pero la noche antes que se velasen, el príncipe Apolonio determinó de ir al baño con aquella autoridad y regocijo que el rey su suegro acostumbraba con los más

---

1 *Mal dispuesta*: indispuesta, enferma.

principales del reino. Ya que se hubo bañado, dióse a conocer al bañador, por tener ocasión de gratificarle el bien que por él había conseguido, el cual, como le conoció, se le arrodilló delante, suplicándole que le concediese alguna merced; y así se la concedió que, vista la presente, le mandó que dejase de ser bañador y fuese su camarero, y camarera su mujer de la infanta Silvania; y para ello les proveyó<sup>1</sup> de veinte mil ducados. Venido el día de las bodas, fueron celebradas con abundancia de manjares y máscaras<sup>2</sup> y danzas; en fin, como a personas reales.

.....

Pasados algunos años, viviendo descansadamente el príncipe Apolonio, su amada y querida mujer Silvania condució a su padre que jurasen a su marido Apoionio por rey de Pentapolitania para que reinase después de sus días. Contento, fué su coronación con riquísima sunptuosidad celebrada, haciendo por tres días continuas luminaciones y fiestas, y a la fin de ellas llegaron en una nave, que surgió en el puerto, unos embajadores del reino de Antioquia y de Tiro con grandísimo aparato, supremamente ataviados, y parecidos en la sala real, y postrados delante del rey Apolonio con la competente<sup>3</sup> ceremonia que eran obligados y su

1 *proveyó*: dotó, asignó.

2 *máscaras*: cabalgatas, comparsas. *Danzas* significa también grupos de danzarines con ciertos disfraces, ya de pastores, o de gitanos, o al capricho y gusto del organizador.

3 *competente*: correspondiente.

estado merecía, los de Antioquía relataron su embajada, diciendo “cómo por justicia divina el rey Antíoco era muerto súptamente con un rayo que descendió del cielo, y a su hija la infanta Safirea la comprendió <sup>1</sup> de tal suerte, que por la misericordia de Dios vivió seis días, en los cuales ordenó su alma y hizo testamento, dejando por heredero y sucesor de todo su reino a ti el príncipe Apolonio, por el amor que le mostraste tener, poniéndote en riesgo de perder la vida en declaración de la pregunta. El cual testamento teniendo por bueno y válido, los más principales de la tierra han determinado hacerte la presente embajada, para que lo más pronto que fuere posible, por pacificación del reino, vayas a tomar la posesión de él, si movido fueres.” Acabando los de Antioquía, los de Tiro le propusieron “cómo por la muerte del rey de Antioquía, Taliarca por quererse apoderar de la tierra fué expelido y lanzado de ella a fuerza de armas por los más principales del reino, y con el amotinamiento de la gente que le seguía, apañando <sup>2</sup> ciertos bajeles que estaban en el puerto, se fué para Tiro, y hallando el pueblo discordes por causa de tu real ausencia, se puso a defender la mayor parte, y echó de la ciudad los que menos y poco podían, y se apoderó de Tiro, haciéndose señor absoluto de tu reinado <sup>3</sup>; por tanto los

---

1 *la comprendió*: la afectó.

2 *apañar*: recoger.

3 *reinado*: reino.

afiigidos y desterrados pobretos<sup>1</sup> de tus vasallos sabiendo que asistias<sup>2</sup> en Pentapolitania, te hacen la presente embajada, suplicándote que mires que es gran negligencia tuya no recobrar tu estado, y redemir aquellos que por tuyos se nombran y tienen.”

Oídas las dos partes, el rey Apolonio los hizo alzar de tierra, y con un semblante grave y amoroso los abrazó a todos igualmente; y dándoles respuesta que todo se remediaría, los mandó aposentar en muy ricos aposentos, y de todo lo sucedido dió parte al rey su suegro, y que su voluntad era de ir a tomar posesión de Antioquía y recobrar su reino de Tiro.

[*Por entonces el rey Apolonio salva al pescador que le hospedó, de una injusta condena, y le nombra su capitán y patrón de la galera real.*]

Pasados algunos meses y días fué juntada la flota de número de noventa velas<sup>3</sup> y seis mil combatientes. Con tan buen apercebimiento y aparejo mostróse muy satisfecho y contento el rey Apolonio, sino que le molestaba la importunación de la reina su mujer, que determinaba de embarcarse con él. Y como se lo hubiese desviado en diversas veces recaudó con su número de noventa velas y seis mil combatientes. Con tan buen apercebimiento y aparejo mostróse muy satisfecho y contento el rey Apolonio, sino que le

1 *pobretos*: esta palabra, muy usada en tiempo de los clásicos, se dice hoy pobrecillos o pobretes.

2 *asistias*: habitabas, vivías.

3 *velas*: significa naves de vela.

molestaba la importunación de la reina su mujer, que determinaba de embarcarse con él. Y como se lo hubiese desviado en diversas veces recaudó con su padre que se lo mandase a su marido, que no tuviese pesadumbre de llevarla consigo, pues que primero y principalmente había de ir al reino de Antioquia para ser coronado y recibido por ellos, y que allí se podría quedar entre tanto que fuese a conquistar Tiro. Con mandárselo su suegro, no pudiendo en ninguna manera contradecirle, hizo labrar una riquísima corona de oro, y aderezar una muy suntuosa nave para la reina su mujer, poniendo en ella todo lo necesario.

Embarcado el rey Apolonio y la reina su mujer con los embajadores, y capitanes y gente de pelea, y despedido del rey su suegro, comenzó de hacer su viaje con muy próspero tiempo. Pero al cabo de veinte días, habiendo navegado por la mar adelante, tomóle tan gran fortuna <sup>1</sup> y levantóse tan gran tormenta, que toda la flota fué desparcida para poder salvarse, y la reina, de aquel sobresalto y enojo concebido, se traspasó <sup>2</sup> de tal manera que, teniéndola por muerta todos los de la nave, lloraban y estaban puestos en admirable y sobrada tristeza. Sosegada ya la bravosa y pestífera fortuna, y juntada toda la armada sin haber perdido ninguna cosa, dándole noticia

---

1 fortuna: borrasca.

2 se traspasó: se accidentó, sufrió una convulsión y quedó como muerta.

al rey Apolonio de la desdicha tan grande que le había sucedido a la reina su mujer, pasó de presto a la nave, y viéndola de aquella suerte, rasgó sus vestiduras, y abrazándola, decía: "¡Oh amada y carísima mujer mía: tan desastrada y breve había de ser nuestra despedida! Harto os excusaba yo este tan triste y amargo viaje para mí, en el cual veo que habéis perdido la vida, perdiendo toda mi gloria y descanso." En esto, los grandes que allí se hallaron lo consolaron lo mejor que pudieron, y el patrón de la nave le propuso que trabajase su alteza, lo más presto que pudiese, de echar a la reina, pues era muerta, de la nave antes que la mar hiciese algún movimiento, y se viese en algún peligro la armada<sup>1</sup>. Vista su justa demanda, luego el rey proveyó que le hiciesen un ataúd a la reina muy bien embetunado. Y puesta allí dentro con sus ricos vestidos que llevaba y su corona de oro en la cabeza, mandó, porque más presto fuese vista a do quiera que aportase, que en el ataúd en derecho<sup>2</sup> de su rostro hiciesen una rejuela, y puso en él mil ducados en oro, con una plancha de plomo escripta, que decía: "El que hallare el presente cuerpo, por el hallazgo tomará los quinientos ducados; los otros para que sea enterrada con aquella honra y solemnidad que a una reina se le debe."

---

1 Existía la superstición de que el mar no salía sobre sí ningún barco que contuviese un cadáver.

2 *En derecho*: enfrente.

Echado el ataúd, siguiendo su ventura por las marítimas ondas, vino a aportar en la provincia de Éfeso, a do saliendo unos médicos de la ciudad para buscar ciertas yerbas junto a la marina, vieron el ataúd que estaba cerca de la tierra. Juntado con él<sup>1</sup> y sacándole del agua, de ver por la rejuela tanta majestad, estuvieron muy maravillados. Los cuales determinaron de llevarle a un rico monesterio de monjas, que de ahí muy cerca estaba. Así que llevado, y quitada la tabla de encima, y leída la plancha, como la mirase y tentase el pulso el más sagaz y sapientísimo de todos, conoció que no era muerta aquella mujer. Por do mandó de presto que la sacasen del ataúd y la pusiesen encima de una alhombra, y que le hiciesen grandísimo fuego a los lados para que las venas se le escalentasen, y la sangre volviese en sí, y dióse virtud a los espíritus vitales. Hecho esto, mandó luego que le aderezasen un lecho muy bien compuesto, y con ciertos unguentos escalentados, con aceites de mucha virtud y fragancia la empezó a ungir por todo su cuerpo. Con esto, a cabo de un rato tornando en sí la reina, empezó de abrir los ojos, y reconociéndose dijo, enderezando las palabras al médico que la estaba ungiendo: "Di, hombre atrevido, ¿quién te dió a ti tanta licencia para que mi real persona tocases? Digno eres de ser gravísimamente cas-

---

1 *juntando con él*: llegando a él, a poderle echar mano.

tigado." "Antes no —respondió el médico—, sino de vuestra real alteza gratificado, habiéndole restituido la vida." En esto la priora y todas las monjas que estaban presentes la consolaron, y le dieron muchas sustancias que aparejadas le tenían, y le manifestaron de la suerte que aquellos médicos la habían hallado a la marina, y dándole la plancha para que viese lo que en ella se contenía. Vista, mandó luego que los quinientos ducados se diesen a los médicos, y los otros fuesen para el monesterio, y que sus ricos vestidos y corona real guardasen; y que su determinación era, si servidas eran, de quedarse y hacer vida con ellas hasta que Dios fuese servido y su marido supiese de ella, Cuanto mandó, las monjas, vista la presente, lo cumplieron, agradesciéndole mucho su buena voluntad en querer quedarse en su compañía, y que la aceptaban por señora en el monesterio y patrona de aquella santa casa.

Prosiguiendo su navegación el rey Apolonio, vino a tomar puerto dentro en breves dias en Tarcia, adonde no consintió que le hiciesen ningún recibimiento, sino que muy en secreto encargó casualmente a Heliato su hija con el ama que la criaba, que era la mujer del pescador, dejando copia de dineros y joyas para que fuese enseñada, así en letras como en todo género de música, llamándola Politania; y volviéndose a embarcar, por sus jornadas contadas llegó a la ciudad de Antioquía, y

allí no pudo excusar que no le hiciesen, como nuevo poseedor y señor del reino, grandísimas fiestas y regocijos, y fué coronado por rey y entregada toda la recámara<sup>1</sup> y tesoro del rey Antíoco y de la infanta Safirea, a do se detuvo forzosamente casi doce años en hacer justicia, reconocer sus fortalezas y reglar la república, y acrescentar sus huestes y naves y galeras para ir por mar y tierra contra Tiro.

En este entretenimiento habíase criado Politania, en bajos y honestos vestidos, en compañía del ama, la más honesta y agraciada hembra que se pudiese hallar en toda Tarcia, penetrando en letras y en música muy admirablemente, juntamente con Lucina, hija de Heliato y Dionisia, su mujer. Y por haberse criado juntas estas doncellas, de los demás del pueblo eran tenidas por hermanas, y por tal se tenían ellas. El ama, de ver que en tanto tiempo ningunas nuevas habían sabido del rey Apolonio, de pura imaginación que ya fuese muerto, cayó mala; y viéndose ya para morir, llamó a Politania para dalle su bendición y despedirse de ella. Y besándola por dos o tres veces en el rostro, con abundantísimas lágrimas la dijo: "Oye bien mis palabras, amada hija mía Politania, y en tu corazón las conserva: dime, ¿quién piensas que es tu padre y madre?" Respondióle: "Señora, ¿quién ha de

---

1 *recámara*: tesoro de las armas y joyas personales del rey.

ser mi padre sino Heliato, y mi madre, Dionisia, a quien hasta el día de hoy he obedecido y reverenciado?" Entonces, con un entrañable suspiro, la dijo el ama: "¡Ay, hija, cuán engañada vives! Has de saber que tu padre es el rey Apolonio y tu madre Sylvania, hija del rey de Pentapolitania, que por eso te pusieron ese nombre que tienes; y tu madre murió en una nave que venía; y puesta en un ataúd con riquísimas joyas, fué echada en la mar, y tu padre pasó por aquí con grandísima flota a recobrar su principado de Tiro habrá sus doce años, dejándonos encomendadas a este honrado senador, llamado Heliato, a cuyo dominio<sup>1</sup> hemos estado hasta el día de hoy. Todo esto te he descubierto, hija mía, para que te tengas en reputación de cuya prosapia descienes, y estés sobre aviso que si después de mi muerte te sobreviniere algún infortunio en desacato y deshonor de tu persona, que descieras de presto a la plaza, donde hallarás una estatua riquísima de mármol, dorada, que es la misma figura de tu padre, que los senadores de esta ciudad le hicieron por cierto socorro que les hizo, y te abrases con ella, dando voces diciendo: "Señores, catad que soy hija de quien es esta estatua." Los ciudadanos no puede ser menos que, conociendo el beneficio de tu padre, no te favorecerán." Y acabadas de decir seme-

---

1 *dominio*: poder.

jantes palabras, dió el alma a Dios. Y Politania infinitísimas lágrimas por sus rubicundos<sup>1</sup> ojos; la cual fué enterrada con mucho honor en un rico sepulcro, y de Politania con mil ofrendas y sacrificios de cada día visitada.

Y como fuese alabada su hermosura por su buena plática y conversación de algunas señoras del pueblo, y Lucina vituperada, concibió Dionisia tan grande odio contra Politania, que de noche ni de día no reposaba, sino de qué manera le podría dar la muerte. En fin, que para efectuar su mal pensamiento tomó un esclavo que tenía llamado Estrangulo, no estando Heliato en la ciudad, y púsole una mañana en su cámara diciéndole: "Mira, si tú, cuando fueras con Politania al sepulcro de su ama, al pasar de la puente le dieres tal empujón que caiga en el río y fenescan allí sus días, yo te doy mi fe y palabra de hacerte que seas franco<sup>2</sup>. Prometiéndoselo el esclavo se fué. Lucina, como aún no era levantada, y por bajo que se lo dijo<sup>3</sup> alcanzó a entender el negocio, levantándose disimuladamente, y por el amor que tenía a Politania, le descubrió lo sobredicho, rogándole que por la vida no descubriese quién se lo había descubierto, y que dejase de salir de casa, si quería tener segura la vida; alcanzando ya por este aviso Politania la mala vo-

---

1 *rubicundos*: enrojecidos.

2 *franco*: libre.

3 *Por bajo que se lo dijo*: A pesar de lo bajo que se lo dijo.

luntad que Dionisia le tenía, y que ninguna cosa de bueno se podía ya esperar de ella, aprovechóse del consejo del ama. Y es que saliendo acompañada con el esclavo, antes de llegar a la puente, habiendo de pasar por la plaza, estando derecho de la estatua de su padre, se abrazó con ella diciendo: "¡Oh ilustres ciudadanos, sabed que soy hija de quien es la estatua presente, y soy condenada de muerte injustamente, si vosotros no me socorréis!"

Oyendo semejante novedad, acudieron a ella mucha de la gente que en la plaza había, y principalmente un senador, llamado Teófilo, viendo que el esclavo huía, mandó que le prendiesen, y trayéndoselo delante le dijo: "Dime, doncella, ¿a quién representa esta estatua, para que tú tengas la osadía de decir que es la estatua de tu padre?" Respondió: "Al rey Apolonio, del cual sin duda soy hija, y he sabido por providencia de Dios que por manos de este esclavo que tenéis preso había de morir mala muerte." En esto juntó Teófilo con ella diciendo: "Deja, hija, de hoy más, de abrazarte con la estatua de tu padre, que nosotros te favoreceremos con tu justicia; ven conmigo." Y llevada delante de los senadores, y propuesta la causa y confesando el esclavo la verdad, enviaron por Heliato, el cual atestiguó que era hija del rey Apolonio, que se la dejó encomendada cuando por allí con su armada pasó, y que en cuanto al insulto<sup>1</sup> del esclavo, que

1 *insulto*: delito.

él ninguna cosa sabía. Y así lo confesó el esclavo, sino que Dionisia su mujer le había inducido que matase a Politania, prometiéndole libertad. Oídas las partes, los senadores al esclavo mandaron dar cien azotes de muerte<sup>1</sup>, y Dionisia, que fuese desterrada por seis años de la ciudad, y depositaron a Politania en poder de Teófilo, para que la tuviese en aquel estado que merecía.

Estando Politania en poder de Teófilo, enamoróse de ella un hijo suyo, dicho Serafino, y confiriendo en su pecho el amor y la majestad de ella, vivía con grandísima desconfianza de poder gozar de sus amores. En tanto que la osadía le dió un remedio para menoscabo de sus tiernos años, y fué que como Teófilo tuviese, riberas de la mar, ciertas granjas y casería para poderse en ella hólgar algunos días, ordenó con su mujer (para dar algún pasatiempo y recreo a Politania) de irse con todos los de su casa en semejante lugar. Idos, Serafino secretamente concertó con unos amigos suyos pescadores que, disfrazados con máscaras, entrasen en la casería de su padre y se llevasen a Politania. Dicho y hecho semejante caso, embarcáronse todos con ella en un batel<sup>2</sup> que tenían aparejado, y navegando a remo y vela valerosísimamente para llegar a cierta isla que tenían concertada, encontraron

---

1 *azotes de muerte*: azotes, no sólo de afrenta, sino de tormento, aunque el reo expirase en ellos.

2 *batel*: barco; hoy es palabra poética.

con dos fustas<sup>1</sup> de cosarios<sup>2</sup>, donde les fué forzado defenderse por no ser captivos. Y de tal manera pelearon, que todos fueron mucitos y echados en la mar, sino tan solamente Politania que, de verla tan hermosa, determinaron de venderla por esclava: y con esta determinación hicieron su viaje a la ciudad de Éfeso.

Teófilo, amargo y congojoso de ver el osado atrevimiento que habían tenido de llevarle a Politania dentro de su casería, hizo grandísimas diligencias y pesquisas por ver quién podrían ser los tan desvergonzados y atrevidos. No faltó quien le dijo que su hijo Serafino había urdido y tramado tan estupendo caso. Airado mucho más en extremo grado, pidiendo auxilio y favor a los otros senadores, despidió barcas y bajeles por la mar adelante, porque fuese preso y traído a Tarcia, y él con muchos de a caballo empezó a seguir la costa de mar. Y siguiéndola, hallaron en el arena tendidos, que el agua los había echado, a dos pescadores heridos y muertos, y más adelante a su hijo Serafino, y el batel sin remos ni nada, que las expedidas barcas lo habían topado en alta mar. Maravillados de lo que podía ser aquello, vinieron a considerar que habrían peleado con algunos contrarios, y los habían maltratado de aquella suerte. Y por bien que

<sup>1</sup> *fustas*: navío ligero de remos que servía ordinariamente para explorar.

<sup>2</sup> *Cosarios*: por *corsario*, forma antigua, que alternaba con ésta.

buscaron a Politania por dos o tres días, como no la hallasen, presumiendo que también era fallecida como los otros, con determinación y consejo del pueblo, hicieron una sepultura de mármol, abierta a los pies de la estatua del rey Apolonio, y Politania de la misma piedra, muy naturalmente <sup>1</sup> esculpida, como que salía de ella y se abrazaba con su padre, con este letrero que decía:

Si Politania murió,  
su desdicha, muerte o gloria  
viva está en nuestra memoria.

Los cosarios, tomando puerto sobre seguro <sup>2</sup> en Éfeso, después de muchas cosas que traían para vender, sacaron y dieron en poder de un corredor a Politania para que fuese vendida por esclava a quien más daría <sup>3</sup> por ella. Y de ver su gentileza, codicioso Lenio, rico mesonero, pujó de tal suerte en ella, que hubo de quedar en su poder. Librada, pues, Politania por esclava de Lenio y traída a su casa, postrósele a sus pies, con entrañables lágrimas llorando, que mirase por amor de Dios lo que podía ganar cada día, que ella se obligaba de ganárselo con virtuosas habilidades que sabía, con que le comprase una guitarrilla y sonajas, y le mandase cortar un sayuelo y zaragüelles de diversas

---

<sup>1</sup> *muy naturalmente*: reproduciendo muy exactamente el natural.

<sup>2</sup> *sobre seguro*: con seguridad previamente obtenida de la ciudad.

<sup>3</sup> *daría*: diera.

colores, al uso truhanesco<sup>1</sup>. Contento Lenio, y convencido de sus lágrimas, le cortó sayuelo y zaragüelles, comprándole los instrumentos que pedía. Y de esta suerte, como tuviese linda voz y fuese destísima en la música, a todo el pueblo era muy acepto y agradable, y entre caballeros y gentiles hombres llamada la Truhanilla; acudiendo con lo que tasado le tenía su amo Lenio. Pasados catorce o quince años en que ya el rey Apolonio hubo en este tiempo alcanzado de ser rey de Antioquía, y conquistado su reino de Tiro de poder de Taliarca, castigando los rebeldes, dejó por Visorrey de la tierra a su camarero juntamente con su mujer, que era el bañador que arriba dijimos, y se embarcó con sus naves y galeras, enderezando su camino para Antioquía, y tomando allí puerto, fué muy bien rescibido, a do depositó por Visorrey al pescador, prometiéndole enviar a su mujer, que en Tarcia por ama de su hija Politania había quedado.

Y así se despidió de Antioquía, allegando a Tarcia con su flota, a do de los senadores fué realmente hospedado, y antes que de su hija pidiese<sup>2</sup>, de los más principales de ellos, cargados de luto, fué una noche visitado, y de Teófilo medio llorando narrada la muerte del ama y desdichado fin de su hija Politania y de su hijo Serafino, de la cual

---

El sayo era un paletó o chaquetón, y los zaragüelles unos calzones anchos de lienzo. Parece que este era el traje propio de los juglarcillos o cantores ambulantes.

<sup>2</sup> *pidiese*: preguntase.

muerde el rey Apolonio rescibió en extrema manera grandísimo enojo; tanto que juró sobre su corona en todos los días de su vida no afeitarse la barba, ni quitarse el cabello, ni cortarse las uñas, ni vestir oro ni seda, ni oír cosa que de pasatiempo fuese. A los cuales suplicó que le mostrasen, para más satisfacción suya, en qué parte estaba conservada su hija. Amostrándosela, las palabras lastimosas que decía abrazándose con el bulto<sup>1</sup> de su hija Politania, que estaba hecho de mármol junto de su estatua, eran para romper las entrañas. A todo consolándole lo mejor que pudieron, se retrajo en un oscuro aposento, mandándose cortar para él y sus criados paños de luto, y entapizar su nave toda de negro; y en breves días se embarcó para Pentapolitania, y navegando, a cabo de días levantóse tan contrario viento, que hubieron de tomar, más por fuerza que por grado, puerto en la playa de Efeso, y como fuese de noche, y vieses por los muros de la ciudad grandes luminarias encendidas, y sintiesen repicar campanas y otros diferentes instrumentos de músicas, viniendo a preguntar a cierto marinero de la playa la causa de tan sobrado regocijo, les respondió que aquello se hacia cada año en celebración y memoria del nacimiento de su príncipe Palimedo. En oílo el rey Apolonio, luego se retiró en el más oscuro retraimiento de la nave, dando licencia a todos sus ca-

1. *bulto*: estatua.

pitanes que quisiesen salir en tierra, que saliesen para haberse de holgar mucho enhorabuena, excepto sus criados; y que sin eso<sup>1</sup> les mandaba, a pena de la vida, que ninguno fuese osado de entrar adonde él estaba, sin que él primero no les llamase.

En esto el marinero, espantado de ver tan grueso ejército, fuese corriendo a dar aviso a su príncipe Palimedo; el cual pensando que fuesen algunos contrarios y enemigos suyos, tocando al arma, mandó poner a punto de guerra toda su gente, y enviar sus espías<sup>2</sup>, las cuales supieron y dieron noticia a su Príncipe, que no era sino el rey Apolonio, que la controversia<sup>3</sup> de vientos le había traído en aquellas partes con toda su flota, y que no cumplía temer de ninguna cosa. Y así por la mañana desembarcaron los capitanes, y los salió a recibir el príncipe Palimedo con toda la honra que fué posible, y les rogó que fuesen aquel día sus convidados. Aceptando tan señaladas mercedes con la cortesía acostumbrada, fué hecho el convite muy solemne y copioso. Sabiéndolo la Truhanilla, no faltó en semejante fiesta, a do tañendo y cantando hizo maravillas sobre mesa<sup>4</sup> y le valió aquel día más de doscientos ducados, que le estrenaron<sup>5</sup> to-

---

1 *Sin eso*: además de eso.

2 *Espia*: femenino también entonces como *centinela* y otros semejantes.

3 *controversia*: embate de vientos contrarios.

4 *sobre mesa*: después de la comida, o a los postres.

5 *estrenaron*: dieron de regalo.

dos aquellos capitanes. Pues como fuesen alzados los manteles, y el príncipe Palimedo les preguntase la causa de la tristeza de su rey Apolonio, por extenso se lo contaron, y de todos fué suplicado que él en persona quisiese entrar en su nave, para ver si le podría dar algún alivio en su tan sobrada tristeza. Concediéndoles tan justa demanda, proveyó que a la Truhanilla de presto la cortasen riquísimos vestidos de seda y oro al uso y traje de truhanes, y aparejar con diversidad de manjares una cena real; y cabalgando todos los capitanes y los más principales de la ciudad, vino a la playa, a do todos se embarcaron para ver las naves y galeras, y el príncipe Palimedo con tres caballeros suyos más privados se entró en la nave del rey Apolonio, y saliéndole los pajes al encuentro, le preguntaron quién era, o qué es lo que mandaba; respondióles: “Sabed, hermanos, que soy el príncipe Palimedo, señor desta ciudad de Éfeso, y lo que mando es que entréis a vuestro rey Apolonio, haciéndole saber cómo vengo aquí para besarle las manos.” “¿Las manos, señor? —respondió el uno de ellos—; la vida nos costaría si tal hiciésemos.” “¿Por qué?” —dijo Palimedo—. “Porque, señor, nos tiene mandado que el primero que entrare en su aposento, sin él llamarle, será condenado a muerte.” “Pues yo quiero ser el condenado”, dijo el príncipe Palimedo; y alzando el antepuerta<sup>1</sup>, como el rey Apolonio lo

<sup>1</sup> *antepuerta*: mampara o cortina.

sintiese, dijo: “¿Quién es el tan aborrecido <sup>1</sup> de la vida que así osa entrar en mi acatamiento sin yo llamarle?” Respondió el príncipe Palimedo: “Es el que besa tus reales manos, y ruega al omnipotente Dios que te consuele: el Príncipe de Éfeso.” En esto alzóse de donde estaba sentado el rey Apolonio, y con la debida cortesía le hizo sentar cabe sí. Y después de muchas pláticas ya pasadas, le rogó el príncipe muy encarescidamente que quisiese salir en tierra para recibir una cena real que le tenía aparejada. El rey Apolonio se lo desvió <sup>2</sup>, diciendo que había jurado sobre su corona de no salir en tierra hasta llegar en Pentapolitania. “Si es así —replicó el príncipe—, vuestra alteza puede hacerme estas mercedes sin perjuicio de su juramento, y es que la quiera recibir aquí dentro de su nave, y esto no creo que se me pueda negar en ninguna manera.” Viendo el rey su tan entrañable voluntad, se lo concedió. Y despidiéndose de él, luego el príncipe, salido a tierra, proveyó que la cena, buena y aparejada, fuese puesta en la nave, advirtiéndolo a la Truhanilla que a la postre de la cena entrase cantando y tañendo alguna consolatoria canción, aplicada para aquel rey que estaba triste, que él le prometía, si en alguna cosa le contentaba, hacella libre. Con esta preparación, venida la noche y asentados el rey Apolonio y el príncipe Palimedo

<sup>1</sup> *aborrecido*: desesperado.

<sup>2</sup> *desvió*: rehusó.

a la mesa, fué distribuída la cena por sus criados y gentiles hombres con tan solemne concierto, que el rey quedó más maravillado que contento. Y estando ya en el postrer servicio<sup>1</sup> entró la Truhani-lla, con sus sonajas de plata, muy agraciadamente cantando y tañendo la presente canción atribuída<sup>2</sup> al rey Apolonio, diciendo así:

CANCIÓN

Alégrate, gran señor,  
de lo que Dios manda, ordena;  
cata que a veces la pena  
vuelve en gozo muy mayor.

Lo que nosotros juzgamos  
que nos es daño o desdén,  
de allí a veces sale el bien,  
y el mal del que más gozamos.

Da gracias al Hacedor  
si algún mal a ti disuena;  
cata que a veces la pena  
vuelve en gozo muy mayor.

Fué tan apacible y acepta esta canción al rey Apolonio que, mostrando algún contentamiento, le mandó dar cien escudos; y preguntándole de su estado y vida y de qué nación era, dejó las sonajas, y tomando una guitarrilla dió respuesta a su demanda cantando este romance:

[*Empieza contando su nacimiento y la muerte de su madre. Continúa:*]

ROMANCE

Echáronla en la mar  
en un ataúd metida

<sup>1</sup> *postrer servicio*: último plato o postre.

<sup>2</sup> *atribuída*: dedicada.

con ricas ropas, corona,  
como reina esclarecida;  
después para me criar  
a la Tarcia fui traída;  
allí me dejó mi padre  
en bajo traje vestida,  
a un ama encomendada  
por quien fuese sostenida,  
y por manos de Heliato  
doctrinada y bien regida.  
Siendo de catorce años,  
que es edad lenta <sup>1</sup> y florida,  
el ama que me criaba  
murió: dejóme afligida,  
y Dionisia, la mujer  
de Heliato, combatida  
de envidia de verme hermosa  
más que a su hija querida,  
concertó con un esclavo  
que diese fin a mi vida,  
y abrazada con la estatua  
que en la Tarcia está esculpida  
de mi padre, fui librada  
de la muerte dolorida:  
so el amparo de Teófilo  
fui puesta y constituída.  
Allí, ya que la fortuna  
me tenía combatida,  
el amor me combatió  
sin causa dél conocida,  
y es que Serafino, hijo  
de Teófilo, perdida  
la confianza de haberme  
por mujer, por ser tenida  
hija de rey, me hurtó  
estando en un vergel metida:  
en un batel me embarcaron,  
sin poder ser socorrida.  
Yendo la mar adelante

---

1 *edad lenta*: edad tierna, débil.

de corsarios fui prendida;  
Seralino muerto, y todos  
los de esta traición urdida.  
Después en Efeso puesta,  
y por esclava vendida,  
y de Lenio el mesonero  
fui comprada y poseida.

A todo este romance estuvo muy atento el rey Apolonio, y destilando casi algunas lágrimas por sus ojos, del gozo que iba concibiendo en venir a considerar que aquella Truhanilla era su hija. Acabado que hubo, preguntándole su nombre y respondiendo que se llamaba Politania, se alzó con los brazos abiertos, y abrazándola le dijo: "Vos sois, sin duda, Politania, mi hija, a quien por muerta en mi pensamiento tenía." Ella entonces con profundísima humildad se le arrodilló delante y le besó las manos, y él le dió su bendición, y suplicó al príncipe Palimedo que luego descendiese a la ciudad para que le mandase cortar a su hija ropas de brocado y apercibir riquísimas joyas, porque aquella noche quería que quedase en la nave con él, y que en la mañana le prometía desembarcar juntamente con ella y pasear por la ciudad, pues Dios le había hecho tan señalada merced de cobrar su hija. El príncipe, muy alegre, vuelto a la ciudad, hizo cortar las ropas aquella noche, y aderezar el día siguiente las joyas, y una hacanea<sup>1</sup> blanca para Politania, y un valeroso caballo ricamente enjaezado

---

<sup>1</sup> hacanea: jaca.

para el rey Apolonio, y mandó llamar a Lenio, el mesonero, para pagarle todo lo que le había costado la Truhanilla, y como no quisiese, le mandó con gran reguridad<sup>1</sup> echar preso en la cárcel.

Viniendo, pues, a desembarcar el rey Apolonio con su hija Politania, muy ricamente aderezada, dispararon todos los bajeles a un tiempo la artillería, que no parecía sino hundirse la tierra, y puesta en su hacanea y el rey en su caballo, enderezando su vía hacia la ciudad, dispararon las trompetas y menestriales y atabales<sup>2</sup>, que era gloria de oír y mirar el concierto y aderezo de los caballeros y capitanes, y más de la gente que acudía por ver a la Truhanilla en tanta majestad puesta. Y como esta nueva se extendiese entre la gente plebeya, que la Truhanilla era hija del rey Apolonio, llegaron estas nuevas al monesterio donde estaba su mujer, la reina Silvania, la cual del gozo concebido, en congregación de todas las monjas, se fué a coro, a do dieron gracias a Dios de la conservación de su hija y marido, y cantaron el *Te Deum laudamus*<sup>3</sup>. Y de consejo de la reina y de las más ancianas y sabias, enviaron un embajador, hombre de muchas letras y de grande autoridad, al prin-

1 *reguridad*: rigor.

2 *menestriales y atabales*: de ordinario se decía *ministriles* y eran los instrumentos de boca, como chirimías, dulzainas, etc. Atabales se decían los timbales de ahora.

3 *Te Deum laudamus*: himno de la Iglesia que empieza así: *A Ti, Dios, alabamos*, y se canta en acción de gracias.

cipe Palimedo, suplicándole que les hiciese tan señalada merced en hacer venir al monesterio al rey Apolonio y a su hija Politania, para poder considerar y ver las maravillas de Dios. Venido el embajador a palacio, aguardó que hubiesen acabado de comer, y teniendo oportunidad, le suplicó al príncipe Palimedo lo que las devotas religiosas le habían suplicado. Y visto su tan buen deseo, le dió palabra que él trabajaría que visitasen aquella tan santa casa a la tardecita, cuando el sol fuese de caída. Con tan buena respuesta, las monjas tuvieron por bien que la reina no saliese a recibir al rey su marido, sino que se retrajese en su cámara, vistiéndose las ropas riquísimas que traía cuando la pusieron en el ataúd y su corona de oro en la cabeza, y de allí no se moviese hasta tanto que la priora entrase por ella. Con esta ordenación, viniendo el rey Apolonio y la infanta Politania y el príncipe Palimedo al monesterio, saliéronles a recibir las monjas, suplicándoles que tan solamente los tres en lo íntimo de la casa entrasen, por más honestidad de su religión.

Concediendo a su demanda, entráronlos con gran afabilidad en un cuadro<sup>1</sup> que tenían muy aderezado y compuesto, adonde le dieron al rey Apolonio el parabién de haber hallado a su hija, y ellas abrazándola y besándola, que Dios la dotase de su ben-

---

1 *cuadro*: habitación cuadrada.

dita gracia. A cabo de rato, sacaron tres platos, los dos de riquísima colación<sup>1</sup>, y el otro con la plancha de plomo que hallaron en el ataúd de la reina. Los de la colación dieron al príncipe y a la infanta, y el de la plancha al rey Apolonio. Y como el rey la mirase y tuviese en sus manos, con los ojos medio llorosos les dijo: "Mejor colación que ésta no me podíades dar, reverendísimas madres; y sabed que, aunque me habéis lastimado con la demostración de esta plancha, de otra parte he recibido gran contentamiento en saber que tenéis aquí depositado el cuerpo de mi mujer; lo que yo os ruego es que me la mostréis." En esto levantóse la priora diciendo: "Por servir a vuestra real alteza estamos prestas y aparejadas: aguarde un tantico." Y entrándose do estaba la reina muy hermosamente compuesta, la sacó en presencia del rey. Y como el rey la viese, casi fuera de sí se alzó de donde estaba asentado, y se la fué a abrazar con los brazos abiertos, diciendo: "¡Oh dulcísima y amada mujer mía! ¿Y es posible, descanso mío, que seáis vos la que por muerta tenía." "Yo soy —dijo la reina—, a quien Dios, por su infinita misericordia, ha hecho tantas mercedes de aportarme a esta tan santa casa y volver en vuestra compañía." La infanta Politania, entendiendo que aquella era su madre, arrodillán-

---

<sup>1</sup> *colación*: dulces y conservas para tomar un bocado entre las comidas.

dose en tierra la besó las manos, y la reina la abrazó con muy sobrada alegría.

El príncipe Palimedo, viendo tan buena coyuntura para pedir lo que ya por muchos días en su corazón encerraba y oculto tenía, se arrodilló a los pies del rey Apolonio, suplicándole le diese a la infanta Politania por mujer. El rey Apolonio se lo prometió, dándole en dote el principado de Tiro y el reino de Antioquía, con tal que a las monjas les respondiesen <sup>1</sup> cada año con mil ducados por tiempo de diez años, en gratificación del servicio y compañía que le habían hecho a la reina su mujer, y la reina les dió la corona de oro que en la cabeza traía, y así se despidió de todas, abrazándolas con abundantísimas lágrimas. Salidos a cabalgar, como los criados y capitanes del rey Apolonio vieron salir aquella tan hermosa dama, reconociéndola decían: "Esta ¿no es la reina? Ella me parece." Unos, "no es"; otros, "sí es." En sentir y gozar de su apacible y dulce habla, y que el rey, trayéndola de la mano, la ayudó a cabalgar en la hacanea de la infanta, lo creyeron, y estuvieron muy maravillados. Cabalgando el rey y el príncipe Palimedo con la infanta Politania a las ancas de su cuartago, vinieron a palacio, a do era excesiva gloria ver con qué placer y contentamiento, de uno en uno, los criados se arrodillaban delante de la reina, y le querían

---

1 *respondiesen*: contribuyesen, pagasen.

besar las manos, y ella no consintiendo, los abrazaba haciéndoles mil mercedes.

De allí a pocos días fueron ordenadas las bodas del príncipe Palimedo y la infanta Politania con real preparatorio, en las cuales hubo gran sarao de damas, y danzas y regocijos, y máscaras y torneos.

Acabadas las fiestas tan solemnes de las bodas, determinándose de ir el rey Apolonio con la reina Sylvania su mujer, con toda la flota, y a verse con el rey su suegro, porque ya muy cansado de días estaba, y a regir y gobernar su reino, como era de razón, se despidió del príncipe Palimedo, su yerno, y de la infanta Politania, su hija, con mil sollozos y lágrimas paternas; los cuales los acompañaron con toda la caballería de la ciudad de Éfeso hasta el puerto. Pues al embarcar era de oír el estruendo de la artillería, y el ver jugar las banderas por el placer que concebían en recobrar la reina que ya por muerta tenían. Embarcados, en breve tiempo llegaron en Pentapolitania, y allí el suegro les salió a recibir con grandísimo gozo por gozar de la vista de su yerno el rey Apolonio, y de su hija tan amada, al cabo de veinte años que no los había visto. Y de esta tan sobrada alegría cayó malo y murió. Y quedó el rey Apolonio poseedor y rey universal de toda la Pentapolitania. Y nosotros algún tanto contentos de lo que en su apacible historia habemos leído.

## MELCHOR DE SANTA CRUZ

Natural de la villa de Dueñas, en Castilla la Vieja, y vecino de la ciudad de Toledo. Apenas se tienen más noticias de su vida. Su obra principal, *Floresta Española*, tiene, entre otros méritos no pequeños, el presentar una colección de dichos, "más o menos auténticos, de españoles célebres, que nos dan a conocer muy al vivo su carácter, o por lo menos la idea que de ellos se formaban sus contemporáneos" (M. Pelayo).

### JUSTICIAS DEL REY DON PEDRO

(De la *Floresta Española*.)

1574

Esta es la versión más antigua que se conoce de la anécdota que modernamente ha vulgarizado Zorri-lla en su comedia *El Zapatero y el Rey*. Ya Lope de Vega había dramatizado el episodio en su obra *Audiencias del Rey don Pedro*.

Un arcediano de la Iglesia de Sevilla mató a un zapatero de la misma ciudad, y un hijo suyo fué a pedir justicia; y condenóle el juez de la Iglesia en que no dijese misa un año. Dende a pocos días el rey don Pedro vino a Sevilla, y el hijo del muerto se fué al rey, y le dijo cómo el arcediano de Sevilla había muerto a su padre. El rey le preguntó si había pedido justicia. El le contó el caso como pasaba. El rey le dijo: "¿Serás tú hombre para ma-

tarle, pues no te hacen justicia?" Respondió: "Sí, señor." "Pues hazlo así", dijo el rey. Esto era víspera de la fiesta del Corpus Christi. Y el día siguiente, como <sup>1</sup> el arcediano iba en la procesión cerca del rey, dióle dos puñaladas y cayó muerto. Prendióle la justicia, y mandó el rey que lo trujesen ante él. Y preguntóle, por qué había muerto a aquel hombre. El mozo dijo: "Señor, porque mató a mi padre, y aunque pedí justicia, no me la hicieron." El juez de la Iglesia, que cerca estaba, respondió por sí que se la había hecho, y muy cumplida. El rey quiso saber la justicia que se le había hecho. El juez respondió que le había condenado que en un año no dijese misa. El rey dijo a su alcalde: "Soltad este hombre, y yo le condeno que en un año no cosa zapatos."

## MIGUEL SABUCO

(† 1588.)

Bachiller y vecino de Alcaraz, publicó con el nombre de su hija doña Oliva Sabuco de Nantes —"solo para darle honra"— el libro titulado *Nueva Filosofía de la Naturaleza del hombre no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida y salud humana*, en el que estudia las causas de las pasiones, y propone el remedio de cada una.

---

1 Como: cuando.

CASOS QUE PRUEBAN QUE EL PESAR  
PUEDE MATAR

(Del Coloquio del conocimiento de sí mismo, 1587.)

*Antonio.* En el tiempo del rey don Alfonso XI, siendo gobernadores del reino dos infantes, don Pedro y don Juan, tíos del rey don Pedro, que era niño, habiendo hecho muchas guerras y batallas en la tierra de Granada, como esforzados y valientes caballeros, volviéndose para tierra de cristianos, venía don Pedro en la vanguardia y don Juan en la retaguardia; cargó gran multitud de moros, que venían haciendo tan grande daño en la retaguardia, que tuvo necesidad de enviar a decir a don Pedro que se detuviese y le viniese a socorrer; lo cual queriendo él hacer con grande ánimo y voluntad, halló su gente tan acobardada, que no quería volver contra los moros, ni pudo hacerles por ninguna vía volver a socorrer a su tío y amigo. Tomó de esto tanto enojo y pesar, que sacó la espada para herirlos, y sin poderla menear, perdió luego el habla y sentido, y cayó muerto del caballo, sin más menearse ni quejarse, ni otra señal de vivo. Algunos de los suyos, viendo esto, volvieron a dar noticia de ello al infante don Juan, y sabido por él tan doloroso y triste caso, tomó tanto enojo y pesar, que luego

perdió el sentido y habla, y se puso gafa<sup>1</sup> y tullido de todos sus miembros, que no pudo menearse, y luego a la tarde murió.

*Rodonio.* Por cierto, señor, extraño caso fué ése en caballeros tan animosos y magnánimos.

*Ant.* Pues sabed que en tiempo del cristianísimo emperador don Carlos V, en las guerras de Hungría, en el cerco de Buda, era capitán Raisciao Suevo, el cual, como cuenta Paulo Jobio, tenía un hijo, valiente mancebo, el cual, sin dar parte a su padre, hizo un desafío, y vinieron a batalla a vista de los campos<sup>2</sup>, estando los grandes del ejército con el capitán, mirando la batalla de los dos; hacíalo maravillosamente él de su parte, que no sabían quién era, y alabábanlo, pero al fin fué vencido y muerto. Queriendo saber el capitán y los demás quién era tan buen caballero, fueron allá y lo mandaron desarmar, y en quitándole la visera, y en conociendo el capitán, por la cara y cierta joya que traía al cuello, que aquel era su hijo, en el mismo instante se cayó muerto, y lo enterraron con su hijo; y claro está que no era pusilánimo, pues tal cargo tenía. Ginebra, mujer de Juan Ventivolo, murió de repentino dolor, que le dijeron de súbito que sus hijos habían sido vencidos en una batalla. Son tantos y tan en número los ejemplos que en esto se

---

1 *gafa*: leproso, llagado; pero aquí significa mejor paralítico de pies y manos.

2 *campos*: ejércitos.

podrían traer, que era hacer un gran volumen, y estorbar nuestro propósito y materia, y por evitar prolijidad los dejo. Mariana, porque vido su hijo caer en un charco en zbulléndose en el agua, que lo perdió de vista, se cayó muerta, y a poco rato el hijo sano y bueno lloraba la madre muerta.

## DON LUIS DE ZAPATA

(1526-1595.)

Desde muy joven pasó al servicio del príncipe don Felipe (después Felipe II). Más tarde acompañó al Rey en su viaje a Flandes e Italia.

En los últimos años de su vida escribió su *Miscelánea*, "uno de los libros más varios y entretenidos que darse pueden, repertorio inagotable de dichos y anécdotas de españoles famosos del siglo xvi" (Menéndez Pelayo).

### COMO SE PUEDE AYUNAR Y ENGORDAR

(De la *Miscelánea*, 1593.)

Este mismo caso lo cuenta Melchor de Santa Cruz en su *Floresta*, refiriéndolo de un Arzobispo de Toledo.

*De una burla hecha a un santísimo Papa.*

Ser extrema la bondad de Pío V, pontifice bienaventurado, dijéralo si no temiera lo que se suele te-

mer en tales casos, que era<sup>1</sup> disminuír mucho su loa por alabarle; mas esto le acaeció con sus criados.

Propuso de ayunar una cuaresma sin comer carne ni pescado, en vejez ya de casi ochenta años. Suplicábante que no lo hiciese sus ministros y cardenales, mas no se pudo con él acabar. Pasó la cuaresma, y pasada dijo a los suyos: "¡Qué gran merced me ha Dios hecho, que por ver buena la obra, me hallo hoy mucho mejor por haber ayudado!"

"La gran merced Nuestro Señor la ha hecho a toda la cristiandad (dijo don Francisco de Reinoso), que fuera Vuestra Santidad muerto si no hubiera inspirado en nosotros que le hiciésemos este engaño; que sepa que el agua en que se cocían las yerbas que comía Vuestra Santidad era de capones destilados<sup>2</sup>."

El Papa quedó confuso, como quien pasa un gran peligro durmiendo, sin saber qué hacerse, u reír u enojarse; mas quería tornar al ayuno de nuevo con clara y infalible agua; pero todos y su confesor mismo doctísimo se lo estorbaron.

---

<sup>1</sup> *era*: sería.

<sup>2</sup> Caldo de pollo.

## JUAN RUFO

(1547?-16...?)

Cordobés. Fué jurado de Córdoba, y asistió con don Juan de Austria a la batalla de Lepanto.

Es autor del poema *La Austriada*, para cuya publicación fué ayudado por Felipe II con quinientos ducados, y *Las seiscientas Apotegmas*, primera publicación original de esta clase en España. Es una colección de máximas morales expresadas en breves anécdotas.

### HEROES DE ANTAÑO

(De *Las seiscientas Apotegmas*, 1596.)

Armándose en Flandes don Lope de Acuña, para un hecho de armas, algo de priesa, dijo a dos criados que le ayudaban a armar que le pusiesen mejor la celada: la cual como al cerralla le hubiesen cogido una oreja, le daba mucho fastidio. Los criados le respondieron a una, y dos, y más veces, que no iba sino muy en su lugar. Y como las ocasiones no lo <sup>1</sup> daban para detenerse mucho, entró así en la refriega, que fué sangrienta. Y desarmándose después don Lope, como se le saliese la una oreja asida a la celada, en vez de enojarse, dijo con mucha mansedumbre a los que le armaron: "¿No os decía yo que iba mal puesta la celada?"

---

1 Lo, esto es, "lugar".

## MATEO ALEMAN

(1547-1614?)

Natural de Sevilla. Estudió Medicina en Sevilla, Salamanca y Alcalá. Trasladóse a Madrid, donde ejerció un cargo público y se ocupó en otros negocios. A pesar del gran éxito de su obra principal, las numerosas ediciones fraudulentas le impidieron remediar su pobreza. A los sesenta años tuvo que emigrar a Indias. Fué a Méjico, y compañero suyo de viaje fué el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón. Murió en Méjico. Su obra principal, la novela *Vida de Guzmán de Alfarache*, se leía en toda Europa, y su autor era llamado *El español divino*.

### HISTORIA DE LOS DOS ENAMORADOS OZMIN Y DARAJA

(De *Guzmán de Alfarache*, 1599.)

Esta novelita fué, sin duda, inspirada por el cuento de Abindarráez que antecede.

Estando los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, sobre el cerco de Baza, fué tan peleado, que en mucho tiempo de él no se conoció ventaja en alguna de las partes. Porque, aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los moros, habiendo muchos, estaba fortalecida con la buena disposición del sitio. La reina doña Isabel asistía en Jaén previniendo a las cosas necesarias y el rey don Fernando acudía personalmente a las del ejército. Teníalo dividido en dos



partes: en la una plantada la artillería y encomendada a los Marqueses de Cádiz y Aguilar, a Luis Fernández Portocarrero, señor de Palma, y a los comendadores de Alcántara y Calatrava, con otros capitanes y soldados. En la otra estaba su alojamiento con los más caballeros y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada.

Y si por ella pudieran travesar, había como distancia de media legua del un real al otro; mas por serle impedido el paso, rodeaban otra media por la sierra y así distaban una legua. Y porque con dificultad podían socorrerse, acordaron hacer ciertas cavas y castillos, que el rey por su persona muy a menudo visitaba. Y aunque los moros procuraban impedir no se hiciesen, los cristianos los apoyaban defendiéndolo valerosamente, sobre que<sup>1</sup> cada día no pasó alguno sin que dos o más veces escaramuzasen, habiendo de todas partes muchos heridos y muertos. Pero, porque la obra no cesase, siendo tan importante, siempre con los que en ella trabajaban asistían de guarda noche y día las compañías necesarias.

Aconteció que, estando de guarda don Rodrigo y don Hurtado de Mendoza, adelantado de Cazorla, y don Sancho de Castilla, les mandó el rey no la dejasen hasta que los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Astorga entrasen con la suya para cier-

---

1 *Sobre que*: en la cual lucha.

tos efectos. Los moros, que, como dije, siempre se desvelaban procurando estorbar la obra, subieron como hasta tres mil peones y cuatrocientos caballos por lo alto de la sierra contra don Rodrigo de Mendoza. El adelantado y don Sancho comenzaron con ellos la pelea y, estando trabada, socorrieron a los moros otros muchos de la ciudad. El rey don Fernando que lo vió, hallándose presente, mandó al conde de Tendilla que por otra parte les acometiese, en que se trabó una muy sangrienta batalla para todos. Viendo el rey al conde apretado y herido, mandó al maestre de Santiago acometer por una parte y al marqués de Cádiz y duque de Nájera y a los comendadores de Calatrava y a Francisco de Bobadilla que con sus gentes acometiesen por donde estaba la artillería.

Los moros sacaron contra ellos otra tercera escuadra <sup>1</sup> y pelearon valentísimamente así ellos como los cristianos. Y hallándose el rey en esta refriega, visto por los del real, se armaron a mucha priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fué el número de los que acudieron, que no pudiendo resistirse los moros, dieron a huir y los cristianos en su alcance, haciendo gran estrago, hasta metellos por los arrabales de la ciudad, adonde muchos de los soldados entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas <sup>2</sup>, entre las cuales fué Daraja, don-

---

1 *escuadra*: compañía de soldados.

2 *Cabezas*: sujetos, personas.

cella mora, única hija del alcaide de aquella fortaleza.

Era la suya una de las más perfetas y peregrina hermosura que en otra se había visto. Sería de edad hasta diez y siete años no cumplidos. Y siendo en el grado que tengo referido, la ponía en mucho mayor su discreción, gravedad y gracia. Tan diestramente hablaba castellano que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja<sup>1</sup>, pues entre las más ladinas<sup>2</sup> pudiera pasar por una de ellas. El rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio. Luego la envió a la reina su mujer, que no la tuvo en menos y, recibéndola alegremente, así por su merecimiento como por ser principal descendiente de reyes, hija de un caballero tan honrado, como por ver si pudiera ser parte que le entregara la ciudad sin más daños ni peleas, procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de la manera y con ventajas que a otras de las más cercanas a su persona. Y así no como cautiva, antes como a deuda<sup>3</sup>, la iba acariciando<sup>4</sup>, con deseo que mujer semejante y donde tanta hermosura de cuerpo estaba, no tuviera el alma fea.

---

1 *cristiana vieja*: de familia que no procedía de moros ni de judíos.

2 *entre las más ladinas*: entre las que mejor hablasen el castellano.

3 *deuda*: parienta de la familia.

4 *acariciar*: "Tratar con amor y ternura, halagar con demostraciones de cariño y afecto." (Dicc. Aut.)

Estas razones eran para no dejarla punto de su lado, demás del gusto que recibía en hablar con ella. Porque le daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de más edad y varón muy prudente, por quien todo hubiera pasado. Y aunque los reyes vinieron después a juntarse en Baza, rendida la ciudad con ciertas condiciones, nunca la reina quiso deshacerse de Daraja, por la gran afición que la tenía, prometiendo al alcaide su padre hacelle por ella particulares mercedes. Mucho sintió su ausencia; mas dióle alivio entender el amor que los reyes la tenían, de donde les había de resultar honra y bienes, y así no replicó palabra en ello.

Siempre la reina la tuvo consigo y llevó a la ciudad de Sevilla, donde con el deseo que fuese cristiana, para disponerla poco a poco, sin violencia, con apacibles medios, le dijo un día: "Ya entenderás, Daraja, lo que deseo tus cosas y gusto. En parte de pago de ello te quiero pedir una cosa en mi servicio: que trueques esos vestidos a<sup>1</sup> los que te daré de mi persona, para gozar de lo que en el hábito nuestro se aventaja tu hermosura." Daraja le respondió: "Haré con entera voluntad lo que tu Alteza me manda. Porque habiéndote obedecido, si hay algo en mí de alguna consideración, de hoy más estimaré por bueno, y lo será sin duda, que me lo darán tus atavíos y suplirán mis faltas."

---

1 a: por.

“Todo lo tienes de cosecha <sup>1</sup> —le replicó la reina— y estimo ese servicio y voluntad con que le ofresces.” Daraja se vistió a la castellana, residiendo en palacio por algunos días, hasta que de allí partieron a poner cerco sobre Granada, que así por los trabajos de la guerra como para ir la saboreando <sup>2</sup> en las cosas de nuestra fe, le pareció a la reina sería bien dejalla en casa de don Luis de Padilla, caballero principal muy gran privado <sup>3</sup> suyo, donde se entretuviese con doña Elvira de Guzmán <sup>4</sup>, su hija doncella, a quienes encargaron el cuidado de su regalo. Y aunque allí lo recibía, mucho sintió verse lejos de su tierra y otras causas que le daban mayor pena. Mas no las descubrió. Que con sereno rostro, el semblante alegre, mostró que en ser aquel gusto de su Alteza lo estimaba en merced y recibía por suyo.

Esta doncella tenían sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmín. Sus calidades muy conformes a las de Daraja: mancebo rico, galán, discreto y, sobre todo, valiente y animoso y cada una de estas partes <sup>5</sup> dispues-

1 *de cosecha*: de propia naturaleza, de sí mismo.

2 *saborear*: hacer tomar gusto en alguna cosa.

3 *privado*: súbdito o criado que merece especial confianza del rey o señor.

4 Elvira de Guzmán era hija de Luis de Padilla, acreditando la anarquía que reinaba en esto de los apellidos. A veces cada hijo llevaba un apellido distinto del de sus hermanos y del de su padre.

5 *partes*: méritos, prendas.



tas a recibir un "muy" y le era muy debido. Tan diestro estaba en la lengua española, como si en el riñón de Castilla se criara y hubiera nacido en ella. Cosa digna de alabanza de mozos virtuosos y gloria de padres, que en varias lenguas y nobles ejercicios ocupan sus hijos. Amaba su esposa tiernamente. De modo idolatraba en ella que, si se le permitiera, en altares pusiera sus estatuas. En ella ocupaba su memoria, por ella desvelaba sus sentidos, de ella era su voluntad. Y su esposa, reconocida, nada le quedaba en deuda.

Era el amor igual, como las más cosas en ellos y sobre todo un honestísimo trato en que se conservaban. La dulzura de razones que se escribían, los amorosos recados que se enviaban, no se pueden encarecer. Habíanse visto y visitado; pero no tratado de sus amores a boca<sup>1</sup>. Los ojos, parleros, muchas veces: que nunca perdieron ocasión de hablarse. Porque los dos de muchos años antes y no muchos, pues ambos tenían pocos, mas, para bien hablar, desde su niñez, se amaban y las visitas eran a deseo. Enlazóse la verdadera amistad en los padres y amor en los hijos con tan estrechos ñudos, que de conformidad todos desearon volvello en parentesco y con este casamiento tuvo efecto; pero en hora desgraciada y rigor de planeta<sup>2</sup>, que apenas acabó de concluirse, cuando Baza fué cercada.

1 a boca: de palabra.

2 rigor de planeta: de creencia vulgar y supersticiosa de que en cada individuo influye la estrella que predomina en el ins-

Con esta revuelta y alborotos lo dilataron entonces, aguardando juntallos con más comodidad y alegría, para solenizar con juegos y fiestas lo que aquella pedía y casamiento de tan calificada gente. Dara-  
raja, ya dije quién era su padre. Su madre fué sobrina, hija de hermana, de Boabdélín, rey de aquella ciudad, que había tratado el casamiento. Y Oz-  
mín, primo hermano de Mahomet, rey, que llama-  
ron Chiquito, de Granada.

Pues, como sucediese al revés de sus deseos, mos-  
trándose a todos la fortuna contraria, estando Da-  
raja en poder de los reyes y habiéndola dejado en  
Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclama-  
ciones que hizo, lástimas que dijo, suspiros que  
daba, efectos de tristeza que mostró, a todos repar-  
tía y ninguno salía con pequeña parte. Mas como  
el daño fuese tan sólo suyo y la pérdida tan de su  
alma, tanto creció el dolor en ella, que brevemente  
le cupo parte al cuerpo, adoleciendo de una enfer-  
medad grave tan dificultosa de curar cuanto lejos  
de ser conocida y los remedios distantes. Crecían  
los efectos con indicios mortales, porque la causa  
crecía, sin ser a propósito las medicinas. Lo peor,  
que el mal no se entendía, siendo lo más esencial de  
su reparo<sup>1</sup>. Así de su salud los afligidos padres va-  
tenían rendida la esperanza; los médicos la negaban.

---

tante de su nacimiento. Por eso también el dicho de nacer con  
mala estrella o tener mala estrella.

1 *reparo*: curación.

Todos en esta pena y el enfermo casi en la última, se le representó una imaginación de que le pareció sacar algún fruto y, aunque con riesgo, mas <sup>1</sup>, puesto en parangón del que tenía, no podía ser otro mayor. Y con las ansias de la ejecución, procurando alcanzar ver a su querida esposa, cobró aliento y algún esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas que podían dañarle. Despidió las tristezas y melancolías; pensaba solamente cómo tener salud. Con esto vino a cobrar mejoría, a desesperación de todos, que le vieron llegar a tal punto. Dicen bien que el deseo vence al miedo, tropella inconvenientes y allana dificultades. Y el alegría en el enfermo es el mejor jarabe y cordial epictima <sup>2</sup> y así es bien procurársela y, cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano. Luego comenzó a convalecer. Y apenas podía tenerse sobre sí, cuando previniéndose para guía de un moro <sup>3</sup> lengua <sup>4</sup> que a los reyes de Granada sirvió mucho tiempo de espía, joyas y dineros para el viaje, en un buen caballo morcillo, un arcabuz en el arzón de la silla, su espada y daga ceñida, en traje andaluz, salieron de la ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabían bien la tierra.

Pasaron a vista del real y, habiéndolo dejado bien

1 Mas: sin embargo, con todo.

2 epictima: se dice más de ordinario *epitima*; significa medicina confortativa que se aplica exteriormente como apósito.

3 Esto es, tomando a un moro por guía.

4 lengua: intérprete, y aquí mejor, práctico en los caminos.

atrás por sendas y veredas <sup>1</sup> iban a Loja <sup>2</sup>, cuando cerca de la ciudad, su avara <sup>3</sup> suerte los encontró con un capitán de campaña, que andaba recogiendo la gente que del ejército huía, desamparando la milicia. Pues como así los viese, los prendió. Fingió el moro tener pasaporte, buscándolo ya en el seno, ya en la faltriquera y otras partes; y como no lo hallase y los viese descaminados, tomando mala sospecha <sup>4</sup>, los prendió para volverlos al real. Ozmín, sin alterarse alguna cosa, con libres <sup>5</sup> palabras, aprovechándose del nombre del caballero en cuyo poder estaba su esposa, fingió ser hijo suyo, llamándose don Rodrigo Padilla y haber venido a traer un recaudo a los reyes de parte de su padre y cosas de Daraja y por haber adolecido se volvía. Otrosí le afirmó haber perdido el pasaporte y el camino y que para tornar a él habían tomado aquella senda. Nada le aprovechaba, que todavía insistía, queriéndolos volver, y no le entendían <sup>6</sup>: que ni a él se le diera una tarja <sup>7</sup> que se fueran o volvieran. Sólo

---

1 *sendas y veredas*: se contraponen a caminos reales; hoy diríamos por trochas y vericuetos.

2 *Loja*: provincia de Granada; en el camino hacia Archidona y Antequera.

3 *avara suerte*: estrecha, mezquina.

4 Es decir, sospechó que fuesen soldados huidos del campamento, soldados *de tornillo* o *tornilleros*, que daban la vuelta en cuanto cobraban la paga.

5 *con libres palabras*: sin embarazarse, sin turbarse.

6 *y no le entendían*: no caían en la cuenta que lo que buscaba era algún dinero o cosa que lo valiera, por dejarlos ir.

7 *tarja*: moneda de escaso valor, así como un ochavo.

fué su pretensión que un caballero tal, como representaba, le quebrara los ojos con algunos doblones.

Que no hay firma de general que iguale al sello real <sup>1</sup> y no tanto más <sup>2</sup>, cuanto en más noble metal estuviese estampado. Para los mal trapillos <sup>3</sup> y soldados de tornillo tienen dientes y en ellos muestran su poder ejecutando las órdenes; que no en quien pueden sacar algún provecho, y eso buscan. Ozmín, sospechando en lo que tantos fieros habían de parar, volvió a decirle: “No entienda, señor capitán, que me diera pena volver atrás otra vez ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud, como ve, no me faltara; mas pues consta la necesidad que llevo, suplícole no reciba vejación semejante por el riesgo de mi vida.” Y sacando del dedo una rica sortija, la puso en su mano, que fué como si echaran vinagre al fuego <sup>4</sup>. Luego le dijo: “Señor, vuestra merced vaya en buen hora, que bien se deja entender de hombre tan principal que no se va con la paga del rey ni desamparará a su campo, menos que con la ocasión que tiene <sup>5</sup>. Y iréle acompañando hasta Loja, donde le daré recaudo, para que con seguridad pueda pasar adelante.” Así lo hizo, que-

1 *sello real*: dinero.

2 *y no tanto más*: y tanto más no iguala cuanto más.

3 *maltrapillos*: andrajosos, vagabundos.

4 *echar vinagre al fuego*: dicho antiguo para expresar la idea de apagar, extinguir.

5 Esto es: y que no abandonaría el ejército, a no ser por razón tan poderosa como la que tiene.

dando muy amigos y, habiendo reposado, se despidieron, tomando cada uno por su vía.

Con estas y otras desgracias llegaron a Sevilla, donde por la relación que traía supo la calle y casa donde Daraja estaba. Dió algunas vueltas a diferentes horas y en diversos días; mas nunca la pudo ver. Que como no iba fuera ni a la iglesia, todo el tiempo se ocupaba en su labor y recrearse con su amiga doña Elvira. Viendo, pues, Ozmín la dificultad que tenía su deseo y la nota que daba, como en común la dan en cualquier lugar los forasteros, que todos ponen los ojos en ellos, deseando saber quiénes y de dónde son, qué buscan y de qué viven, especialmente si pasean una calle y miran con cuidado a las ventanas o puertas. De allí nace la envidia, crece la murmuración, sale de balde el odio, aunque no haya interesados.

Algo de esto se comenzaba y fué forzoso, evitando el escándalo, cesar por algunos días. El criado hacía el oficio como persona de poca cuenta. Mas no descubriéndosele camino, sólo se consolaba con que las noches a deshora pasando por su calle abrazaba las paredes, besando las puertas y umbrales de la casa. En esta desesperación vivió algún tiempo, hasta que llegó por suerte el que deseaba. Que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre día, vió que don Luis hacía reparar cierta pared, sacándola de cimientos. Asíó de la oca-

sión por el copete<sup>1</sup>, aconsejando a su amo que, comprando un vestidillo vil, hiciese cómo entrar por peón de albañería. Parecióle bien, púsole en ejecución, dejó su criado por guarda de su caballo y hacienda<sup>2</sup> en la posada, para valerse de'ello cuando se le ofreciese, y así se fué a la obra.

Pidió si había en qué trabajar para un forastero. Dijeron que sí. Bien es de creer que no se reparó<sup>3</sup> de su parte en el concierto. Comenzó su oficio, procurando aventajarse a todos. Y aunque con disgustos que tenía, no había cobrado entera salud, sacaba, como dicen, fuerzas de flaqueza, que el corazón manda las carnes. Era el primero que a la obra venía, siendo el postrero que la dejaba. Cuando todos holgaban, buscaba en qué ocuparse. Tanto que, siendo reprehendido de sus compañeros, que hasta en las desventuras tiene lugar la envidia, respondía no poder estar ocioso. Don Luis, que notó su solicitud, parecióle servirse de él en ministerios de casa, en especial del jardín. Preguntóle si de ello se le entendía. Dijo que un poco; mas que el deseo de acertarle a servir haría que con brevedad supiese mucho. Contentóse de su conversación y talle<sup>4</sup>,

1 La Ocasión la pintaban calva, pero sobre la frente crecía un mechón o tupé que se llamaba el copete o la melena. Este copete o melena ha quedado reducido a un cabello, que es por donde asimos ahora a la Ocasión.

2 *hacienda*: cosas de su propiedad; las joyas y dineros que sacó de su casa.

3 *no se reparó de su parte*: no puso reparos.

4 *talle*: tipo, aspecto general.

porque de cualquiera cosa lo hallaba tan suficiente como solícito.

El albañir<sup>1</sup> acabó sus reparos y Ozmín quedó por jardinero. Que hasta este día nunca le había sido posible ver a Daraja. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo y deshecho el ñublado de sus desgracias, descubrió la nueva luz, con que vió el alegre puerto de sus naufragios. Y la primera tarde que ejercitó el nuevo oficio vió que su esposa se venía sola, paseando<sup>2</sup> por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas de ellas, con que adornaba el cabello.

Ya por el vestido la desconociera, si el original verdadero no concertara con el vivo traslado, que en el alma tenía. Y bien vió que tanta hermosura no podía dejar de ser la suya. Turbóse en vella de hablalle y, tanto vergonzoso como empachado, al tiempo que pasaba, bajó la cabeza, labrando la tierra con un almocafre, que en la mano tenía. Volvió a mirar Daraja al nuevo jardinero, y por un lado del rostro, aquello que cómodamente pudo descubrir, se le representó a la imaginación el lugar donde siempre la<sup>3</sup> tenía, por la mucha semejanza de su esposo. De donde le vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo, arrimada al encañado del jardín, despidió un ansioso suspiro acompañado

1 *albañir*: forma antigua de albañil.

2 Hoy diríamos: venía sola paseándose.

3 *la*: esto es, la imaginación, el pensamiento.

de infinitas lágrimas. Y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo a la memoria muchas que, si en cualquiera perseverara, pudiera ser verdugo de su vida.

Despidiólas de sí como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmín le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo y el corazón alborotado, volviendo a contemplar de nuevo la imagen de su adoración que, cuanto más atentamente lo miraba, más vivamente las transformaba en sí. Parecióle sueño y, viéndose despierta, temía ser fantasma. Conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa sin entender qué fuese, porque la enfermedad lo tenía flaco y falto de los colores que solía; mas en lo restante de las faiciones, compostura de su persona y sobresalto<sup>1</sup> lo averaban. El oficio, vestido y lugar la despedían y desengañaban. Pesábale del desengaño porfiando en su deseo y sin poder abstenerse de cobrarle particular afición por la representación que hacía.

Y con la duda y ansias de saber quién fuese, le dijo: "Hermano<sup>2</sup>, ¿de dónde sois?" Ozmín alzó la cabeza, viendo su regalada y dulce prenda, y añudada la lengua en la garganta sin poder formar pa-

---

1 *sobresalto*: agitación, turbación.

2 *hermano*: modo de llamar a los obreros y vendedores o gente de inferior categoría.

labra ni siendo poderoso a respondelle con ella, lo hicieron los ojos, regando la tierra con abundancia de agua que salía de ellos, cual si de dos represas alzarán las compuertas, con que los dos queridos amantes quedaron conocidos. Daraja correspondió por la misma orden, vertiendo hilos de perlas por su rostro. Ya quisieran abrazarse, a lo menos decirse algunas dulces palabras y regalados amores, cuando entró por el jardín don Rodrigo, hijo mayor de don Luis que, enamorado de Daraja, siempre seguía sus pasos, procurando gozar las ocasiones de estarla contemplando. Ellos, por no dalle a entender alguna cosa, Ozmín volvió a su labor y Daraja pasó adelante.

Don Rodrigo conoció de su semblante triste y ojos encendidos novedad en su rostro. Presumió si hubiera sido algún enojo y preguntóselo a Ozmín. El cual, aunque no se había bien vuelto a cobrar del pasado sentimiento<sup>1</sup>, mas esforzándose por la necesidad que tenía de ello, le dijo: "Señor, del modo que la viste, la vi cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra y así no me lo dijo ni sé cuál sea su pasión<sup>2</sup>. Especialmente, que siendo hoy el día primero que en este lugar entré, ni a mí fuera lícito preguntalla ni a su discreción comunicármele." Con esto se fué de allí, con intención de sabe-

---

<sup>1</sup> *no se habla vuelto a cobrar*: no se había recobrado, no había recobrado su serenidad completamente.

<sup>2</sup> *pasión*: pesar, sufrimiento.

llo de Daraja; mas, en cuanto<sup>1</sup> en estas palabras se entretuvo, ella se subió a largo paso por un caracol<sup>2</sup> a sus aposentos y cerró tras de sí la puerta.

Algunas tardes y mañanas pasaban de estas<sup>3</sup> los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol de amor, con que daban alivio a sus congojas. No mucho ni con seguridad tuvieron ese gusto. Porque de la continuación extraordinaria y vellos estar juntos hablándose en algarabía<sup>4</sup> y ella excusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya daba pesadumbre a todos los de la casa y a don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita ni amores, mas ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza<sup>5</sup> en su dulce conversación, lo cual no hacía con otro alguno tan desenvueltamente.

La murmuración, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando cómo manchar y escurecer las vidas y virtudes ajenas. Y así en la gente de condición vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien<sup>6</sup> alguna vianda no tiene buen gusto ni está sa-

---

1 *en cuanto*: mientras que.

2 *caracol*: escalera de caracol: solía haber estas escaleras para salir de las habitaciones privadas al jardín.

3 *de estas*: quiere decir escenas de esta clase.

4 *algarabía*: lengua arábica.

5 *franqueza*: libertad, confianza.

6 *quien*: referido a cosa, usual antes.

zonada. Es el ave de más ligero vuelo, que más presto se abalanza y más daño hace<sup>1</sup>. No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar a lo llano la bola<sup>2</sup> y a los oídos de don Luis el chisme, creyendo sacar de ello su acrecentamiento con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica y trata: granjear a los mayores a costa ajena, con invenciones y mentiras, cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que deseaba. Oficio digno de aquellos a quien<sup>3</sup> la propia virtud falta y por sus obras ni persona merecen.

Dióles don Luis oído atento a las bien compuestas y afeitadas<sup>4</sup> palabras que le dijeron. Era caballero prudente y sabio: no se las dejó estar paradas donde se las pusieron. Pasólas a la imaginación, dejando lugar desocupado para que cupiesen las del reo<sup>5</sup>. Abrió el oído, no lo consintió cerrado; aunque algo se escandalizó. Muchas cosas pensaba, todas lejos de la cierta, y la que más le turbó fué sospechar si su jardinero era moro, que con cautela hubiera venido a robar a Daraja. Creyendo que así

1 Alude a las aves de caza.

2 Metáfora del juego de bolos. *Lo llano* significa lo público y manifiesto.

3 *quien*: referido a un plural, también usual antiguamente.

4 *afeitadas*: coloreadas y arregladas con artificio. Afeites eran las materias del tocador.

5 Era un lugar común entre los clásicos decir que el juez debía reservar una oreja a cada una de las partes contrarias. A esto se alude aquí, entendiendo por reo a Daraja.

sería, cegóse luego. Y lo que mal se considera, muchas veces y las más no ha salido bien la ejecución por la puerta, cuando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolvió a prendello.

El, sin resistirse, no mostrándose triste ni alterado, se consintió encerrar en una sala. Y dejándolo con este seguro, fuése donde Daraja estaba, que ya con el alboroto de los ministros y sirvientes lo sabía todo y aun de días antes lo había barruntado. Mostróse a don Luis muy agraviada, formando quejas, cómo en la bondad y limpieza de su vida se hubiese puesto duda, dando puerta que con borrón semejante cada uno pensase lo que quisiese y mejor se le antojase, pues para cualquier mala sospecha había abierto senda.

Estas y otras bien compuestas razones, con afecto<sup>1</sup> de ánimo recitadas, hicieron a don Luis con facilidad arrepentirse de lo hecho. Quisiera, según Daraja lo deshizo, nunca haber tratado de tal cosa, indignándose contra sí mismo y contra los que lo impusieron en ello. Mas por no mostrarse fácil y que sin mucha consideración se hubiese movido a cosa tan grave, disimulando su arrepentimiento, le dijo de esta manera: “Bien creo y de cierto conozco, hija Daraja, la razón que tienes y lo mal que con término semejante contra ti se ha procedido, sin haber

---

1 *afecto*: vehemencia y sentimiento.

primero examinado el ánimo de los testigos, que han en tu ofensa depuesto. Conozco tu valor<sup>1</sup>, el de tus padres y mayores de quien descienes. Conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los reyes mis señores todo el amor, que un solo y verdadero hijo puede ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer que te pusieron en mi casa para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia, en cuanto fuese tu voluntad, y que debo dar de ti la cuenta conforme a la confianza que de mí se hizo.

"Por lo cual y por lo que mi deseo de tu servicio<sup>2</sup> merece, has de corresponder, como quien eres, con el buen trato que a mi lealtad y a lo más<sup>3</sup> referido se le debe. No puedo ni quiero pensar pueda en ti haber cosa que desdiga ni degenerere. Mas ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes (que este nombre se puso Ozmán cuando entró a servir de peón), acompañada de hablar en arábigo, para desear todos entender lo que sea o cuál fué su principio, sin habeile antes tú ni yo visto ni conocido. Y esto satisfecho, a muchos quitarás la duda y a mí un impertinente y prolijo desasosiego. Suplicote, por quien eres, nos absuevas esta duda, creyendo de mí que en lo que fuere

---

1 *valor*: es decir, lo que vales, tu valer.

2 *mi deseo de tu servicio*: mi afán de servirte, de tenerle contenta.

3 *lo más*: lo demás.

posible seré siempre contigo<sup>1</sup> en cuanto se te ofrezca...”

Curiosamente estuvo atenta Daraja en lo que don Luis le decía para podelle responder, aunque su buen entendimiento ya se había prevenido de razones para su descargo, si algo hubiera descubierto. Mas en aquel breve término, dejando las pensadas, le fué necesario valerse de otras más a propósito a lo que fué preguntada, con que fácilmente, dejándolo satisfecho, descuidase, cautelando<sup>2</sup> lo venidero, para gozarse con su esposo según solía. Dijo así: “Señor y padre mío, que así te puedo llamar: señor, por estar en tu poder, y padre, por las obras que de tal suerte me haces. Mal correspondiera con lo que soy obligada y a las continuas mercedes que de sus Altezas recibo por tus manos y con tus intercesiones acrecientas en mi favor, si no depositara en el archivo de tu discreción mis mayores secretos, amparándolos con tu sombra y gobernándome con tu cordura y si con la misma verdad no dejara colmado tu deseo. Que, aunque traer a la memoria cosas que me es forzoso recitarte<sup>3</sup>, ha de ser para mí gran pesadumbre y aun de no pequeño martirio, con él quiero pagarte y dejarte deudor de mi sentimiento y de lo que me mandas asegurado.”

---

1 *seré contigo*: estaré de tu parte.

2 *cautelando lo venidero*: precaviendo o previniendo lo que había de seguir.

3 *recitarte*: contarte.

“Ya, señor, habrás entendido quién soy, que te es notorio, y cómo mis desgracias o buena suerte (que no puedo hasta encerrar<sup>1</sup> el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno ni loar lo otro) me trujeron a tu casa, habiéndose tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano y descendiente de los reyes de ella. Este mi esposo, si tal puedo llamarle, se crió, siendo como de seis o siete años, con otro niño cristiano cautivo y de su misma edad, que para su servicio y entretenimiento le compraron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comían y dormían de ordinario, por lo mucho que se amaban. Ved si eran prendas de amistad las que he referido. Así lo amaba mi esposo, como si igual o deudo suyo fuera. De él fiaba su persona por ser muy valiente. Era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario<sup>2</sup> de sus secretos y en sustancia otro él. Ambos en todo tan conformes, que la ley<sup>3</sup> sólo los diferenciaba. Que por la mucha discreción de ambos nunca de ella se trataron, por no deshermanarse.

Mereciólo bien el cautivo. Dije mal; mejor dijera hermano y tal debiera llamarlo, por su trato fiel, compuestas costumbres y ahidalgado proceder. Que

---

1 *encerrar*: cosechar, recolectar.

2 *erario*: tesoro o depósito del dinero.

3 *ley*: religión y todo el estado de vida que de la religión se deriva.

si no conociéramos haber nacido de humildes padres labradores, que con él fueron cautivos en una pobre alquería, creyéramos por cierto descender de alguna noble sangre y generosa casa. Este, habiéndose tratado de mis bodas, era la estafeta de nuestros entretenimientos, que como tan fiel, en otra cosa no se ocupaba. Traíame papeles y regalos, volviendo los retornos debidos a semejantes portes. Pues como Baza fuese entregada y él estuviese allí, fué puesto en libertad con los más cautivos que dentro se hallaron. Mal sabré decir si el gozo de cobralla fué tanto como el dolor de perdernos. De él podrás fácilmente saberlo con lo más que quisieres entender, porque es Ambrosio, el que en tu servicio tienes, que para refrigerio de mis desdichas fué Dios servido que a él viniese. Sin pensar lo perdí y acaso<sup>1</sup> lo he vuelto a hallar. Con él repaso los cursos de mis desgracias, después que en ellas me gradué<sup>2</sup>. Con él alivio las esperanzas de mi enemiga suerte, entreteniendo la penosa vida, para engañar el cansancio del prolijo tiempo. Si este consuelo, por ser en mi favor, te ofende, haz a tu voluntad, que será la mía en cuanto la dispusieres.”

Don Luis quedó admirado y enternecido, tanto de la extrañeza como del caso lastimoso, según el modo de proceder que en contallo tuvo, sin pausa, turba-

<sup>1</sup> *acaso*: casualmente, sin buscarlo.

<sup>2</sup> Alusión a las costumbres universitarias o metáfora tomada del lenguaje estudiantil.

ción o accidente, de donde pudiera presumirse que lo iba componiendo. Demás que lo acreditó vertiendo de sus ojos algunas eficaces lágrimas, que pudieran ablandar las duras piedras y labrar finos diamantes<sup>1</sup>. Con ello fué suelto de la prisión Ambrosio, sin preguntalle alguna cosa, por no hacer ofensa en ello a la información de Daraja. Sólo poniéndole los brazos en el cuello, con alegre rostro le dijo: "Agora conozco, Ambrosio, que debes tener principio de alguna valerosa sangre y si, éste faltara, tú lo dieras por tus virtudes y nobleza. Que, según lo que de ti he sabido, en obligación te estoy por ello, para hacerte de hoy más el tratamiento que mereces." Ozmín le dijo: "En ello, señor, harás como quien eres; y el bien que recibiere, podré preciarle siempre que de tu largueza y casa me ha procedido." Con esto se le permitió que volviese al jardín con la misma familiaridad que primero y más franca licencia. Las veces que querían se hablaban sin que alguno en ello ya se escandalizase.

En este intermedio, siempre tuvieron los reyes cuidado de saber de la salud y estado de las cosas de Daraja, de que les era dado particular aviso. Holgaban de sabello, encomendándola mucho por sus cartas.

---

1 El diamante se creía que no se podía labrar sino con otro diamante o mojándolo en sangre de cabrito. Por eso unas lágrimas que ablandan diamantes equivalen a llorar lágrimas de sangre.

Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza y méritos de la doncella, así don Rodrigo como los demás principales caballeros de aquella ciudad, deseaban fuese cristiana, pretendiéndola por mujer.

Visto por don Rodrigo cuán poco aprovechaban sus servicios, cuán en balde su trabajo y el poco remedio que tenía, pues en tantos días pasados de continua conversación estaba como el primero, vino al pensamiento valerse de Ozmín, creyendo por su intercesión alcanzar algunos favores. Y tomándolo por el más acertado medio, estando una mañana en el jardín, le dijo: "Bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes a tu ley, a tu rey, a tu natural<sup>1</sup>, al pan que de mis padres comes y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos. Entiendo que, como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder a quien eres. Vengo a ti con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra y el rescate de mi vida, que está en tu mano, si, tratando con Daraja, entre las más<sup>2</sup> razones la dispusieres, con las buenas tuyas, a que, dejada la secta falsa que sigue, se quiera volver cristiana. Lo que de ello podrá resultar, bien te es notorio: a ella salvación, servicio a Dios, a los reyes gusto, honra en tu patria y a mí total remedio.

---

1 *natural*: nacionalidad, tierra o país natal.

2 *las más*: restantes, otras.

Porque, pidiéndola por mujer, vendré a casar con ella, y no será poco el útil <sup>1</sup> que sacarás de este viaje, que siéndote honroso, te sea juntamente provechoso y tanto cuanto pueda ponderar tú buen entendimiento. Porque, siendo de Dios galardonado por el alma que ganas, yo de mi parte gratificaré con muchas veras la vida que me dieres con la buena amistad que por intercesión tuya recibiere. No dejes de favorecerme, pues tanto puedes, y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo ser te importuno <sup>2</sup>.” Y cuando ya tuvo acabada de hacer su exhortación, Ozmín le respondió lo siguiente:

“La misma razón con que has querido obligarme, señor don Rodrigo, te obligará que creas cuánto deseo que Daraja siga mi ley, a que con muchas veras infinitas y diversas veces la tenga persuadida. No es otro mi deseo sino el tuyo y así haré la diligencia en causa propia, como en cosa que soy tan interesado. Pero amando tan de corazón a su esposo y mi señor, tratar de volvella cristiana es doblarle la pasión sin otro fruto alguno. Que aun en ella viven algunas esperanzas que podría mudarse la fortuna, dándose trazas como conseguir su deseo. Esto es lo que he sabido de ella y siempre me ha dicho y lo en que la he visto firme. Mas para cumplir con lo que me mandas, no obstante que no ha de ser de fruto, volveré a hablalla para tratar de ello

<sup>1</sup> *el útil*: la utilidad.

<sup>2</sup> *no es justo ser te importuno*: no es preciso insistir.

y te daré su respuesta." No mintió el moro palabra de cuanto dijo, si hubiera sido entendido; mas con el descuido de cosa tan remota, creyó don Rodrigo no lo que quiso decir, sino lo que formalmente <sup>1</sup> dijo. Y así engañado llevó alguna confianza: que quien de veras ama, se engaña con desengaños.

Ozmín quedó tan triste de ver al descubierto la instancia que en su daño se hacía, que casi salía de juicio con su celo. De manera lo apretó, que de allí adelante no se le pudo más ver el rostro alegre, pareciéndole lo imposible posible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor, como poderoso en su tierra y casa, pudiera valerse de trazas y mañas con que impedille su intento, siendo cual era tanta su solicitud. Temíase no se la mudasen. Que las muchas baterías aportillan <sup>2</sup> los fuertes muros y con secretas minas los postran y arruinan. Con este recelo discurría por el pensamiento a trágicos fines y funestos acaccimientos que se le representaban. No los creía; pero temíalos: que era perfecto amator. Viendo Daraja tantos días tan triste a su querido esposo, deseaba con deseo saber la causa; mas ni él se la dijo ni trató alguna cosa de lo que con don Rodrigo había pasado. Ella no sabía qué hacer ni cómo podello alegrar; aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca y firme corazón, exageradas con los her-

<sup>1</sup> *formalmente*: literalmente.

<sup>2</sup> *aportillan*: abren portillo o brecha.

mosos ojos, que la enternecían con el agua que de ellos a ellas<sup>1</sup> bajaban, así le dijo:

“Señor de mi libertad y esposo que obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza que, estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormentemente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría? ¿O cómo la tendréis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que está atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las tinieblas de mi corazón. Si con vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece, si los trabajos en que estoy a piedad os mueven, si no queréis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplícoos me digáis qué os tiene triste.” Aquí paró, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto, pues no le pudo responder de otro modo que con ardientes y amorosas lágrimas, procurando cada uno con las propias enjugar las ajenas, siendo todas unas por estar impedida la lengua.

Ozmín con la opresión de los suspiros, temiendo, si los diera, ser sentido, tanto los resistió, volviéndolos al alma, que le dió un recio desmayo, como si quedara muerto. No sabía Daraja qué hacerse, con qué volvello<sup>2</sup> ni cómo consolallo, ni pudo entender cuál pudiera ser ocasión<sup>3</sup> de tanta mudanza en quien

---

1 a ellas, esto es, a las palabras, a los labios.

2 volvello: volverlo en sí, hacerle recobrar el sentido.

3 ocasión: causa.

estaba siempre alegre. Ocupábase limpiándole el rostro, enjugándole los ojos, poniendo en ellos sus hermosas manos, después de haber mojado un precioso lienzo <sup>1</sup> que en ellas tenía, matizado de oro y plata con otras varias colores, entretejidas en ellas aljófares y perlas de gran estimación. Tanto se transformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remedialla, que si un poco más se descuidara, los hallara don Rodrigo poco menos que abrazados. Porque Daraja le tenía la cabeza reclinada en su rodilla y él recostado en sus faldas en cuanto <sup>2</sup> en sí volvía. Y habiendo ya cobrado mejoría, queriendo despedirse, entró por el jardín.

Daraja con la turbación se apartó como pudo, dejándose en el suelo el curioso lienzo, que brevemente fué por su dueño <sup>3</sup> puesto en cobro. Y viendo que don Rodrigo se acercaba, ella se fué y ellos quedaron solos. Preguntóle qué había negociado. Respondióle lo que siempre: "Tan firme la hallo en el amor de su esposo, que no sólo dejará <sup>4</sup> de ser, como pretendes, cristiana; pero que si lo fuera, por él dejara de sello, volviéndose mora. Y a tal extremo llega su locura, el amor de su ley y de su esposo. Hábléle tu negocio, y a ti por lo que intentas y

1 *lienzo*: pañuelo.

2 *en cuanto*: mientras.

3 *su dueño*: no dueño del pañuelo, sino de Daraja; es decir, su amante.

4 *dejará de ser cristiana*, es decir, rehusará el ser cristiana.

a mí porque lo trato nos ha cobrado tal odio, que ha propuesto, si de ello más le hablo, no verme, y a ti de verte venir se fué huyendo. Así que no te canses ni en ello gastes tiempo, que será muy en vano.”

Entristeciése mucho don Rodrigo de tan resuelta respuesta, dada con tal aspereza. Sospechó que antes Ozmín era en su daño, que de provecho. Parecióle que, a lo menos, cuando <sup>1</sup> Daraja la diera tan desabrida, él no debiera referilla con acción <sup>2</sup> semejante, haciéndose casi dueño del negocio. Y es imposible amor y consideración: tanto uno <sup>3</sup> se desbarata <sup>4</sup> más cuanto más ama. Representósele la muy estrecha amistad que se decía tener con su primero amo. Parecióle que aun sería viva y de no creer haberse resfriado las cenizas de aquel fuego. Con este pensamiento reforzado de pasión, se determinó echallo de casa, diciéndole a su padre cuán dañoso era permitir, donde Daraja estuviese, quien pudiera entretenella con sus pasados amores ni hablarla de ellos.

En especial, siendo la intención de sus Altezas volvella cristiana y, en cuanto Ambrosio allí estuviese, lo tenía por dificultoso. “Hagamos, dijo, señor, el ensaye <sup>5</sup> con apartallos unos días, en que veremos lo que resulta.” No pareció mal a don Luis

1 *cuando*: aunque.

2 *acción*: énfasis, calor en decir algo.

3 *uno*: un amante cualquiera.

4 *se desbarata*: se descompone.

5 *ensaye*: ensayo, prueba.

el consejo de su hijo y luego, formando quejas de lo que no las pudo haber, que al poderoso no hay pedille causa y suele el capitán con sus soldados hacer con dos ocho quince<sup>1</sup>, lo despidió de su casa, mandándole que aun<sup>2</sup> por la puerta no pasase. Cogiólo de sobresalto. Aun despedirse no pudo. Y obedeciendo a su amo, fingiendo menor dolor del que sentía, sacó de allí el cuerpo, prenda que tuvo; porque el alma tenía dueño, en cuyo poder la dejó.

Viendo Daraja tan súbita mudanza, creyó que la tristeza pasada hubiera nacido de la sospecha de aquel nuevo suceso y que ya lo sabía. Con esto, juntándose un mal a otro, pesar a pesar y dolor a dolores, careciendo de ver a su esposo, aunque la pobre señora disimulaba cuanto más podía, era eso lo que más la dañaba. Llore, gima, suspire, grite y hable el que se viere afligido; que cuando<sup>3</sup> con ello no quite la carga de la pena, a lo menos la hace menor y mengua el colmo. Tan falta de contento andaba, tan sin gusto desabrida, cual se le conocía muy bien de su rostro y talle.

No quiso el enamorado moro mudar estado; que, como antes andaba, tal se trató siempre y en hábito de trabajador seguía su trabajada suerte. En

1 Para expresar los abusos en que a veces cae la autoridad por una rigurosa disciplina, mal entendida, se solía decir que "para el capitán ocho y ocho son quince"; como hoy añadimos a una frase imperativa la expresión "y cartuchera en el cañón".

2 aun: ni aún.

3 cuando; aunque.

él había tenido la buena pasada<sup>1</sup> y esperaba otra con mejoría. Ocupábase ganando jornal en la parte que lo hallaba, yendo de esta manera probando ventura, si<sup>2</sup> entrando en unas y otras partes oyese o supiese algo que le importase, que no por otro interese, pues podía con larga mano gastar por muchos días de los dineros y joyas que sacó de su casa. Mas así por lo dicho como por haberse dado a conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia y andar más desconocido, sin que sus desinios le pudiesen ser desbaratados, perseveró en él.

Los caballeros mancebos, que servían a Daraja, conociendo el favor que con ella Ozmín tenía y que ya no servía en casa de don Luis, cada uno lo codició para sí por sus fines, que presto en todos fueron públicos. Adelantóse don Alonso de Zúñiga, mayorazgo<sup>3</sup> en aquella ciudad, caballero mancebo, galán y rico, fiado que la necesidad<sup>4</sup> y su dinero, por medios de Ambrosio, le darían ganado el juego. Mandólo llamar, concertóse con él, hizole ventajas<sup>5</sup> conocidas, dióle regaladas palabras, comenzaron una manera de amistad con que pasados al-

---

1 *pasada*: suerte, lance; todavía decimos: jugar una mala pasada a otro.

2 *si*: por si acaso.

3 *mayorazgo*: hijo mayor heredero de los bienes que forman el patrimonio de su casa, apellido o título.

4 *necesidad*: es decir, la que a su parecer sufría Ambrosio.

5 *ventajas*: condiciones ventajosas. Ventajas en lenguaje militar, eran un *plus* de paga.

gunos lances le vino a descubrir su deseo, prometiéndole grandes intereses. Que todo fué volverle a manifestar<sup>1</sup> las heridas, refrescando las llagas, y hacellas mayores. Si antes recelaba de uno, ya eran dos y en poco espacio supo de muchos que el amo le descubrió y los caminos por donde cada uno marchaba y de quién se valía.

Respondióle Ozmín con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con don Rodrigo. Paciencia y sufrimiento quieren las cosas, para que pacíficamente se alcance el fin de ellas. Fuélo entreteniendo, aunque se abrasaba vivo. Batallaba con varios pensamientos, y como por varias partes le daban guerra y le tiraban garrochas<sup>2</sup>, no sabía dónde acudir ni tras quién correr ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuese.

Volvamos a decir de Daraja los tormentos que padecía, el cuidado con que andaba para saber de su esposo, dónde se fué, qué se hizo, si estaba con salud, si amaba en otra parte. ¡Qué días tan tristes aquéllos, qué noches tan prolijas, qué tejer y destejer pensamientos, como la tela de Penélope, con el casto deseo de su amado Ulises!<sup>3</sup>

<sup>1</sup> *manifestar*: descubrir, esto es, renovar.

<sup>2</sup> *garrochas*: habla en metáfora de los toros. Tirar garrochas es dar varas o picar al toro.

<sup>3</sup> Alude al conocido episodio de la *Odisea*, en que Penélope, con la esperanza del retorno de Ulises, a quien daban por muerto, prometió a los pretendientes de su mano que escogería uno de ellos cuando acabara de tejer la tela que tenía entre manos; la cual cada noche destejía tanto como tejía de día.

Mucho diré callando en este paso. Que para pintar tristeza semejante fuera poco el ardid que usó un pintor famoso en la muerte de una doncella que, después de pintada muerta en su lugar, púso a la redonda a sus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos y criados de la casa, en la parte y con el sentimiento que cada uno en su grado podía tocalle; mas cuando llegó a los padres, dejóles por acabar las caras, dando licencia que pintase cada uno en semejante dolor según lo sintiese <sup>1</sup>.

Porque no hay palabras ni pincel que llegue a manifestar amor ni dolor de padres, sino solas algunas obras que de los gentiles habemos leído <sup>2</sup>. Así lo habré de hacer. El pincel de mi ruda lengua será brochón grosero y ha de formar borrones. Cordura será dejar a discreción del oyente y del que la historia supiere cómo suelen sentirse pasiones cual ésta. Cada uno lo considere juzgando el corazón ajeno por el suyo.

Andaba triste: que las muestras exteriores manifestaban las interiores. Viéndola don Luis en tal extremo de melancolía y don Rodrigo, su hijo, ambos por alegralla ordenaron unas fiestas de toros y juegos de cañas <sup>3</sup>. Y por ser la ciudad tan aco-

---

<sup>1</sup> Esta anécdota la refiere también fray Luis de Granada.

<sup>2</sup> Se refiere a las obras de los clásicos griegos y latinos: al dolor de Príamo con la muerte de Héctor, por ejemplo.

<sup>3</sup> *toros y cañas*: las fiestas populares, a más de correr y matar los toros, constaban de un simulacro de torneo entre di-

modada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntáronse las cuadrillas, de sedas y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cuál desesperado, cuál con esperanza, cuál cautivo, cuál amartelado, cuál alegre, cuál triste, cuál celoso, cuál enamorado <sup>1</sup>.

Luego que Ozmín supo la ordenada fiesta y ser su amo cuadrillero, parecióle no perder tiempo de ver su esposa, dando muestra de su valor, señalándose aquel día. El cual como fuese llegado al tiempo que los toros se corrían, entró en su caballo ambos <sup>2</sup> bien aderezados. Llevaba con un tafetán azul cubierto el rostro y el caballo tapados los ojos con una banda negra. Fingió ser forastero. Iba su criado delante con una gruesa lanza. Dió a toda la plaza vuelta, viendo muchas cosas de admiración que en ella estaban.

Entre todo ello así resplandecía la hermosura de Daraja como el día contra <sup>3</sup> la noche y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde, luego que llegó, vió alterada la plaza, huyendo de la turba <sup>4</sup> de un famoso toro que a este

---

versas cuadrillas de caballeros, que en vez de lanzas, blandían y disparaban cañas.

1 El simbolismo de los colores era éste: verde, esperanza; amarillo, desesperación; rosa, alegría; morado, tristeza; azul, celos; rojo, amor.

2 *ambos*: tanto él como el caballo.

3 *contra*: en comparación de.

4 *turba*: confusión y carreras producidas por la presencia del toro.

tiempo soltaron. Era de Tarifa, grande, madrigado y como un león de bravo<sup>1</sup>. Así como salió, dando dos o tres ligeros brincos se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño de toda ella, con que a todos puso miedo. Encaminábase a una y otra parte, de donde le tiraron algunas varas y, sacudiéndolas de sí, se daba tal maña, que no consentía le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances y ninguno perdido. Ya no se atrevían a poner delante ni había quien a pie lo esperase, aun de muy lejos. Dejaronlo solo: que otro más del enamorado Ozmín y su criado no parecía allí cerca.

El toro volvió al caballero como un viento, y fuéle necesario sin pereza tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entralle, y levantando el brazo derecho (que con el lienzo de Daraja traía por el molledo<sup>2</sup> atado), con graciosa destreza y galán aire le atravesó por medio del gatillo<sup>3</sup> todo el cuerpo.

Todos quedaron con general murmullo de admiración y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, habiéndose los unos a los otros. Todos lo vieron y todos lo contaban. A todos pareció sueño y todos volvían a referirlo.

Ozmín se recogió fuera de la ciudad, entre unas

---

1 *toros de Tarifa*: éstos llevaban la fama en Andalucía, como en Castilla los del Jarama.

2 *molledo*: parte del brazo, entre el codo y el hombro.

3 *gatillo*: morrillo del toro, desde la cruz hasta la nuca.

huertas, de donde había salido, y dejando el caballo, trocado el vestido, con su espada ceñida, volviendo a ser Ambrosio, se vino a la plaza. Púsose a parte donde vía <sup>1</sup> lo que deseaba y era visto de quien le quería más que a su vida. Holgaban en contemplarse; aunque Daraja estaba temerosa, viéndole a pie, no le sucediese desgracia. Hízole señas que se subiese a un tablado. Disimuló que no las entendía y estúvose quedo en tanto que los toros se corrieron.

Esto y quedar los galanes algo más picados que antes, encendidos en la mucha hermosura de Daraja, deseosos cómo más agradalla y ocasión con que volver a vella, con aquel orgullo en sangre caliente, ordenaron una justa, haciendo mantenedor a don Rodrigo.

Publicó el cartel una de aquellas noches con gran aparato de músicas y hachas encendidas, que todas las calles y plazas parecían arderser con el fuego. Fijáronlo en la parte que a todos fuera notorio, pudiendo ser leído. Había una tela <sup>2</sup> puesta junto a la puerta que llaman de Córdoba <sup>3</sup> y pegaba con la muralla. Aun en mis tiempos la he visto y la conocí, aunque maltratada, donde se iban a ensayar y corrían lanzas los caballeros. Allí don Alonso de Zúñiga, como novel, también se ejercitaba, deseoso de señalarse por la grande afición que a Daraja tenía.

<sup>1</sup> *vía*: veía.

<sup>2</sup> *tela*: campo o recinto para el ejercicio de las armas.

<sup>3</sup> Es la salida de Sevilla que da frente al convento de Capuchinos.

Temíase perder en la justa, y así lo decía en la conversación públicamente, no porque el ánimo ni fuerzas le faltasen; mas como la práctica en las cosas hace a los hombres maestros de ellas y con la teoría sola se yerran los más confiados y él no quisiera errar, hallábase atajado<sup>1</sup> y cuidadoso<sup>2</sup>.

Por otra parte, Ozmín deseaba tener de los enemigos los menos, y ya que él no podía justar ni le fuera posible, quisiera entrara en la tela quien a don Rodrigo derribara la soberbia, por ser de quien más se recelaba. Con este ánimo, más que hacer a su amo servicio, le dijo: "Señor, si me das licencia para decir lo que quiero, diré lo que por ventura te podrá ser de algún provecho en ocasión honrosa."

Don Alonso, muy remoto y descuidado que le pudiera tratar de tales ejercicios, creyendo antes fuesen cosas de sus amores, le dijo: "Ya tardas, que crecen el pensamiento y deseo hasta sabello." "He visto —le dijo—, señor, que a la fiesta divulgada de esta justa es forzoso que salgas. Y no me maravillo que, donde el premio de glorioso nombre se atraviesa, los hombres anden temerosos con codicia de ganallo. Yo, tu criado, te serviré, adiestrándote en lo que saber quisieres de ejercicios de caballería y en breve tiempo, de manera que te sean de fruto mis lecciones. No te admire ni escandalice mi poca

---

1 atajado: perplejo.

2 cuidadoso: lleno de cuidado, de preocupación.

edad, que por ser cosas en que me crié tengo de ellas alguna noticia.”

Holgóse don Alonso en oírlo, y agradeciéndoselo dijo: “Si lo que ofreces cumples, a mucho me obligas.” Ozmín le respondió: “Quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está de ello, entretiene y busca achaques; mas el que está como yo, donde no los puede haber, si no es loco, queda forzado a cumplir con obras más de lo que prometen sus palabras. Manda, señor, apercibir las armas de tu persona y mía, que presto conocerás cuánto más he tardado en ofrecello que me podré ocupar en hacerlo <sup>1</sup>, saliendo libre de esta deuda y no de la obligación de servirte.”

Mandó luego don Alonso aprestar lo necesario y, prevenido, se salieron a lugar apartado adonde aquel día y los más siguientes hasta el determinado de la justa se ocuparon en ejercicios de ella. De modo que brevemente don Alonso estuvo tan firme en la silla y cierto en el ristre <sup>2</sup>, sacando la lanza con tan buen aire y llevando en ella tanta gracia, que parecía lo hubiera ejercitado muchos años. A todo lo cual era de gran importancia y así le ayudaban su gentileza de cuerpo y buenas fuerzas.

De la destreza en subir a caballo en ambas si-

---

<sup>1</sup> Esto es, que voy a ponerlo en ejecución en mucho menos tiempo del que he empleado para ofrecerlo.

<sup>2</sup> *ristre*: pequeña asa que sale en el lado derecho del peto, para asegurar la lanza por el cabo o por la manija.

llas<sup>1</sup>; del proceder en las lecciones; del talle, compostura, término, costumbres y habla de Ozmín le nació a don Alonso un pensamiento: ser imposible llamarse Ambrosio ni ser trabajador, según mostraba. Descubría por sus obras un resplandor de persona principal y noble, que por algún vario suceso anduviese de aquella manera. Y no pudiendo reportarse sin salir de este cuidado, apartándolo a solas, en secreto le dijo: "Ambrosio, poco habrá que me sirves y a mucho me tienes obligado. Tan claro muestran quién eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir. Con el velo del vil vestido que vistes y debajo de aquesa ropa, oficio y nombre, hay otro encubierto. Claro entiendo por las evidencias que he tenido tuyas, que me tienes, o por mejor decir, que me has tenido engañado. Pues a un pobre trabajador, que representas, es dificultoso y no de creer ser tan general<sup>2</sup> en todo y más en los actos de caballería y siendo tan mozo. He visto en ti y entiendo que debajo de esos terrones y conchas feas está el oro finísimo y perlas orientales. Ya te es notorio quien soy y a mí oscuro quien tú seas, aunque, como digo, se conocen las causas de

---

<sup>1</sup> *ambas sillas*: silla o montura significa en este lugar la manera de montar. Se montaba a la brida y a la jineta. Para la primera la silla tenía los estribos bajos, de modo que las piernas quedaban rectas, y para la segunda la silla tenía los estribos cortos, de modo que las piernas iban dobladas por las rodillas.

<sup>2</sup> *general*: dotado de todas las cualidades de un joven bien educado.

los efetos y no te me puedes encubrir. Yo te prometo por la fe de Jesucristo que creo y orden que de caballería mantengo, de serte amigo fiel y secreto<sup>1</sup>, guardando el que depositares en mí, ayudándote en cuanto con mi hacienda y persona pudiere. Dame cuenta de tu fortuna, para que pueda en algo cancelar<sup>2</sup> parte de las buenas obras de ti recibidas.”

Y Ozmín le respondió: “Tan fuertemente, señor, me has conjurado, así me has apretado los husillos<sup>3</sup>, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresión que<sup>4</sup> los tornos de tu hidalgo proceder fuera imposible. Y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres y tienes prometido, sabrás de mí que soy caballero natural de Zaragoza de Aragón<sup>5</sup>. Mi nombre, Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años que fuí cautivo y en poder de moros por una cautelosa alevosía de unos fingidos amigos. Si lo causó su envidia o mi desdicha, es cuento largo. Sabréte decir que estando en su poder me vendieron a un renegado y, para el tratamiento que me hizo, el nombre basta<sup>6</sup>.

1 *secreto*: es adjetivo; discreto, capaz de guardar secreto.

2 *cancelar*: cerrar una cuenta pendiente, pagar una deuda.

3 *husillos*: tornillos.

4 *otra opresión que los tornos*: otra opresión que no fueran los tornos.

5 *Zaragoza de Aragón*; dice así porque los españoles llamaban también Zaragoza a Siracusa, de Sicilia.

6 Los renegados eran peores que los moros naturales para los cristianos cautivos, o, por lo menos, tenían esta fama.

"Metíome la tierra dentro hasta llevarme a Granada, donde me compró un caballero Zegrí de los principales de ella. Tenía un hijo de mi edad que se llamaba Ozmín, retrato mío, así en edad como en talle, rostro, condición y suerte: que por parecelle tanto le puso más codicia de comprarme y hacer buen tratamiento, causando entre nosotros mayor amistad. Enseñéle lo que pude y supe, según lo aprendí de los míos en mi tierra y con la mucha frecuentación que en ella tenemos en semejantes ejercicios, de que no saqué poco fruto. Porque tratando con el hijo de mi amo de ellos, aumenté lo que sabía; que de otra manera pudiera ser lo olvidara.

"Y porque los hombres enseñando aprenden, de aquí vino a resultar afinarse en hijo y padre la afición que me tenían, fiando de mí sus personas y hacienda. Este mozo estaba tratado de casarse con Daraja, hija del alcaide de Baza, mi señora, que tanto tú adoras. Llegó a punto de tener efecto, por haberlo tenido las capitulaciones<sup>1</sup>, si el cerco y guerras no lo impidieran. Fuéles forzoso dilatarlo. Baza se rindió y quedaron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba, iba y venía con presentes y regalos de una ciudad a otra. Acerté a estar en Baza, por mi buena dicha, cuando vino a entregarse, y así cobré mi libertad con los más cautivos de ella.

"Quise volverme a mi tierra; faltóme dinero. Tuve noticia que estaba en esta ciudad un deudo mío.

---

<sup>1</sup> *capitulaciones*: actas matrimoniales.

Juntáronse dos cosas: el deseo de vella, por ser tan ilustre y generosa, y socorrer mi persona para seguir mi camino. Estuve aquí mucho tiempo sin hallar a quien buscaba, porque las nuevas de ello fueron inciertas. Salió cierta mi predicción, hallando lo que no busqué, como acontece de ordinario. Ibane por la ciudad vagando con poco dinero y mucho cuidado. Vi una peregrina hermosura para mis ojos, cuando <sup>1</sup> para los otros no lo sea: porque sólo es hermoso lo que agrada. Entreguéle mis potencias, quedé sin alma, no supe más de mí ni cosa poseo que suya no sea.

"Esta es doña Elvira, hermana de don Rodrigo, hija de don Luis de Padilla, mi señor. Y como suelen decir que de la necesidad nace el consejo, viéndome tan perdido en sus amores y sin remedio de cómo podérselos manifestar con la calidad de mi persona, tomé por acuerdo acertado escribir mi libertad a mi padre y que estaba en mil doblas empeñado: que me socorriera con ellas. Sucedió bien, que habiéndomelas enviado y un criado con un caballo, en que fuese, me valí de todo. Los primeros días comencé a pasearle la calle, dando vueltas a todas horas; pero no la podía ver.

"De la continuación en mi paseo nació en alguna gente cierta nota y me traían sobre ojos <sup>2</sup>. De manera que para desmentir <sup>3</sup> las espías, me convino el

1 *cuando*: aunque.

2 *traer sobre ojos*: observar con sospecha a una persona.

3 *desmentir*: despistar.

recato. Mi criado, a quien di parte de mis amores, considerando algunas cosas, me dió por consejo, como más en días<sup>1</sup>, viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador y mudando el nombre, porque no se supiera quien fuese, asentase por peón de albañería<sup>2</sup>. Púseme a pensar qué pudiera de ello sucederme. Mas como para el amor ni muerte hay cosa fuerte, todo lo vencí, todo se me hizo fácil. Determinéme y acerté en ello.

"Acontecióme un caso no pensado. Y fué que, acabada la obra, me recibieron por jardinero en la misma casa. Fué tal entonces mi buena dicha, creció tanto mi luna llena y el colmo de mi ventura, que el día primero que asenté la plaza y metí el pie dentro del jardín, fué hallarme con Daraja. Admiróse de verme; no menos yo de vella. Dímonos finiquito<sup>3</sup> de nuestras vidas, refiriendo nuestras desgracias, contándome las suyas y yo las mías, y como los amores de su amiga me tenían de aquel modo. Supliquéle que, pues tenía tan clara noticia de mis padres y mía y de la sangre de nuestro linaje, me favoreciese con ella de modo que por su mano y buena intercesión viniese, con el santo matrimonio, a gozar el fruto de mis esperanzas.

"Así me lo prometió y lo que pudo cumplió. Mas,

---

1 *más en días*: de más edad.

2 *albañería*: albañilería.

3 *finiquito*: cuenta cabal.

como sea tan avara mi fortuna, cuando más nuestros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebráronse los pimpollos, la flor se secó de un áspero solano<sup>1</sup>, royó un gusano la raíz, con que todo se acabó. Salí desterrado de su casa sin decirme la causa, cayendo de la más alta cumbre de bienes a la más ínfima miseria de males. El que de la lanzada mató el toro, yo soy, que en su servicio lo hice. Bien me vió y conoció, y no poco se regocijó, que en el rostro se lo conocí, sus ojos me lo dijeron; y si en esta ocasión fuera posible, también me procurara señalar por el gusto de mi dama, que eternizara mis obras dando a conocer quien soy y lo que valgo. De no poder ejecutar este deseo reviento de tristeza: si pudiera compralla con mi sangre diera la de mis venas en su cambio. Ves aquí, señor, te he dicho todo el proceso de mi historia y remate de desgracias.”

Don Alonso, acabándole de oír, le echó los brazos encima, apretándolo estrechamente. Ozmín porfiaba en tomarle las manos para besárselas; mas no se lo consintió, diciendo: “Estas manos y brazos en tu servicio se han de ocupar para merecer ganar las tuyas. No es tiempo de cumplimientos ni que se altere de como hasta aquí, en tanto que tu voluntad ordene otra cosa. Y no te ponga cuidado la justa, que en ella entrarás, no lo dudes.” Otra vez quisiera

---

1 *solano*: viento norte.

Ozmín y arremetió a tomarle las manos, bajando la rodilla en el suelo. Don Alonso hizo lo mismo, haciéndose muchas ofertas, con la fuerza de nueva amistad. Así pasaron largas conversaciones aquellos días, hasta que llegó el de la justa, en que habían de señalarse.

Ya dije de don Rodrigo cómo por su arrogancia era secretamente malquisto. Parecióle a don Alonso haber hallado lo que deseaba, porque justando Jaime Vives, estaba muy cierto habello de deslustrar, humillándole la soberbia. Ozmín, por su parte, también lo deseaba y, antes de ser hora de armarse, por ver entrar a Daraja en la plaza, se anduvo de espacio paseando por ella, admirándose de vella tan bien aderezada, tantas colgaduras de oro y seda, cuantas no se pueden significar, tanta variedad en los colores, tanta curiosidad en el ventanaje, tanta hermosura en las damas, riqueza de sus aderezos y vestidos, concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecía un inestimable joyel y cada cosa por sí preciosa piedra engastada en él.

Estaba la tela, que dividiendo la plaza en dos iguales partes, atravesaba por medio de ella el tablado de los jueces, en lugar acomodado, y frontero las ventanas de Daraja y doña Elvira; las cuales, en dos blancos palafrenes enjaezados (con guarniciones de terciopelo negro y chapería de plata) con mucho acompañamiento entraron, y dando vuelta por toda la plaza, llegaron a su asiento; luego, de-

jándola en él, se salió de ella Ozmín, porque ya querían entrar los mantenedores.

Los cuales llegaron de allí a poco espacio, muy bien aderezados. Comenzaron a sonar los menestriales, trompetas y otros instrumentos, tañendo sin cesar, hasta que se pusieron en su puesto. Entraron justadores combatientes y fué de los primeros don Alonso que, corridas las tres lanzas<sup>1</sup>, y muy bien, pues fueron de las mejores, luego se fué a su casa. Ya tenía ganada licencia para un caballero amigo suyo que fingió esperaba de Jerez de la Frontera y estaba Ozmín aguardando. Fuéronse a la tela juntos y apadrinólo don Alonso.

Llevaba el moro las armas negras de todo punto, el caballo morcillo, sin plumas la celada y en su lugar por ellas, hecha con gran curiosidad, una rosa del lienzo de Daraja: cierta señal, en que luego por éi fué conocido de ella. Púsose en el puesto y quiso la suerte que la primera lanza cupiese a un ayudante del mantenedor. Hicieron señal; partieron de carrera. Ozmín tocó al contrario en la vista<sup>2</sup>, donde rompió la lanza y, volviéndole a dar de rencuentro<sup>3</sup> con lo tieso de ella lo sacó de la silla, dando con él en el suelo por las ancas del caballo; pero no le hizo más mal que el gran golpe de las armas.

---

1 *corridas las tres lanzas*: cada caballero tenía que dar tres acometidas o choques con su contrincante, ambos a caballo.

2 *vista*: visera que cubre los ojos.

3 *de rencuentro*: por nuevo choque.

Para las dos últimas lanzas entró don Rodrigo, el cual barreó <sup>1</sup> la primera por encima del brazal izquierdo del moro, quedando herido de él en el guardabrazo derecho, donde rompió la lanza por tres partes. En la última desbarró <sup>2</sup> don Rodrigo y Ozmín rompió la suya en la junta de la babera <sup>3</sup>, dejándole en ella un gran pedazo de astilla. Creyeron todos quedaba mal herido; mas defendióle el almete <sup>4</sup>, con haberle hecho gran daño. Y así el moro, rotas las tres lanzas, salió con vitoria ufano y mucho más don Alonso por haberlo apadrinado, que no cabía de contento.

Salieron de la plaza; fué a desarmar a su casa, sin dejarse ver el rostro de otro alguno.

Las tristezas de Daraja iban muy adelante. Ninguno las acertaba ni daba en el blanco, ni aun al terrero <sup>5</sup>, de cuantos le asestaban. Todos juzgaban al revés, buscándole cuantos entretenimientos podían dalle; ninguno era capaz ni cuadraba en el círculo <sup>6</sup>, de sus deseos.

---

<sup>1</sup> *barrear*: pasar la lanza rozando, tocando de refilón por la armadura del contrincante.

<sup>2</sup> *desbarró*: se escurrió, resbaló la lanza, sin encontrar punto de apoyo en la armadura contraria.

<sup>3</sup> *babera*: parte del casco que cubre la boca y la barba.

<sup>4</sup> *almete*: casco que cubría la cabeza.

<sup>5</sup> *blanco*, tenía el mismo significado que hoy; *terrero* era el campo que rodeaba el blanco.

<sup>6</sup> *cuadrar en el círculo*: metáfora tomada de la Geometría; quiere decir: no cabía, no venía bien.

Tenían en el Aljarafe <sup>1</sup> la casa y hacienda de su mayorazgo, en un lugar aldea de Sevilla. Era el tiempo templado, a vueltas de febrero. La caza y campo parece que alegran en tales días. Acordaron irse a holgar allá una temporada, por no dejar de andar esta vereda <sup>2</sup> y ver si pudieran divertirla de sus tristezas. A esto parece que mostró algo más buen rostro, creyendo, si salía de la ciudad, habría en el campo modos como ver y hablar a Ozmín. Aderezaron la recámara <sup>3</sup>, y era cosa de alegría ver tanto bullicio: cuál que lleva los galgos de trailla, cuál va con los podencos y hurona, cuáles llevan halcones, cuál el buho, cuál su escopeta al hombro o la ballesta, otros con las acémilas cargadas. Todos iban de trulla <sup>4</sup>, alborotados con la fiesta.

Ya don Alonso lo sabía y había dicho a Ozmín que sus damas eran de campo a cierta huelga y cómo se quedaban allá por entonces, no sabiendo cuándo volverían. No les pareció mal por dos cosas: la una, que allá tendrían por ventura <sup>5</sup> menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasión para no ser conocidos. Hacía las noches no claras ni muy oscuras, ni frío ni calor; antes un agradable sosiego, con serenidad apacible. Los dos

<sup>1</sup> *Aljarafe*: comarca muy próxima a Sevilla y también pueblo (hoy San Juan de Aznalfarache) como se dice en seguida.

<sup>2</sup> *andar esta vereda*: tentar este medio.

<sup>3</sup> *recámara*: equipaje, provisiones para viajar.

<sup>4</sup> *trulla*: bulla y jolgorio.

<sup>5</sup> *por ventura*: tal vez.



San Juan de Aznalfarache. (De un dibujo del siglo xvii.)



enamorados amigos acordaron probar la mano y su buena ventura, caminando a ver sus damas. Vistiéronse de labradores, salieron al poner del sol en los rocines y antes de llegar a la aldea un cuarto de legua, se apearon en una casería, para que, yendo a pie, no hubiese nota. Entonces les hubiera sucedido bien, si la fortuna no rodara y les volviera las espaldas. Porque llegaron a tiempo que las damas estaban en un balcón, entretenidas en sus conversaciones.

No se atrevió a llegar don Alonso, por no espantar la caza y dijo a su compañero que fuera solo a negociar por ambos; que pues doña Elvira lo amaba y Daraja lo conocía, no había de qué recelarse. Así Ozmín poco a poco, con cuidadoso descuido, se fué paseando por delante, cantando en tono bajo como entre dientes una canción arábiga, que para quien sabía la lengua eran los acentos claros y para la que no, y estaba descuidada, le parecía el cantar de lala, lala <sup>1</sup>.

Doña Elvira dijo a Daraja: "Aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio, si supiesen aprovecharse de ellos. ¿No consideras aquel salvaje, qué voz entonada y suave que tiene? Es como el agua que llueve en la mar sin provecho." "Agora sabes —dijo

---

<sup>1</sup> *cantar de lala, lala*: cantar sin letra, como los cantan, a veces, los muchachos gallegos, y por eso dicen: "el canto de lala lala que nunca se acaba." Para doña Elvira, que no entendía el árabe, la canción de Ozmín era como si no tuviese letra.

Daraja— que son las cosas todas como el sujeto en que están y así se estiman. Estos labradores, por maravilla, si de tiernos no se trasplantan en vida política<sup>1</sup> y los ingieren y mudan de tierras ásperas a cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde o nunca podrán ser bien morigerados; y al revés, los que son ciudadanos de político natural son como la viña, que dejándola de labrar algunos años, da fruto aunque poco, y si sobre ella vuelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta no será poderoso un carpintero con hacha ni azuela para desalabearlo ni ponerlo de provecho. Pena me da oírle aquel cantar de tórtola<sup>2</sup>. Vámonos de aquí, si te parece, que es hora de acostarnos.” Bien se habían entendido los amantes, ella el canto y él sus razones y el fin con que las dijo. Fuéronse las damas, quedándose Daraja un poco atrás y en arábigo le dijo que esperase.

El quedó aguardando y, en tanto que volvía, se paseaba por aquella calle.

Andábanse también paseando aquella noche unos mozuelos. Acertaron a ver a los forasteros y en aquel punto, sin más causa ni razón, sin darles alguna ocasión<sup>3</sup>, comenzaron a convocarse y, ligados en tropa, vinieron diciendo: ¡Al lobo, al lobo!

---

<sup>1</sup> *vida política*: ambiente de educación y cortesía.

<sup>2</sup> Palabras dichas con malicia, para quitar de la ventana a doña Elvira.

<sup>3</sup> Sin darles motivo alguno a los mozuelos.

Y desembrazando piedra menuda, como si del cielo lloviera, los apedrearon de manera, que les fué forzoso huir y no esperarlos. Y así se volvieron, que lugar no tuvo Ozmín de despedirse. Fueron donde estaban sus caballos y en ellos a la ciudad, con ánimo de volver la noche siguiente algo más tarde para no ser sentidos. De poco les aprovechó, que si rayos del cielo cayeran y con ellos pensaran ser deshechos, había villano en ellos <sup>1</sup> que antes dejara la vida que de guardar el puesto sólo por hacer mal y daño. Pues apenas la otra noche habían metido los pies en el pueblo, que, junta una bandada de aquellos mozabillos, habiéndolos reconocido, cuál con honda, cuál a brazo, unos con azagayas <sup>2</sup>, palos, chuzos, otros con asadores, no dejando segura la pala o barradero del horno, como a perro que rabia, salieron a ellos.

Pero halláronlos más apercebidos que la noche pasada. Porque aquesta ya traían buenas cotas <sup>3</sup>, cascos acerados y rodela fuertes. De la una parte viérades pedradas, palos, alaridos; de la otra muy recias cuchilladas, y de entrambas tanto alboroto, que con el ruido parecía hundirse el pueblo con la trabada guerrilla. Descuidóse don Alonso y al atravesar de una calle le dieron una muy mala pedrada

---

1 *en ellos*: entre ellos, entre los villanos.

2 *azagayas*: lanzas cortas que se pueden arrojar como dardos.

3 *cotas*: malla de hierro que se llevaba por resguardo debajo de la ropa.

en los pechos, de que cayó en tierra, sin hallarse con fuerzas para volver a la pelea. Y como pudo se fué retirando, en tanto que Ozmín se iba entrando con ellos calle arriba, haciéndoles mucho daño, porque algunos y no pocos quedaban heridos y tres muertos.

Creciendo el alboroto, se convocó el pueblo todo. Tomáronle el paso, que no pudo huir, aunque lo probó a hacer. Por otra parte llegó un destripaterrones y dióle con una tranca de puerta en un hombro, que le hizo arrodillar. Mas no le valió ser hijo de alcalde<sup>1</sup>, que antes que pudiera volver a darle segundo, yéndose para él, de una cuchillada le partió la cabeza por medio, como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atún en la playa<sup>2</sup>, rendida la vida en pago de su desvergüenza. Tantos cargaron por una y otra banda, tanto lo acosaron, que no pudiéndose defender, quedó preso.

Daraja y doña Elvira vieron el ruido desde su principio y el alboroto de la prisión, cómo le ataron las manos atrás con un cordel, cual si fuera igual suyo<sup>3</sup>. Unos y otros lo maltrataron, dándole puñadas, rempujones y coces, haciéndole mil ignominiosas afren-

1 No quiere decir que fuera hijo de alcalde; es una frase que significa no le valió ser quien era, y más concretamente aquí, no le valió ser tan osado y haber dado tan gran golpe a un caballero.

2 *atún en la playa*: tendido a lo largo.

3 Es decir, como si fuera villano, porque a los caballeros no se les ataba; entregaban su espada y su palabra de honor.

tas con que se vengaban del rendido. ¡Qué cosa fea y torpe, sólo de semejantes villanos usada como propia! ¡Qué os parece tal desgracia? ¿Cómo la sentiría la que adoraba su sombra? Esto por una parte, heridos y muertos de la otra, y su honra en medio. Que habiendo de saber don Luis el caso, forzoso preguntaría lo que buscaba Ambrosio en el aldea. En esta confusión sacó de la necesidad consejo. Prevínose de una carta y cerrada la metió en un cofrecillo suyo, para, cuando viniese don Luis, hacer con ella su descargo.

Ya era el otro día amanecido y la gente no se sosegaba. Habían enviado a la ciudad a dar noticia del caso, para que se hiciese la información. Y venido el escribano, comenzaron a examinar testigos. Acudió mucho número de ellos, aun sin ser llamados, que los malos para el mal ellos mismos se convidan y los enemigos se hacen amigos. Unos juraron que con Ozmín venían seis a siete; otros que salieron de casa de don Luis y que de la ventana dijeron: "Mátalos, mátalos"; otros que estando los del pueblo seguros y quietos, les acometieron; otros que los fueron a sacar de sus casas con desafío, sin haber hombre que jurase verdad.

Las muertes y heridas quedaron averiguadas y el hombre cargado de hierro a buen recaudo. Don Luis, cuando lo supo, fué a la aldea. Informóse de su hija: díjole lo pasado de la manera que había sido. Preguntóselo a Daraja: díjole lo mismo y que ella

envió a llamar a Ambrosio para darle una carta, que encaminase a Granada y, antes que le pudiera llegar a hablar, lo habían apedreado estas dos noches; de modo que, sin habérsela dado, se le había quedado escrita.

Don Luis le pidió se la enseñase para ver qué podría enviar a decir y a sus excusas ella hizo como que la pesaba de darla. No fué necesario rogársele mucho, pues otra cosa no deseaba y, sacándola de donde la tenía, dijo: "Doila, porque se entienda mi verdad y no se sospeche que escribo cosas dignas de esconderse." Don Luis la tomó y, queriéndola leer, vió que estaba en arábigo y no supo. Buscó después quien la leyese, y lo que iba escrito era decir a su padre el cuidado en que vivía por saber de su salud; que ella la tenía. Si el deseo de verle no lo impidiera, estaba la más contenta y acariciada de don Luis, que ninguno de sus hijos; y así le suplicaba que, en reconocimiento de esta cortesía y buen hospedaje, lo regalasen con un presente.

Cuando sucedieron estas cosas, ya Granada se había rendido con los partidos<sup>1</sup>, que sabemos por las historias y aún oímos a nuestros padres. Entre los nobles que en ella quedaron fueron los dos consuegros, Alboacén, padre de Ozmín, y el alcaide de Baza. Ambos pidieron el bautismo, deseando ser cristianos. Y siéndolo, el alcaide suplicó a los reyes le

---

<sup>1</sup> *partidos*: condiciones, capitulaciones entre los moros y los Reyes Católicos.

diesen licencia para ver a Daraja su hija. Siéndole otorgada, dijeron que le mandarían avisar cómo y cuándo sería. Alboacén, creyendo que su hijo sería muerto o cautivo, hizo muchas diligencias para informarse dónde pudieran darle alguna nueva: mas nunca descubrió rastro suyo. Estaba tan triste por ello cuanto lo pedía pérdida de tal hijo, solo, de padres principales y ricos. No lo sentía menos el alcaide, pues por su tan verdadero hijo lo tenía como propio padre, y por lo que Daraja sentiría, cuando le diesen tan pesarasas nuevas.

Los reyes por su parte enviaron a Sevilla su mandado y que luego don Luis partiese adonde estaban y trajese consigo a Daraja. Vistas las cartas y entendida esta orden, ella quedó frente de sí, por serle forzoso en esta ocasión hacer ausencia, sin saber el fin que había de tener y el estrecho en que dejaba el preso.

Hallóse confusa, imaginativa y triste, llamándose mil veces desdichada sobre la misma desdicha y la más lastimada de todas las mujeres. Queriendo atropellarlo todo y perder con su esposo la vida, estuvo perpleja y casi determinada de hacer un atrocísimo yerro<sup>1</sup>, en señal del casto y verdadero amor que a Ozmin tenía; mas era de buen juicio y, corrigiendo sus crueles imaginaciones, volviendo sobre sí, determinó fiar sus desdichas en manos de fortuna, en

---

1 yerro: alude al suicidio.

enemiga, esperando el fin que les daba. Pues el último mal era la muerte, no quiso desesperarse. Mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lágrimas, que le reventó de los ojos. Todos creyeron era de alegría de volver a su natural<sup>1</sup> y engañábanse todos. Cada uno la alentaba y alguno no<sup>2</sup> la consolaba.

Llegó a despedirse de ella don Rodrigo, y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dijo tales palabras: "Bien pudiera, señor don Rodrigo, persuadiros con abundancia de razones a las obras que de vos en esta ocasión pretendo y de suyo es cosa tan justa, que ni puedo dejar de pedirla ni vos de concedérmela, por la mucha parte que tenéis en ella. Ya sabéis la obligación de hacer bien a cuánto nos estreche, si como ley natural divina con todos habla y no hay bárbaro que la ignore. Esta tiene tanta fuerza cuantas más razones se allegan entre las cuales una principal y no pequeña es a los que dimos nuestro pan y bastara para que, correspondiendo a quien sois, no fuera mi intercesión necesaria. Mas lo que quiero con ella pediros es que, como sabéis, Ambrosio fué criado de vuestros padres y de los míos. Tenémosle por ello particular deuda y yo más, habiéndole puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo él en ello causa suya más de mi propio in-

1 *natural*: país natal.

2 *alguno no*: ninguno.

terese<sup>1</sup>. De mi mano está puesto en el peligro de que estoy hecha cargo. Si librarne queréis de él, si deseastes mi gusto, si pretendéis obligarme al vuestro para que siempre quede agradecida, ha de ser que, cargando sobre vuestro cuidado mi propio deseo, acudáis a su libertad, que es la mía, con las veras que os lo suplico. Don Luis, mi señor, antes que de aquí conmigo parta, hará su posible diligencia con sus amigos y deudos, para que los unos, ayudados de los otros, en su ausencia me saquen libre de esta deuda." Don Rodrigo se lo prometió y así se partieron.

Como la pobre señora dejaba en tanto riesgo a su querido esposo, sentía su pena, y tanto más la sentía cuanto más de él se alejaba, de manera que cuando a Granada llegó, no parecía ser ella. Lleváronla luego a palacio, donde será bien que la dejemos y volvamos al preso, a quien don Rodrigo favorecía con el ánimo que<sup>2</sup> si fuera su hermano.

Don Alonso, como escapó lastimado en los pechos, acostóse mal dispuesto<sup>3</sup>; pero, en sabiendo que habían traído el preso a Sevilla, se levantó y sin sosegar momento solicitaba el pleito cual si fuera suyo mismo. Mas como las partes acusasen y fuesen malintencionados los actores, los muertos y heridos muchos, no le pudieron defender<sup>4</sup> que no

<sup>1</sup> *interese*: interés.

<sup>2</sup> *con el ánimo que*: con el mismo ánimo que.

<sup>3</sup> *mal dispuesto*: indispuerto, enfermo.

<sup>4</sup> *defender*: impedir.

fuese condenado a horca pública. Don Rodrigo se enojó de que a su padre y a él se perdiera el respeto, ahorcando sin culpa su criado<sup>1</sup>. Por otra parte, don Alonso defendía, diciendo no permitirse ni poder ser ahorcado un caballero de noble sangre, tal como Jaime Vives, amigo suyo. Que cuando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvara la vida y en especial de muerte de horca y debiera ser degollado<sup>2</sup>.

La justicia quedó confusa sin saber qué fuera el caso. Don Rodrigo lo llama criado y don Alonso amigo; don Rodrigo defiende pidiendo por Ambrosio y alega don Alonso por Jaime Vives, caballero, natural de Zaragoza, que en las fiestas de toros hizo las dos suertes de que toda la ciudad era testigo, y en la justa, siéndole padrino, derribó al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir de esta duda se resolvieron los jueces en tomar su declaración. Preguntáronle si era caballero. Respondió ser noble, de sangre real; pero no llamarse Ambrosio ni Jaime Vives. Pídenle que diga su nombre y califique<sup>3</sup> su persona. Respondió que no por descubrirse excusará la pena y que, habiendo de

1 Los señores tomaban por injuria hecha a sus personas cualquier atropello cometido con los criados de su casa.

2 La horca era castigo de villanos, y cortar la cabeza, castigo de caballeros.

3 *que califique su persona*: que justifique su nobleza.

morir indubitablemente, no era necesario decirlo ni de importancia padecer una ni otra muerte. Rogáronle dijese si había sido el que don Alonso decía que tan señalado anduvo en los toros y justa. Respondió ser así; pero no tenía los nombres que decían.

Y como tan de veras negase su linaje, pareciéndoles hombre de calidad, fuéronse deteniendo algo con él para verificar<sup>1</sup> quién fuese y por qué los dos caballeros lo defendían y en general toda la ciudad deseaba su libertad y le estaban apasionados<sup>2</sup>.

Con esto despacharon a Zaragoza que se averiguara la verdad y supiera su nacimiento; mas habiéndose gastado algunos días en ello y hecho muchas diligencias, no se descubrió quien pudiera ser el caballero de su nombre ni señas. Traído este mal despacho, aunque le importunaron sus amigos y la justicia le requirió diversas veces que se calificara, jamás lo quiso hacer ni fué posible. Así pasados los términos, los jueces, muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad y valentía, no pudiendo dejar de hacer justicia, siendo con importunación pedida de los contrarios, confirmaron la sentencia.

Daraja ni sus padres no dormían en cuanto esto pasaba, que ya tenían hecha relación a Sus Altezas de todo el caso y estaban informados de la verdad.

---

1 *verificar*: identificar.

2 *apasionados*: aficionados, favorables.

Dábanseles memoriales por momentos. Daraja personalmente solicitaba la vida de su esposo, pidiéndola de merced, y nada se respondía; pero secretamente despacharon luego a don Luis con su real provisión<sup>1</sup> a las justicias, para que, en el estado que aquel pleito estuviese, originalmente con el preso se lo entregasen, que así convenía a su servicio. Don Luis partió con mucha diligencia, como le fué mandado, y la pobre Daraja, padre y suegro, se deshacían en lágrimas, considerando la priesa que la justicia se daría en despachar<sup>2</sup> al pobre caballero y que a sus peticiones y merced suplicada se respondiese con tanto espacio. No sabían qué decir de dilación semejante, sin darles alguna buena ni mala respuesta, ni esperanza. Causábales mucha pena, no alcanzaban lance<sup>3</sup> con que remediarlo ni lo habían dejado por intentar, porque temían sobre todo el peligro en la tardanza.

En cuanto en esto vacilaban<sup>4</sup>, ya, como dije, don Luis caminaba muy apriesa y con mucho secreto. El entraba por las puertas de Sevilla, Ozmín salía por las de la cárcel a ser ajusticiado. Las calles y plazas por donde lo pasaban estaban llenas de gente, todo el lugar con gran alboroto. No había per-

---

1 *real provisión*: real orden.

2 *despachar*: concluir el proceso.

3 *lance*: medio.

4 *en cuanto en esto vacilaban*: mientras que se hallaban perplejos.

sona que no llorase, viendo un mancebo tan de buen talle y rostro, valiente y bienquisto por los famosos hechos que públicamente hizo.

Estando así todos en esta confusión y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegó don Luis, apartando la gente para impedir la ejecución. Los alguaciles creyeron era resistencia<sup>1</sup>; pero con el temor que le tenían, por ser arriscado y poderoso caballero, desamparando a Ozmín, con gran alboroto fueron a dar cuenta de lo pasado a sus mayores. Ellos venían a saber qué pudiera causar desacato semejante y don Luis les salió al encuentro con el preso. Enseñóles la orden y recaudo de los reyes, que con gran gusto fué de ellos obedecida y con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad y común alegría de ella, llevaron a Ozmín a casa de don Luis, haciendo aquella noche una galana máscara<sup>2</sup>, poniendo muchas hachas y luminarias en calles y ventanas por el general contento. Y en señal de regocijo quisieran hacerlas públicas aquellos días, porque se supo entonces quién era; mas don Luis no dió lugar a ello, que, guardando instrucción, se partió con el preso luego por la mañana, llevándolo muy regalado.

Habiendo llegado a Granada, lo tuvo consigo se-

---

1 *resistencia*: actos para oponerse por fuerza a la acción de la justicia.

2 *máscara*: cabalgata formada de cierto número de personas con disfraces y luces.

cretamente algunos días, hasta que Sus Altezas le mandaron lo llevase a palacio. Cuando lo pusieron en su presencia, holgaron de verlo. Y teniéndolo ante sí, mandaron salir a Daraja. Viéndose los dos en lugar semejante y tan ajenos de ello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron y lo que cada uno de ellos pudiera sentir. La reina se adelantó, diciéndoles cómo sus padres eran cristianos, aunque ya Daraja lo sabía. Pidióles que, si ellos lo querían ser, les haría mucha merced; mas que el amor ni temor los obligase, sino solamente el de Dios y el de salvarse, porque de cualquier manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen a su voluntad. Ozmín quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciéndose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio, y diciendo que quería ser bautizado, pidió lo mismo en presencia de los reyes a su esposa Daraja, que los ojos no había quitado de su esposo, teniéndolos vertiendo suaves lágrimas. Volviéndolos entonces con ellas a los reyes, dijo que, pues la voluntad de Dios había sido darles verdadera luz, trayéndolos a su conocimiento por tan ásperos caminos, estaba dispuesta de verdadero corazón a lo mismo y a la obediencia de los reyes, sus señores, en cuyo amparo y reales manos ponía sus cosas. Así fueron bautizados, llamándolos a él Fernando y a ella Isabel, según Sus Altezas, que fueron los padrinos de pila y luego, a

pocos días, de sus bodas<sup>1</sup>, haciéndoles cumplidas mercedes, en aquella ciudad, adonde habitaron y tuvieron ilustre generación.

## LUIS DE PINEDO

Su obra con el título latino de *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici Pinedo et amicorum* es una colección de cuentos, que debió ser formada en los primeros años del reinado de Felipe II. "El recopilador era, al parecer, castellano viejo o había hecho, a lo menos, larga residencia en Tierra de Campos" (M. Pelayo.)

### UN PROBLEMA MATEMATICO

[Del *Libro de Chistes (Liber facetiarum, etc.)*.]

El popular cuentista moderno Antonio de Trueba ha tratado estos mismos solaces matemáticos.

Un caballero mandó derramar un cesto de huevos a una vieja. Quebráronlos; quejábase la vieja, llorando que le pagasen los huevos. Respondió el caballero: "No llores, madre, que yo vos pagaré los huevos. Decime<sup>2</sup>, ¿cuántos son?" Respondio: "Señor, no sé más sino que contando de dos en dos, sobraba uno; si de tres en tres, sobraba uno; si de cuatro en cuatro, sobraba uno; ídem de cinco en

---

1 de sus bodas, esto es, padrino de sus bodas.

2 decime, por decidme.

cinco; ídem de seis en seis; si de siete en siete, venían justos." Respóndese que han de ser los huevos trescientos uno.

### EL ESTUDIANTE PREDICADOR

(Del *Libro de Chistes.*)

En un lugar de la Montaña había venido de Salamanca un estudiante, hijo de una viuda, y sin saber qué profesión o ciencia había aprendido, importunáronle mucho que predicase un día los parientes; lo cual él, por importunaciones, aceptó, y estudió para su sermón como pudo; y puesto en el púlpito, como era cosa no usada para él, olvidó totalmente lo que traía que decir, y como se vió perdido, al cabo de gran rato dijo: "Vosotros, señores, sabéis lo que quiero decir." Dijo uno de los que allí estaban: "Señor, de ellos lo saben y de ellos no <sup>1</sup>". Respondió él: "Pues los que lo saben díganlo a los que no lo saben, y así lo sabréis todos." Y bajóse.

### MAS MATEMATICAS

(Del *Libro de Chistes.*)

Había en la plaza de Valladolid tres abaceras: la una tenía cincuenta huevos, la otra tenía treinta, y la otra diez. Llegó un despensero a comprar a la primera sus cincuenta huevos, y así compró los

---

1 De ellos... de ellos: unos... otros.

treinta y después los diez, y comprándolos todos a un precio, vió por su cuenta que le costaban tanto dinero los cincuenta huevos como los treinta. Pregúntase de la posibilidad de este caso.

Respondo: La mujer de los cincuenta huevos le dijo que le habían de dar por cada siete huevos un dinero, y por cada huevo de los que no llegasen a siete, tres dineros; el despensero fué contento, y así le pagó diez dineros, siete dineros por siete veces siete, que son cuarenta y nueve, y tres dineros por un huevo que faltaba para cumplimiento a los cincuenta huevos; por manera que le pagó por cincuenta huevos diez dineros. Llegó a la otra abacera a comprarle los treinta huevos: dijo que era contenta de vendérselos de la manera que la otra le vendió los suyos. El fué contento, y así le pago por los veintiocho huevos cuatro dineros, y por los dos huevos que faltaban para treinta le dió seis dineros. Llegó a la de los diez huevos por el mismo partido y dióle por siete huevos un dinero, y por tres restantes nueve dineros; por manera que costaron tanto dinero los cincuenta como los treinta y como los diez.

## GONZALO CORREAS ÍÑIGO

(1571-1631)

Natural de Jaraiz, pueblo de la Vera de Plasencia. Hizo sus estudios de Humanidades clásicas en Salamanca. En esta Universidad fué nombrado, a los veintiséis años, profesor de Griego. Más tarde desempeñó otras cátedras. De este notable humanista la obra capital es el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*.

### EL LOCO AVISADO

(Del *Vocabulario de refranes*.)

En Chinchilla, lugar cerca de Cuenca, había un loco que, persuadido de holgazanes, llevaba un palo debajo de la falda, y, en viniendo algún forastero, se llegaba a él con disimulación, preguntándole de dónde era y a qué venía, le daba tres o cuatro palos, con lo que los otros se reían, y luego los apaciguaban con la excusa de ser loco. Llegó un manchego, y tuvo noticia en la posada de lo que hacía el loco, y previnose de un palo, acomodado debajo de su capa, y fuese a la plaza a lo que había menester. Llegóse el loco, y adelantóse el manchego, y dióle muy buenos palos, con que le hizo ir huyendo, dando voces y diciendo: "¡Gente, cuidado, que otro loco hay en Chinchilla!"

AGUSTÍN DE ROJAS  
VILLANDRANDO

(1572-1611?)

Natural de Madrid, su agitada vida parece una novela. Fué soldado, marino, comerciante, cómico y ya viejo, escribano y notario del obispado de Zamora. Su obra *El viaje entretenido* es un ameno y copioso repertorio de anécdotas y noticias de su época, especialmente relativas al teatro.

SOÑAR DESPIERTO

(Del *Viaje entretenido*, 1604.)

Este cuento, que substancialmente es el mismo que el del 'durmiente despierto de *Las mil y una noches*, fué dramatizado en España la primera vez por el mismo Agustín de Rojas en su única comedia *El natural desdichado*, y después dió argumento a *La vida es sueño* de Calderón. En el extranjero han empleado este cuento Grazzini en *Le Cene* y Shakespeare en el prólogo de *The taming of the shrew*. Modernamente lo han vuelto a emplear Gerhard Hauptmann en *Schluck und Jau* y nuestro Trueba en uno de sus cuentos.

Ram. Leí los días pasados en un libro de un hombre de muy buen ingenio, un caso que sucedió al duque Filipo el Bueno, que fué el primero que instituyó la orden del Tusón<sup>1</sup> en la villa de Tomer,

---

1 Felipe el Bueno, duque de Borgoña: instituyó la orden del Toisón de Oro en 1430.

en una iglesia que llaman de San Bertín, dándole a veinte y cuatro caballeros a quien él llamaba sus doce pares, el cual traía por insignia, pintada en sus banderas, una mano con un eslabón que iba a dar en un pedernal, y alrededor un letrero que decía: "Primero se ha de dar el golpe que saltan las centellas." Leí, pues, como digo, que este cristianísimo príncipe era de mucha edad, y acostumbraba a decir infinitas veces lo que era el mundo y cuán poco había que confiar en él. Yendo, pues, una noche rondando con algunos criados suyos, hallaron tendido en una calle a un hombre que estaba borracho, lleno de lodo, toda la cara sucia y tiznada, y tan dormido que no pudieron metelle en su acuerdo. Mandó el duque que le llevasen a palacio, que quería en aquel hombre enseñarles lo que era el mundo; lleváronle de la manera que lo mandó, y después de esto dijo que le desnudasen y vistiesen una camisa muy buena, y acostasen en su propia cama, y a la mañana le diesen de vestir y sirviesen como a su misma persona; hizose todo aquello, y otro día<sup>1</sup>, cuando ya se creía acabada la borrachera, entraron los gentileshombres de la cámara a decille de qué color quería vestirse, y él, asombrado de verse en aposento tan rico y rodeado de gente tan principal, y viendo que estaban tantos delante de él descubiertos, no sabía qué responder, sino mirábalos a todos, y de-

---

1 otro día: al día siguiente.

bía de parecerle a él sin ninguna duda que no había dos horas que estaba bebiendo en la taberna y andando los fuelles en su casa (que, según se supo después, era herrero y vivía cerca de palacio). Diéronle, pues, vestido muy bueno, diéronle agua a manos<sup>1</sup>, la cual él rehusaba de tomar, porque aún no sabía cómo había de lavarse. A todo cuanto le preguntaban no respondía; miraba desde unas ventanas su casa, y debía de decir: “¡Válgame Dios!, la casilla de aquella chimenea, ¿no es mía? Aquel muchacho que juega a la peonza, ¿no es mi hijo Bartolillo? Y aquella que hila a la puerta, ¿no es mi mujer Toribia? ¿Pues quién me ha puesto a mí en tanta grandeza?” Digo yo, sin duda, que diría él esto. Cuando pusieron las mesas, sentóse a comer, y el duque presente a todo; hecho esto y venida la noche, diéronle vino bastante para ponelle como le hallaron, y cuando estuvo fuera de juicio y bien dormido, desnudáronle y volvieron a poner su vestido viejo, y mandó el duque que le llevasen al mismo puesto donde le habían hallado. Hizose, y hecho, llegó el duque con mucha gente y dijo que le despertasen, y despierto preguntóle quién era, y él, muy asombrado, respondió: “Que según las cosas que en dos horas habían por él pasado, no sabía decir quién era.” Preguntado la causa, respondió: “Señor, yo soy un

---

<sup>1</sup> *agua a manos*: agua para lavarse, servida a mano por dos criados, uno que sostenía la palangana y otro que echaba el agua de un jarro.

herrero y me llamo Fulano; salí de mi casa hará una hora o poco más; bebí un poco de vino; cargóme el sueño y quedéme aquí dormido, y en este tiempo he soñado que era rey y que me servían tantos de caballeros, y traía tan lindos vestidos, y que dormía en una cama de brocado, y comía muy bien y bebía, y estaba yo tan gozoso de verme tan servido y regalado, que casi estaba fuera de juicio de contento, y bien se ve que lo estaba, pues todo fué sueño." Y dijo entonces el duque: "Veis aquí, amigos, lo que es el mundo; todo es un sueño, pues esto verdaderamente ha pasado por éste como habéis visto, y le parece que lo ha soñado."

#### ANECDOTA DE LOS REYES CATOLICOS

(De *La pícara Justina*, 1605.)

*El libro de entretenimiento de la pícara Justina* es una novela que apareció a nombre de Francisco López de Úbeda, médico toledano. De los eruditos, unos tienen a éste por su verdadero autor; otros lo niegan.

La prudentísima reina doña Isabel, prez y honor de los dos reinos, queriendo persuadir al rey don Fernando que cierta derrota<sup>1</sup> y jornada que intentaba era tan contra su gusto cuan contra el buen acierto, volvió los ojos a unas malvas que estaban en el camino, y mirándolas, le dijo: "Señor, si el camino donde están malvas, y no otra cosa, nos hu-

---

1 *derrota*: dirección, camino.

biera de hablar en esta ocasión a vos y a mí, ¿de qué tratará?" Respondió el rey: "Vos lo diréis, señora." Entonces dijo la reina: "Claro es que el camino donde solas las malvas sirvieran de lengua no supieran en esta ocasión deciros a mí ni a vos otra cosa sino *mal vas*." Volvió la rienda el prudentísimo monarca, y sonriéndose, dijo a su Isabela: "No entendí que las malvas sabían hablar tan a propósito y tan bien." La reina, echando el sello a su prudentísimo discurso y catecismo<sup>1</sup>, dijo: "No os espantéis, señor, de que las malvas hablen, tan bien, porque los yerros de los reyes, como son personas tan públicas y comunes, por secretos que sean, las piedras los murmuran y las malvas los pregonan."

## GASPAR LUCAS HIDALGO

No se tienen de él más noticias que su nombre y que era vecino de Madrid. Su obra —una colección de cuentos y chascarrillos— fué muy popular a principios del siglo XVII.

### CUENTOS QUE MOTEJAN DE ASNO

(De los *Diálogos de apacible entretenimiento*.)

1605.

Habíasele perdido un jumento a un labrador llamado Orduña, y estando predicando el cura, fué diciendo en el discurso de su sermón cómo el amor

---

1 *catecismo*: enseñanza, advertencia.

era una cosa de tanta fuerza, que no había hombre, por valiente que fuese, que no hubiese tenido una puntilla de amor. Salió en mitad de la iglesia un villano con grande orgullo, y dijo: "Pues aquí estoy yo, que nunca fui enamorado." Dijo entonces el cura, volviéndose al dueño del jumento: "¡Hola, Orduña! Veis aquí *vuestro asno*<sup>1</sup>."

Corríanse toros en una ciudad de Castilla, y uno que se escapó del coso vino a meterse en un patio de una casa, donde a la sazón estaban unos caballeros entreteniéndose a los naipes; y como cada cual buscase su acogida, uno de ellos, del hábito de Santiago, se guareció debajo de una carreta; y otro amigo suyo, clérigo, se metió lo mejor que pudo debajo de una albarda. Ido el toro, se comenzaron a dar matraca, y dijo el que estaba debajo de la albarda al que estuvo en la carreta que se maravillaba mucho que, siendo caballero de hábito en el pecho y espada en la cinta, se hubiese acobardado debajo de una carreta. Respondióle el comendador al de la albarda: "Confieso que no fui para defenderme del toro por mis manos; pero, aunque estaba tan acobardado, como decís, me parece que, aunque nos quitara la vida a entrambos el toro, muriera consoladísimo." Preguntóle el clérigo por qué. Y dijo: "Porque yo muriera en mi hábito de Santiago, y vuesa merced en el suyo."

---

1 Este cuento aparece también en Mateo Alemán.

## SEBASTIAN MEY

Pertenecía a una familia de origen flamenco, de ilustres tipógrafos y editores, y, al mismo tiempo, insignes humanistas. Su padre, Felipe Mey, fué profesor de Griego en la Universidad de Valencia y traductor de Ovidio.

### EL AMIGO DESLEAL

(Del *Fabulario* de Sebastián Mey.)

1613.

Había traído un mercader a una ciudad marítima muchas y diversas mercaderías, y habiendo despendido las otras, parte al fiado y parte de contado, le quedaron hasta dos mil quintales de hierro, los cuales no pudiendo vender, encomendó a un amigo de quien fiaba mucho se los guardase hasta que volviese por allí. Encargóse de ello el buen hombre, y cuatro días después de partido el mercader hizo venta de él en junto para unas rejas de un convento y unos balcones en la casa real de la dicha ciudad, dándole barato, porque le diesen luego <sup>1</sup> todo el dinero, con el cual proveyó a sus menesteres y le gastó en breve tiempo, ni más ni menos que si fuese suyo. A cabo de algún tiempo, volviendo por allí el mercader, luego que se vió con el amigo, después de haberle preguntado de su salud y de la mujer

---

1 *luego*: en seguida.

y hijos, le dijo que le quería desembarazar la casa del hierro, porque había hecho concierto de él en el camino. Pero el otro, que debía ya tener pensada la malicia, no se lo había bien apuntado cuando, fingiendo grandísima pesadumbre, le dijo: "Pluguiera a Dios que nunca hubiera entrado en mi casa hierro; no sé qué mala planeta <sup>1</sup> ha sido esta, que en el punto que le trujeron acudió tan grande número de ratones, al olor por ventura, que cuando nos dimos acato <sup>2</sup> (pero, ¿quién había de pensarlo?) habían ya dado cabo de todo; no creo que se hallaran en casa tres onzas; cierto, cuando me acaté, lo sentí más que si fuera mío." El dueño del hierro apenas pudo tener la risa oyendo mentira tan descompasada; pero, disimulando lo mejor que pudo, mostrando darle crédito, le respondió así: "Cosa es tan estraña esa, que no la creyera si me la dijera otra persona, y temo no me haya engañado quien me le vendió y no estuviese falsificado con mezcla de plomo o de algún otro metal blando; mas, ¿qué se puede hacer? ¿Hemos ahora de matarnos por el hierro? Yo lo tengo por bien empleado, y huelgo de que lo haya pagado mi mercadería, porque para mí tengo que aquellos malditos ratones venían tan hambrientos que, si no hallaran el hierro en que desfogar su hambre, se arremetieran a ti y a tu mujer y hijos, y 'os comieran hasta las orejas; ¡sea Dios

<sup>1</sup> mala planeta: como "mala estrella."

<sup>2</sup> nos dimos acato: nos dimos cuenta, nos percatamos.

por siempre loado!" Quedó muy contento el tal amigo de aquella respuesta, y, pensando que se lo había engullido<sup>1</sup>, le convidó a comer para el día siguiente. Aceptó el convidado; pero toda la noche anduvo desvelado en cómo podría desquitarse de la burla y del daño sin ir a la justicia. Y acudiendo el otro día al convite, según el concierto, después de haber comido, comenzó a entretenerse con un niño, hijo del que le había convidado, que no vían<sup>2</sup> sus ojos otra lumbre, y habiéndose entrado el padre a reposar, tuvo modo con halagos, sin que lo advirtiese nadie, de desaparecerle, y encargó a un amigo que se le tuviese escondido, determinado de no volvérselo hasta ser pagado. Cuando el padre halló menos<sup>3</sup> el niño y supo que no había parecido en toda la tarde, muy agoniado<sup>4</sup> se puso a buscarle por toda la ciudad. Y andando de unos en otros, viniendo a topar con el que le había escondido, le requirió con mucha instancia le dijese si sabía de él; el mercader, que no aguardaba otro<sup>5</sup>, disimuladamente respondió: "Habrá como una hora que vi aquí donde estoy abatirse un grande milanazo y llevarse volando un niño entre las uñas; y ahora que me haces acordar, sospecho que era el tuyo; a lo menos

---

1 *engullido*: esto es, tragado el embuste.

2 *vían*: veían.

3 *halló menos*: hallar menos o echar menos, giros antiguos por *echar de menos*.

4 *agoniado*: angustiado.

5 *otro*: otra cosa.

le parecía como un huevo a otro." El triste padre, que oyó cosa tan fuera de término, comenzó como un loco a dar voces, y haciendo grandísimos extremos, a decir: "¿Hase visto nunca tal embuste? ¿Hay en el mundo quien haya oído que se lleven los milanos por el aire a los niños? ¿Es llevarse un pollito? "Tornóse a reír entonces el mercader, y díjole: "No pensé que tenías tan poca experiencia del mundo, ni que supieses tan poco de cosas antiguas; ¿cómo? ¿no has leído que un águila se llevó por el aire, muchos años ha, otro niño muy bonito que se decía Ganimedes?<sup>1</sup> Dirás por ventura que es fábula; sea como tú mandares, que no habemos de reñir por eso. Pero en tierra donde hay ratones que se comen dos mil quintales de hierro, ¿te espantas que los milanos se lleven volando a los niños? Más me espanto yo de que no se llevan también hombres y mujeres." De aquí se le traslució al falso amigo que por cobrar su hierro le habría el otro escondido el hijo. Y, finalmente, no hallando por entonces otro remedio, postrándosele a los pies le pidió perdón de lo pasado, prometiéndole pagarle toda la cuantía en breve; y con buenas fianzas que le dió, tuvo el mercader por bien de volverle a su hijo.

*Al que desvergonzadamente engaña,  
suelen pagarle con la misma maña.*

1 Ganimedes, según la Mitología, fué un muchacho rubio, al cual Júpiter arrebató por medio de su águila y lo llevó al cielo para hacerle copero de su mesa.

EL HOMBRE VERDADERO Y EL MENTIROSO

(Del *Fabulario*.)

Iban caminando dos compañeros, entrambos de una tierra y conocidos; el uno de ellos hombre amigo de verdad y sin doblez alguna, y el otro mentiroso y fingido. Acaeció, pues, que a un mismo tiempo, viendo en el suelo un talegoncico, fueron entrambos a echarle mano, y hallaron que estaba lleno de doblones de oro y de reales de a ocho. Cuando estuvieron cerca de la ciudad donde vivían, dijo el hombre de bien: "Partamos este dinero, para que pueda cada uno hacer de su parte lo que le diere gusto." El otro, que era bellaco, le respondió: "Por ventura <sup>1</sup>, si nos viesen con tanto dinero, sería dar alguna sospecha, y aun quizá nos ponríamos <sup>2</sup> en peligro de que nos le robasen, porque no falta en la ciudad quien tiene cuenta con las bolsas ajenas. Páreceme que sería lo mejor tomar alguna pequeña cuantía por agora y enterrar lo demás en lugar secreto, y cuando se nos ofreciere después haber menester dineros, vernemos <sup>3</sup> entrambos juntos a sacarlos, y con esto nos quitaremos por ahora de inconvenientes." El hombre bueno, o si se sufre llamarle bobo, pues no cayó en la malicia ni engaño del otro,

---

1 *por ventura*: tal vez.

2 *ponríamos*: pondríamos.

3 *vernemos*: vendremos.

pretendiendo que su intención era buena, fácilmente vino en ello. Y tomando entonces alguna cantidad cada uno de ellos, enterraron lo demás a la raíz de un árbol que allí juntico estaba, habiendo tenido mucha cuenta con que ninguno los mirase, y muy contentos y alegres se volvieron de allí a sus casas. Pero el engañoso compañero, venido el siguiente día, puso en ejecución su pensamiento, y volviendo secretamente al sobredicho lugar, sin que persona del mundo tuviese aliento <sup>1</sup> de ello, cuando el otro estaba más descuidado, se llevó el talegoncico con todo el dinero a su casa. Pocos días después, topando el buen hombre y simple con el bellaco y malicioso le dijo: Paréceme que ya será hora que saquemos de allí y repartamos aquellos dineros, porque yo he comprado una viña y tengo de pagarla, y también he de acudir a otros menesteres que se me ofrecen." El otro le respondió: "Yo ando también en compra de una heredad, y había salido con intento de buscaros por esta ocasión <sup>2</sup>." "No ha sido poca ventura toparnos —replicó el compañero— para poder luego <sup>3</sup> ir juntos como teníamos concertado." "Que vamos en buen hora, dijo el otro." Y sin gastar más razones, se pusieron en camino. Llegados al árbol donde le habían enterrado, por bien que cavaron alrededor, como no hubo remedio de hallarle, no habiendo se-

<sup>1</sup> *aliento*: soplo, la más leve noticia.

<sup>2</sup> *ocasión*: razón, causa.

<sup>3</sup> *luego*: en seguida.

ñal de dinero, el mal hombre que le había robado comenzó a hacer ademanes y gestos de loco, y grandes estremos y quejas, diciendo: "No hay al día de hoy fe ni verdad en los hombres; el que pensáis que os es más amigo, ese os vende mejor. ¿De quién podremos fiar hoy en el mundo? ¡Ah, traidor, bellaco! ¿Esto me tenías guardado? ¿Quién ha podido robar este dinero sino tú? Ninguno había que supiese de él." Aquel simplecillo, que tenía más razón de poderse quejar y de dolerse, por verse despedido en un punto de toda su esperanza, por el contrario, se vió necesitado a dar satisfacción y disculparse; y con grandes juramentos protestaba que no sabía en el robo arte ni parte. Aunque le aprovechaba poco, porque mostrándose más indignado el otro y dando mayores voces, decía: "No pienses que te saldrás sin pagarlo; la justicia, la justicia lo ha de saber y darte el castigo que merece tu maldad." Replícando el otro que estaba libre de semejante delito, se fueron gritando y riñendo delante el juez, el cual, tras haber los dos altercado en su presencia grande rato, preguntó si estaba presente alguno cuando escondieron el dinero. Aquel tacaño<sup>1</sup> mostrando más confianza que si fuera un santo, respondió: "Señor, sí; un testigo había que no sabe mentir; el cual es el mismo árbol entre cuyas raíces el dinero estaba enterrado; éste, por voluntad de Dios, dirá toda la

---

1 tacaño: bribón, picaro, no miserable o avariento como hoy.

verdad cómo ha pasado, para que se vea la falsedad de este hombre y sea la justicia ensalzada." El juez entonces (que quiera que lo moviese) <sup>1</sup> ordenó de hallarse con ambas las partes en el dicho lugar el siguiente día, para determinar allí la causa. Y así por un ministro les hizo mandato, so graves penas, que hubiesen de comparecer y presentarse, dando primero, como lo hicieron, buena seguridad. Parecióle muy a su propósito esta deliberación del juez al malhechor, pretendiendo que cierto embuste que iba tramando tenía <sup>2</sup> por semejante vía efeto. Por donde, volviéndose a su casa y llamando a su padre, le dijo así: "Padre muy amado, un secreto quiero descubrir, que os he tenido hasta agora encubierto, por parecerme que así convenía hacerse. Habéis de saber que yo propio he robado el tesoro que demandando a mi compañero por justicia, para poder sustentarnos a vos y a mi familia con más comodidad. Dense a Dios las gracias y a mi buena industria, que ya está el negocio en punto que sólo con ayudar vos un poquito será sin réplica ninguna nuestro." Y contóle todo lo que había pasado, y lo que había proveído el juez. A lo cual añadió: "Lo que al presente os ruego es que vais <sup>3</sup> esta noche a esconderos en el hueco de aquel árbol, porque fácilmente podréis entrar por la parte de arriba y estar dentro

<sup>1</sup> *que quiera que lo moviese*: es decir, moviéralo lo que lo moviera.

<sup>2</sup> *tenía*: tendría.

<sup>3</sup> *vais*: vayais.

muy a placer sin que puedan veros, porque el árbol es grueso y lo tengo yo muy bien notado. Y cuando el juez interrogare, disimulando entonces vos la voz, que parezca de algún espíritu, responderéis de la manera que conviene." El mal viejo, que había criado a su hijo tal cual era él, se convenció de presto de sus razones, y sin temerse de peligro alguno, aquella noche se escondió dentro del árbol. Vino allí el juez el día siguiente con los dos litigantes y otros muchos que le acompañaban, y habiendo debatido buen rato sobre el negocio, al cabo preguntó al árbol en alta voz quién había robado el tesoro. El ruin viejo, en tono extraordinario y con voz horrible, dijo que aquel buen hombre. Fué cosa esta que causó al juez y a los presentes increíble admiración y estuvieron suspensos un rato sin hablar. Al cabo del cual dijo el juez: "Bendito sea el Señor, que con milagro tan manifiesto ha querido mostrar cuánta fuerza tiene la verdad. Para que de esto quede perpetua memoria, como es razón, quiero de todo punto apurarlo, porque me acuerdo haber leído que antiguamente había ninfas en los árboles; verdad sea que nunca yo había dado crédito a cosas semejantes, sino que lo tenía todo por patrañas y fábulas de poetas; mas agora no sé qué decirme, habiendo aquí en presencia de tantos testigos oído hablar a este árbol. En extremo me holgaría saber si es ninfa o espíritu, y ver qué talle<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *talle*: aspecto, figura.

tiene, y si es de aquella hermosura tan encarecida por los poetas; pues caso que fuese una cosa de éstas, poco mal podríamos nosotros hacerle por ninguna vía." Dicho esto, mandó amontonar al pie del árbol leños secos, que había por allí hartos, y ponerles fuego. ¿Quién podrá declarar cuál se paró<sup>1</sup> el pobre viejo cuando comenzó el tronco a calentarse y el humo a ahogarle? Solo sé decir que se puso entonces con voces muy altas a gritar: "¡Misericordia, misericordia, que me abraso, que me ahogo, que me quemo! Lo cual visto por el juez, y que no había sido el milagro por virtud divina, ni por haber ninfa en el árbol, haciéndole sacar de allí medio ahogado, y castigándole a él y a su hijo según merecían, mandó que le trujesen allí todo el dinero, y entregósele al buen hombre que tan injustamente habían ellos infamado. Así quedó premiada la verdad, y la mentira castigada.

*La verdad finalmente prevalece,  
y la mentira con su autor perece.*

---

<sup>1</sup> cuál se paró: cómo se quedó.

CERVANTES

GANAR AMIGOS

(De *Persiles y Sigismunda*.)

1616.

Este cuento sirve de asunto a la comedia de Ruiz de Alarcón *Ganar amigos*.

Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles o rúas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me había parecido bien una donde me había apeado, al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugués con quien encontré me desvió de sí con tanta fuerza que tuve necesidad de arrojarme al suelo <sup>1</sup>. Despertó el agravio la cólera, remití mi venganza a mi espada, puse mano, púsole el portugués con gallardo brío y desenvoltura, y la ciega noche y la fortuna más ciega, a la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adónde, encaminó la punta de mi espada a la vista de mi contrario, el cual, dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios se sabe. Luego me representó el temor lo que había hecho; pasmémeme; puse en el huír mi remedio; quise huír, pero no sabía adónde; mas el rumor de la gente que me pareció que acudía, me puso alas

---

1 *arrojarme al suelo*: buscar apoyo en el suelo, caer.

en los pies, y, con pasos desconcertados volví la calle abajo, buscando donde esconderme o adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese no me hallase con manifiestos indicios de mi delito.

Yendo, pues, así ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojéme a ella, sin saber con qué designio. Hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada; alargué el paso y entré en otra cuadra, también bien aderezada, y llevado de la luz que en otra cuadra parecía, hallé en un rico lecho echada una señora que, alborotada, sentándose en él, me preguntó quién era, qué buscaba y adónde iba y quién me había dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto. Yo le respondí: “Señora, a tantas preguntas no os puedo responder sino sólo con deciros que soy un hombre extranjero, que, a lo que creo, dejó muerto a otro en esa calle, más por su desgracia y su soberbia que por mi culpa. Suplícoos, por Dios y por quien sois, que me escapéis del rigor de la justicia que pienso que me viene siguiendo...”

“¿Sois castellano?” —me preguntó en su lengua portuguesa—. “No, señora —le respondí yo—, sino forastero y bien lejos de esta tierra.” “Pues, aunque fuérades mil veces castellano —replicó ella—, os librara yo, si pudiera, y os libraré, si puedo. Subid por cima de este lecho, y entraos debajo<sup>1</sup> de este ta-

1 debajo: detrás.

piz, y entraos en un hueco que aquí hallaréis; y no os mováis, que si la justicia viniere me tendrá respeto y creará lo que yo quisiere decirles.”

Hice luego lo que mandó: alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento, y comencé a encomendarme a Dios lo mejor que pude; y estando en esta confusa aflicción entró un criado de casa, diciendo casi a gritos: “Señora, a mi señor don Duarte han muerto; aquí le traen pasado de una estocada de parte a parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador ni la ocasión<sup>1</sup> de la pendencia, en la cual apenas se oyeron los golpes de las espadas; solamente hay un muchacho que dice que vió entrar un hombre huyendo en esta casa.” “Ese debe ser el matador, sin duda —respondió la señora—, y no podrá escaparse. ¡Cuántas veces temía yo ¡ay desdichada! ver que traían a mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podían esperar sino desgracias!”

En esto, en hombros de otros cuatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo, delante de los ojos de la afligida madre, la cual con voz lamentable comenzó a decir: “¡Ay, venganza y cómo estás llamando a las puertas del alma! Pero no consiente que responda a tu gusto que yo tenga que guardar mi palabra. ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprietas mucho!”

---

1 *ocasión*: causa.

Considerad, señores, cual estaría mi corazón oyendo las apretadas razones de la madre, a quien la presencia del muerto hijo me parecía a mí que le ponía en las manos mil géneros de muerte con que de mí se vengase, que bien estaba claro que había de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿qué podía hacer yo entonces sino callar y esperar en la misma desesperación? Y más cuando entró en el aposento la justicia que, con comedimiento, dijo a la señora: "Guiados por la voz de un muchacho que dice que se entró en esta casa el homicida de este caballero nos hemos atrevido a entrar en ella." Entonces yo abrí los oídos y estuve atento a las respuestas que daría la afligida madre, la cual respondió, llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana: "Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no, a lo menos, en esta estancia; por allá le pueden buscar, aunque plegue a Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas cuando las injurias no proceden de malicia." Volvióse la justicia a buscar la casa, y volvieron en mí los espíritus que me habían desamparado. Mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen y desde luego diesen orden en su sepultura; mandó asimismo que la dejasen sola, porque no estaba para recibir consuelos y pésames de infinitos que venían a dárselos, así de parientes como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó a una doncella suya que, a lo que pare-

ció, debió de ser de la que más se fiaba, y habiéndola hablado al oído, la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta; ella lo hizo así, y la señora, sentándose en el lecho, tentó el tapiz y, a lo que pienso, me puso las manos sobre el corazón, el cual, palpitando aprieta, daba indicios del temor que lo cercaba; ella viendo lo cual, me dijo con baja y lastimada voz: "Hombre, quienquiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos y, finalmente, la vida que me sustentaba; pero, porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra a mi venganza; y así, en cumplimiento de la promesa que te hice de librarte cuando aquí entraste, has de hacer lo que ahora vendrá aquí: ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos, no me obligues a que te conozca, y sal de ese encerramiento, y sigue a una mi doncella que ahora vendrá aquí, la cual te pondrá en la calle y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio. No eres conocido, no tienes ningún indicio que te manifieste; sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir al delincuente."

En esto volvió la doncella; yo salí detrás del paño cubierto el rostro con la mano, y, en señal de agradecimiento, hincado de rodillas, besé el pie de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella, que allí mismo, callando, me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardín, a oscuras, me

puso en la calle. En viéndome en ella, lo primero que hice fué limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso <sup>1</sup> a una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me entré en ella, como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso. Contóme el huésped la desgracia del recién muerto caballero, y así exageró la grandeza de su linaje, como la arrogancia de su condición, de la cual se creía le habría granjeado algún enemigo secreto que a semejante término le hubiese conducido.

Pasé aquella noche dando gracias a Dios de las recibidas mercedes y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora; salí por la mañana al río, y hallé en él un barco lleno de gente que se iba a embarcar en una gran nave que en San Gian <sup>2</sup> estaba de partida para las Islas Orientales; volvíme a mi posada, vendí a mi huésped la cabalgadura, y cerrando todos mis discursos en el puño <sup>3</sup> volví al río y al barco y otro día <sup>4</sup> me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba.

<sup>1</sup> *acaso*: por casualidad.

<sup>2</sup> *San Gian* (San Julián): lugar de la margen derecha de la desembocadura del Tajo, con el fuerte del mismo nombre.

<sup>3</sup> *cerrando... mis discursos en el puño*: no hablar palabra.

<sup>4</sup> *otro día*: al día siguiente.

## VICENTE ESPINEL

(1550-1624)

Natural de Ronda. Estudió en Salamanca. Muchos creen que su novela de aventuras y costumbres, *La Vida del Escudero Marcos de Obregón*, contiene bastantes datos autobiográficos. Pero esta es una cuestión no demostrada todavía. Recibió las órdenes sacerdotales en Málaga y ocupó algunos cargos eclesiásticos. Músico, poeta y novelista fué estimadísimo en su tiempo, y le tuvieron por especial amigo los duques de Alcalá y de Alba y celebrados escritores. Murió en Madrid.

### LOS DOS ESTUDIANTES

(De la *Vida del Escudero Marcos de Obregón*.)

1618.

Este cuento fué traducido casi literalmente por Lessage en el comienzo de su *Gil Blas de Santillana*.

Dos estudiantes iban a Salamanca desde Antequera; uno muy descuidado, otro muy curioso<sup>1</sup>; uno muy enemigo de trabajar y saber, otro muy vigilante y escudriñador de la lengua latina; y aunque muy diferentes en todas las cosas, en una eran iguales: que ambos eran pobres. Caminando una tarde del verano por aquellos llanos y vegas, pereciendo de sed, llegaron a un pozo donde, habiendo refrescado, vieron

---

1 curioso: cuidadoso.

una pequeña piedra, escrita en letras góticas a medio borradas <sup>1</sup> por la antigüedad y por los pies de las bestias que pasaban y bebían, que decían dos veces: *Conditur unio, conditur unio*. El que sabía poco, dijo: “¿Para qué esculpió dos veces una cosa este borracho? <sup>2</sup>”, que es de ignorantes ser arrojadizos. El otro calló que no se contentó con la corteza <sup>3</sup>, y dijo: “Cansado estoy y temo la sed; no quiero cansarme más esta tarde.” “Pues quedaos como poltrón”, dijo el otro. Quedóse, y habiendo visto las letras, después de haber limpiado la piedra y descortezado el entendimiento <sup>4</sup>, dijo: “*Unio* quiere decir unión, y *unio* quiere decir perla preciosísima; quiero ver qué secreto hay aquí.” Y apalancando lo mejor que pudo, alzó la piedra, donde halló la unión del amor de los dos enamorados de Antequera <sup>5</sup>, y en el cuello de ella una perla más gruesa que una nuez, con un collar que le valió cuatro mil escudos. Tornó a poner la piedra y echó por otro camino.

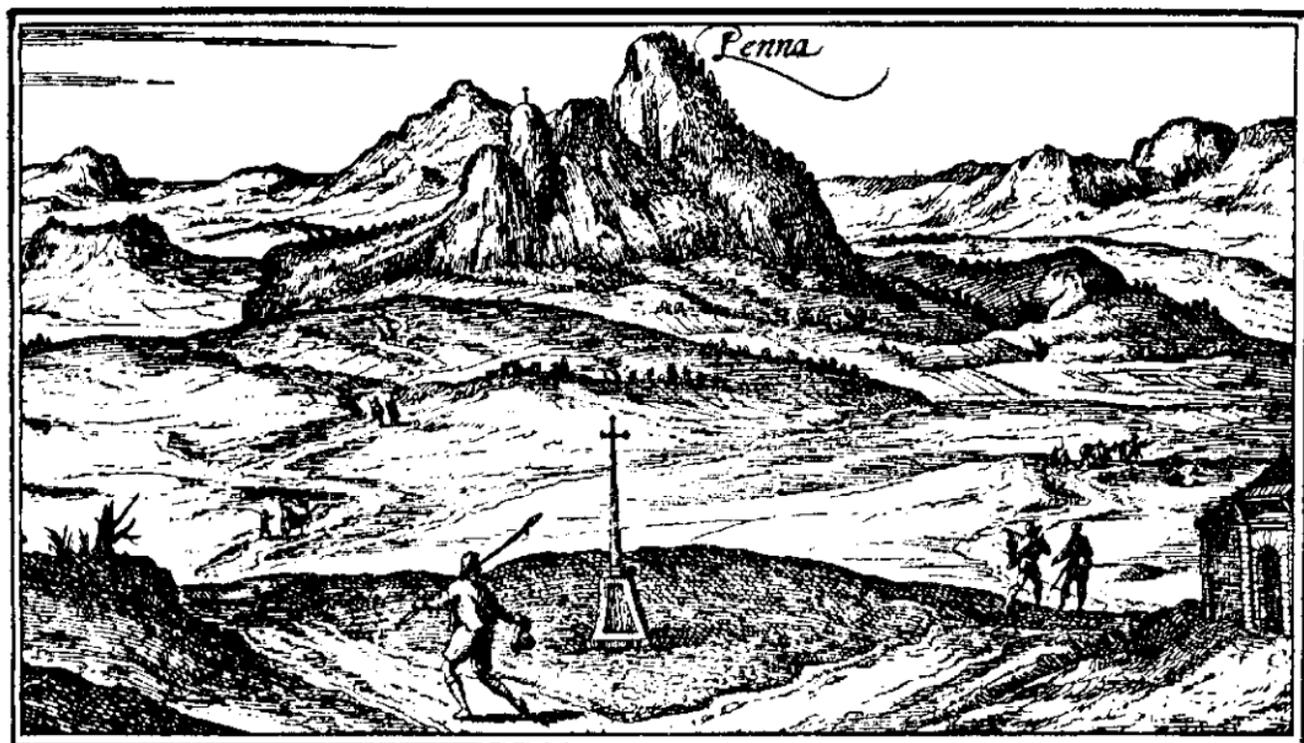
1 a medio borradas: medio borradas o a medio borrar.

2 este borracho: es decir, este tonto, que ha hecho cosas sin sentido.

3 no se contentó con la corteza: esto es, quiso reflexionar y ahondar en el significado de lo escrito.

4 entendimiento: sentido, significación.

5 La historia de los dos enamorados de Antequera fué tema de muchos poetas y novelistas del siglo xvii. Entre Archidona y Antequera se alza una escarpada roca que la tradición conoce con el nombre de Peña de los Enamorados.



La Peña de los Enamorados. (De un dibujo del siglo xvii.)



## LOPE DE VEGA

### UNA ANECDOTA

(De la comedia *El verdadero amante*. Dedicatoria a su hijo, Lope de Vega, 1620.)

En una de aquellas famosas librerías de Sevilla pidió el padre fray Luis de León una Biblia, si acaso la tenían, hebrea. Dióselo el dueño, admirado de que la pidiese y mucho más de vérsela leer en alta voz. Pero llevando consigo un sobrino suyo, ingenio singular y del mismo hábito, pidió otro cualquier libro, si acaso le tenían, en la lengua hebrea.

Dióle el librero los Salmos de David, de maravillosos caracteres e impresión del excelente Plantino<sup>1</sup>; y comenzando a leer disparates, porque ignoraba la lengua, entonces volvió<sup>2</sup> fray Luis a reprenderle airado; a quien el sobrino dijo: "Déjeme vuesa paternidad, que para el señor librero tan hebreo es esto como esotro."

---

1 *Plantino*. Célebre impresor de Amberes del siglo xvi. Su taller se conserva actualmente en Amberes con el nombre de Museo Plantino.

2 *volvió*: se volvió.

TIRSO DE MOLINA

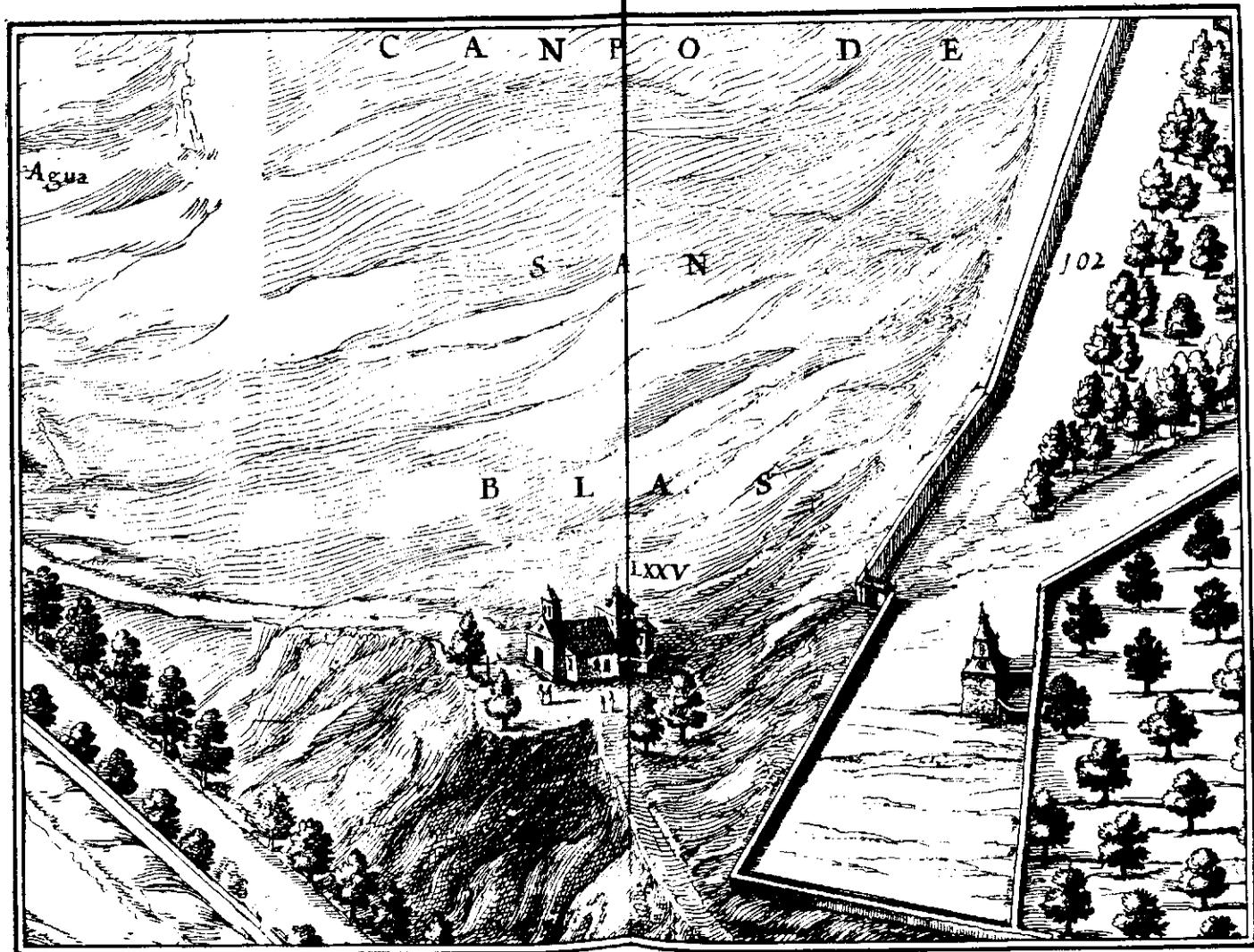
LOS TRES MARIDOS BURLADOS

(De *Los Cigarrales de Toledo*.)

1621.

En Madrid, hija heredera emancipada de nuestra Imperial Toledo, que habiéndola puesto en estado y casado sucesivamente con cuatro Monarcas del mundo (uno Carlos V y tres Filipos), agora que se ve Corte, menos cortesana y obediente que debiera, quebrantando el cuarto mandamiento, le usurpa, con los vecinos que cada día le soborna, la autoridad de padre tan digno de ser venerado— vivían pocos tiempos ha tres mujeres hermosas, discretas y casadas: la primera, con el cajero de un caudaloso ginovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los medios días a comer y las noches a dormir; la segunda tenía por marido a un pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba, más había de un mes, en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella Corte, sin permitirle sus tareas más tiempo para su casa que al primero, pues las fiestas que daban treguas a sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunica a sus profesores; y la tercera padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupación que de martirizar a la





La ermita y campo de San Blas. Al lado el monasterio de Atocha, de dominicos. (De un plano de Madrid de 1656.)



pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaba <sup>1</sup> lo suficiente para pasar, con la labor de la afligida mujer, con mediana comodidad, la vida.

Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque agora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente, los maridos profesaban la misma amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban a visitar a la mujer del celoso; porque la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas, y ellos los días de fiesta, o en la comedia o en la esgrima y juego de argolla <sup>2</sup>, andaban de ordinario juntos.

Un día, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso contándoles ella sus trabajos, habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el día de San Blas <sup>3</sup>, que se acercaba, salir al sol y a ver al Rey, que se decía iba a Nuestra

---

1 *les rentaba*: verbo en singular. Es una construcción que se da a veces en español en determinadas circunstancias.

2 *en la comedia*, o sea en los corrales de comedias de la Cruz o de la Pacheca. *En la esgrima*, o sea en los corrillos que en plazas y encrucijadas se formaban alrededor de los maestros de esgrima que daban lecciones de su arte. *En el juego de argolla*, o sea en cualquier huerta o plaza donde se jugaba a esta especie de juego de bolos, que empujados con unas palas tenían que pasar por una argolla clavada en el suelo.

3 Día de San Blas, el 3 de febrero, día de fiesta y jolgorio en el antiguo Madrid.

Señora de Atocha <sup>1</sup> aquella tarde, y por ser un día de Jueves de compadres <sup>2</sup>, llevar con qué celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de esta fiesta, que, aunque no está en el calendario, se soleniza mejor que las de Pascua; habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella.

Cumplióse el plazo y la merienda, después de la cual, asentadas ellas al sol, que le hacía apacible, oyendo muchas quejas de la malmaritada <sup>3</sup>, y ellos jugando a los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que, reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura a un rincón de ella, dijese la mujer del celoso:

—¡Válgame Dios! ¿Qué será aquello que brilla tanto?

Miráronla las dos, y dijo la del cajero:

—Ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí a alguna de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes días <sup>4</sup>.

Acudió solícita a examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino que a los reflejos del sol parece

<sup>1</sup> El convento de Atocha estaba donde hoy el panteón de hombres ilustres.

<sup>2</sup> *Jueves de compadres*: el jueves antepenúltimo antes de Carnaval, se echan suertes para ser compadres durante el año.

<sup>3</sup> *malmaritada*: desgraciada con su marido.

<sup>4</sup> Desde la Puerta de Atocha hasta el convento del mismo nombre había muchas huertas donde los madrileños salían de merienda y fiesta.

que se transformaba en él. Acodiciéronse las tres amigas al interés que prometía tan rico hallazgo; y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que habiéndolo sido en verle, tenía más acción<sup>1</sup> que las demás a poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fué, no había razón de usurpársele, y la tercera replicaba a todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que a las demás.

Pasara tan adelante esta porfía, que viniendo a noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran<sup>2</sup> en ellos alguna pendencia sobre la acción que pretendía cada una de ellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera:

—Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse. El venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga a noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés o sobre su entera posesión riñan y sea esta sortija la manzana de la discordia<sup>3</sup>. Pero ¿quién de nosotras será

<sup>1</sup> acción: derecho.

<sup>2</sup> ocasionaran: dieran ellas ocasión a una pendencia entre ellos.

<sup>3</sup> Alusión mitológica a la manzana de oro que la Discordia arrojó a las tres Gracias y que Paris juzgó digna de Venus, iniciando aquella rivalidad entre ella y Juno, que fué origen de la guerra de Troya.

su fiel depositaria, sin que las demás se agravien? Allí está paseándose con otros caballeros el conde mi vecino. Comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.”

—Soy contenta —dijo la cajera—; que ya le conozco, y fío de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.

—Yo y todo <sup>1</sup> —respondió la mal casada—. Pero ¿cómo me atreveré a informarle de mi justicia, estando a vista de mi escrupuloso viejo, siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos <sup>2</sup> tras ellos?

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demás gente a verle. Y aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución de él antes que sus maridos volvieran y el más celoso llevase qué reñir a casa, poniéndole la sortija en las manos, para que la diese a quien juzgase merecerla.

Era el conde de sutil entendimiento; y con la cordedad del término que le daban, respondió:

—Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva a quitársela a las demás. Pero, pues habéis compro-

<sup>1</sup> y todo: significa también.

<sup>2</sup> juego de manos: paliza, malos tratamientos.

metido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla a su marido, y a la que en ella se mostrare más ingeniosa, se le entregará el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él. Y porque vuelven vuestros dueños, manos a la labor, y adiós.

Fuese el conde, cuya satisfacción<sup>1</sup> abonó la seguridad de la joya, y su codicia les persuadió a cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos. Y porque ya la cortedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron todos a sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecros, para estudiar por ellos uno que la sacase vitoriosa en la agudeza y posesión del ocasionador diamante<sup>2</sup>.

El deseo del interés pudo tanto en la del codicioso cajero, que, habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo a su marido la que sigue:

Vivía en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras<sup>3</sup> los sucesos de las casas ajenas. La astuta cajera quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios, para lo cual le dijo que para cierto fin ridículo con que quería regocijar aquellas Carnesto-

---

1 *satisfacción*: seguridad, confianza plena en él.

2 *ocasionador diamante*: diamante, causa de la cuestión.

3 *sacar por figuras*: adivinar mediante sus cálculos astronómicos.

lendas, le importaba hiciese creer a su marido que dentro de veinticuatro horas pasaría de esta vida a dar cuenta a Dios de la que hasta entonces había mal empleado. Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretensión. Y mientras ella, llamando al pintor amigo y celoso necio, concertó con ellos lo que habían de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo encontradizo con el ignorante cajero, que cansado de pagar letras se venía a acostar, le dijo:

—¡Mala color traéis, vecino! ¿Sentís acaso alguna mala disposición en vos?

—¡Gracias al cielo —le respondió—, si no es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellón<sup>1</sup>, no me he sentido más bueno en mi vida.

—La color, a lo menos —replicó—, no conforma con vuestra satisfacción. Dadme acá ese pulso.

Diósele turbado el ignorante vecino. Y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo:

—Vecino mío, cuando<sup>2</sup> yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos. No lo fuera yo vuestro

<sup>1</sup> *vellón*: calderilla, moneda de cobre.

<sup>2</sup> *cuando*: aunque.

si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os da. Disponed de vuestra hacienda y casa, o lo que importa más, de vuestra alma. Porque yo os digo por cosa infalible, que mañana a estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia que con los libros de caja de vuestro dueño.”

Entre turbado y burlón le respondió el pobre moscatel <sup>1</sup>:

—Si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus temporales <sup>2</sup>, más larga vida me prometo de lo que imaginaba.

—Ahora bien —replicó el astrólogo—, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo. Haced vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo.”

Y dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

Turbado y confuso guió a su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podía temer algún asalto repentino y mortal. Pero hallándolo todo en su debida disposición, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose de él y medio temeroso entró en su casa, y sin decir nada a su esposa, por

---

1 *moscatel*: tonto, inocente.

2 *temporales*: las alternativas de bueno o mal tiempo.

no darla pena, pidió de cenar, que le trujo ella diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se había dado principio a aquel estratagemá. Comió poco y mal. Y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó a desnudar, suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenía, fingiendo sentimientos amorosos, la codiciosa burladora, a que satisfizo fingiendo disgustos con el ginovés, que le habían desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo. Acostáronse, y fué aún menos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingía dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó más de lo ordinario, algo descolorido. Y acudiendo a su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel día, que no pudo ir a comer a su casa, dándosele en la del ginovés su amo.

Al anochecer, cuando se tornaba a su posada, estaban a la esquina de una calle, por donde forzosamente había de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo, con dos o tres hombres prevenidos por el pintor a instancias de la dicha cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oírlos:

—Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno —que así se llamaba el escuchante.

—Lastimosa —respondió el otro clérigo—, pues le hallaron muerto en su cama esta mañana, estan-

do su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía.

—Lo peor —dijo otro del corrillo— que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.

—¡Dios tenga misericordia de su alma —replicó el cuarto—, que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegundar el matrimonio! Y vámonos a acostar, que hace mucho frío.

Iba el pobre Lucas Moreno a satisfacerse<sup>1</sup> de ellos y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día. Pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron, dejándole con la turbación que podéis imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo, como que proseguían la plática de su muerte:

—¡No me quiso creer a mí cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinticuatro horas! ¡Hacen burla los ignorantes de la evidente ciencia de la Astrología! ¡Tómese lo que le vino; que yo sé que es esta la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito!

Respondió el pintor:

—Era notablemente cabezudo el mal logrado de

---

<sup>1</sup> *satisfacerse*: cerciorarse.

Lucas Moreno, y no poco glotón. Debió de comer alguna fiambre ginovesa y daríale alguna apoplejía. ¡Dios le tenga en su gloria y consuele a su afligida mujer, que cierto que habemos perdido un buen amigo!

No pudo sufrirlo el confuso cajero, y llegándose a ellos les dijo:

—¡Señores! ¿Qué es esto? ¿Quién me hace las honras en vida, o tomando mi forma se ha muerto por mí? ¡Que yo bueno me siento, gracias a Dios.

Echaron a huír entonces todos, fingiendo espantosos asombros, dejándole con esto a pique de sacarlos verdaderos, según el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

Prosiguió, medio desmayado y sin pulsos, hasta cerca de su casa, y junto a ella vió al amigo celoso, que fingía salir de ella, y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hízosele contradizo, y al emparejar con él volvió los pasos atrás, y haciéndose mil cruces, fuése huyendo, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra.

—“¡Alto! ¡No hay más! ¡Yo debo de haberme muerto! —decía entre sí muchas veces— ¡Dios debe de enviarme a esta vida en espíritu para que disponga de mi hacienda y haga testamento! Todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y según esto, debe de ser verdad. Pero si dicen que el más amargo trago es el

de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse, sin duda, por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero... ¿si fuese alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos de verme, sino ellos. ¡Válgate Dios por muerte tan a poca costa!<sup>1</sup>

Haciendo estos discursos desvariados llegó a su casa, y hallándola cerrada, llamó con grandes golpes. La noche estaba fría y oscura, y la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que había de hacer y avisada de lo que había pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido a dos criados que vivían en ella. La moza era tan bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada:

—¿Quién está ahí?

—¡Abreme, Casilda! —dijo el difunto vivo.

—¿Quién llama —replicó— a esta hora en casa donde sólo vive el desconsuelo y la viudez?

—¡Acaba ya, necia —volvió a decir—, que soy tu señor! ¿No me conoces? ¡Abre, que llovizna y hace más frío del que permite este lugar!

—¿Mi señor? —respondió ella—. ¡Pluguiera a Dios! ¡Ya está en parte donde, por lo que sabía de

---

<sup>1</sup> El sentido es: ¡Vaya una muerte fácil!; ¡vaya usted a creer en ella!

cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno (que allí todas se pagan a letra vista), si Dios no ha tenido misericordia de su ánima!

No pudo entonces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte. Y así, dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demás que había encontrado en la calle. Salió a ellas la mujer en hábito de viuda recoleta <sup>1</sup>, fingiéndose alborotada. Y en viéndole se cayó desmayada, diciendo: “¡Jesús, qué veo!” Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, la llevó en brazos a la cama, echándola en ella; que aunque lo sentía todo, se daba por medio difunta. La moza se encerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían o no los del otro mundo, abrió un escritorio <sup>2</sup> y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova que ayudó a pasar con los empellones de una bota cuya alma le había infundido la Membrilla <sup>3</sup>, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida pues hallaban tal ayuda de

<sup>1</sup> *viuda recoleta*: de riguroso luto.

<sup>2</sup> *escritorio*: lo que hoy también llamamos bargueño.

<sup>3</sup> *la Membrilla*: pueblo de Ciudad Real, muy conocido por sus vinos.

costa los que caminaban por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazón desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, si no a las barbas, a la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose a zancadillas<sup>1</sup> y en fin, se acostó entre desmayado y lo otro<sup>2</sup>, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un lagar. El durmió hasta la mañana, soñando infiernos, purgatorios y glorias. Y entre tanto vinieron los burlones amigos a informarse de lo que pasaba de la criada, y celebrando la buena elección que el difunto había hecho amortajándose por de dentro, de pies a cabeza, con las telas que teje Baco.

Amaneció (viendo que todavía estaba durmiendo su marido) la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil<sup>3</sup> viudo y las hipócritas tocas. Compuso la cara de fiesta, y volviendo a la cama, despertó al aparente finado, diciéndole:

—¿Hasta cuándo habéis de dormir, marido mío?  
¿Aún no se han digerido los humos con que anoche os acostastes?

Estremecióle los brazos, tirándole de las narices,

<sup>1</sup> a zancadillas: a traspiés.

<sup>2</sup> y lo otro: y borracho.

<sup>3</sup> monjil viudo: monjil de viuda era una toca blanca, como la de las monjas de hoy.

con que dando bostezos volvió en sí; y viendo a su mujer tan compuesta, la casa de regocijo y sin lamentos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo:

—Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú también muerto como yo, y en fe del amor que me tenías en el siglo<sup>1</sup>, y te ha sacado de él, vienes a celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad o cómo salí de la otra vida? Que ¡vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni a qué partes me ha echado el cielo! ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trujo a mi escritorio, que yo anoche saqué de él provisión bastante a consolar la soledad que sin ti sentía por estos países no conocidos?

—¡Buen humor —respondió la astuta fisgona—<sup>2</sup> crían en vos, marido mío, las Carnestolendas! ¿Qué chilindrinas<sup>3</sup> son ésas? ¡Acabad, levantaos, que ha enviado a llamaros el ginovés dos veces!

—Luego ¿no estoy muerto ni me enterraron ayer? —replicó él.

—En vos, a lo menos —respondió entonces ella—, debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de macilenta, pues decís esos disparates.

—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida

1 siglo: vida.

2 fisgona: burlona.

3 chilindrines: burlas, bromas.

—volvió a decir—, es verdad que anoche la hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el tiniente<sup>1</sup>, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.

—¡Acabad ahora de ensartar chanzas —replicó ella—; que os llama nuestro ginovés!

—Luego ¿también los hay acá? —preguntó él—. No debo yo de estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios<sup>2</sup> y se hospedan trampistas.

—Dejémonos de pullas —dijo Polonia—, y levantaos de ahí; que parece que habláis de veras, y estáis echando bernardinas<sup>3</sup>.

—¡Mujer, por nuestro Señor —respondió Lucas Moreno—, que ha veinticuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado! Preguntádselo a Casilda, al tiniente cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, a Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, a vos misma, viuda anoche y enlutada, y agora, a lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento a la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida; y sin saber cómo, de la suerte que yo estáis en ésta y no lo acabáis de creer.

—¿Qué tropelías<sup>4</sup> son éstas, marido mío? —dijo

---

1 *tiniente*: el teniente cura.

2 *cambios*: casas de banca, prestamistas.

3 *bernardinas*: palabras sin sentido.

4 *tropelías*: trampantojos, mutaciones de las cosas por arte de magia.

la fingida turbada—. ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos, u otros mundos son éstos?... Casilda: llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado a mi buen Lucas Moreno.

No sabía qué se decir el atronado<sup>1</sup> marido, ni si estaba loco, muerto o vivo, ni la mujer podía sacarle de que era espíritu que volvía a poner orden en su hacienda.

En esto entraron los dos ayudantes de la burla; y refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron —no sin reírse— de que estaba no sólo en este mundo, pero en Madrid y su casa, y que si daba todavía en su tema, pararía en la del Nuncio<sup>2</sup>. Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con que él, consolado de que vivía, y airado de que le tuviesen por loco, les dijo:

—Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huíste de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesión de penitentes?

—¿Vos me vistes a mí? —replicó el astrólogo—. ¿Cómo puede eso ser, si estuve encerrado todo el día en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?

<sup>1</sup> *atronado*: aturdido.

<sup>2</sup> *la del Nuncio*: así era llamada la casa de locos de Toledo. Esta y la de Zaragoza eran las más famosas de España.

—Yo a lo menos —dijo el pintor— no salí del monasterio donde trabajo hasta las once de la noche.

—Pues yo —respondió el viejo— tampoco vi ayer la calle, ocupado en despachar un proprio a la Montaña, mi tierra.

—Peor está que estaba <sup>1</sup> —dijo el casi loco de veras—. Vos, señor vecino, ¿no me dijistes anteyer por la noche que según el mal color, los índices <sup>2</sup> del pulso y pronóstico de vuestras figuras, había de morirme dentro de veinticuatro horas?

—¿Yo? —replicó él—. ¿Pues ha más de cuatro días que no nos vemos, y agora salís con eso? Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debéis de haber soñado esta noche.

—¿Como ello sea sueño, y no pura verdad —replicó—, yo haré la costa del Martes de Carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo!

—¿Acetamos la fiesta! —respondieron todos—. Y para que os acabéis de desengañar, vestíos y vamos a oír misa a la parroquia. Veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente.

Hizolo así el incrédulo finado. Y para no cansaros, le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el día pasado tratar de su entierro que con los demás amigos. Riyéronse y diéronle picones <sup>3</sup>, que por no

<sup>1</sup> *peor está que estaba*: frase tradicional que sirvió de título a una comedia de Calderón.

<sup>2</sup> *índices*: indicios o indicaciones.

<sup>3</sup> *dar picones*: bromas o remoquetes sobre el tema de la burla. También se decía dar cordelejo.

hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, después de haber cumplido con el convite, a que se ausentase de Madrid a negocios del ginovés por quince días, dando en ellos lugar al olvido, que en la Corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no dijese el misterio de ella a su marido, sino que le persuadiesen a que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa de ella.

Entretanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moría la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena salida que había tenido la de su competidora. Para lo cual, concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse a costa ajena, le envió el jueves siguiente a la plazuela de la Cebada<sup>1</sup> a que comprase una puerta de las muchas que tales días traen a vender allí, que fuese a medida de la que en su casa salía a la calle y por vieja pedía la jubilasen. Trújola con todo secreto, de noche. Y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlón hermano de lo que había de hacer, y le en-

---

<sup>1</sup> *Plazuela de la Cebada.* Donde hoy se levanta la plaza de abastos principal de Madrid había una plazoleta irregular donde se celebraba los jueves una especie de feria de cosas viejas y nuevas, por el estilo de la que aún dura en los mismos días en Sevilla.

cerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas después su marido, quedándose en el monesterio donde pintaba los aprendices que tenía moliendo colores<sup>1</sup>, porque se había de acabar el retablo para la Pascua y era necesario darse prisa. Recibióle Mari-Pérez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano porque le importaba madrugar, y durmieron hasta la media noche —digo el descuidado marido, que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas—; y llegada aquella hora, comenzó a dar voces y quejarse a gritos la engañosa casada, diciendo:

—¡Jesús, que me muero! ¡Marido mío, mi hora es llegada! ¡Tráiganme confesión presto, presto, que me muero!

Y otros extremos semejantes que saben hacer las mujeres cuando se les antoja. Preguntábala compasivo su compañero lo que tenía, respondiendo sólo:

—¡Jesús! ¡Madre de Dios! ¡Que me muero! ¡Confesión! ¡Sacramentos! ¡Que perezco!

Levantóse a las voces una sobrina que tenía en casa a suplir los ministerios de una criada, y era partícipe en el engaño; la cual, llorando de verla así, aplicándola paños calientes, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes,

---

<sup>1</sup> *moliendo colores*: los colores para la pintura al óleo no estaban preparados en tubos, como actualmente, sino en pasta dura que era preciso moler antes de ser preparada por el pintor.

sin que el dolor cesase, porque la enferma no quería, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del pintor) a que se levantase harto contra su voluntad, coligiendo de la complexión<sup>1</sup>, que en su mujer conocía, y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era mal ocasionado de una ensalada que había cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habían puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentase de tales excesos; y ella le dijo medio ahogada:

—No es hora, Morales, agora, de reprender lo que no se puede remediar. Vayan a llamar a la comadre Castejona, que sabe mi complexión, y ella sola puede aplicarme con qué se me alivie este mal rabioso, o si no, ábrame la sepultura.

—¡Mujer mía! —respondió el afligido esposo—. La Castejona se ha ido a vivir junto a 'la puerta de Fuencarral<sup>2</sup>. Nosotros estamos en Lavapiés; la noche es de invierno, y si no mienten las goteras<sup>3</sup>, o llueve o nieva. Aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabemos que se querrá levantar? La otra vez que os apretó ese achaque, me acuerdo yo que fué con dos onzas de triaca de esmeralda caliente<sup>4</sup> en la cáscara de media naranja,

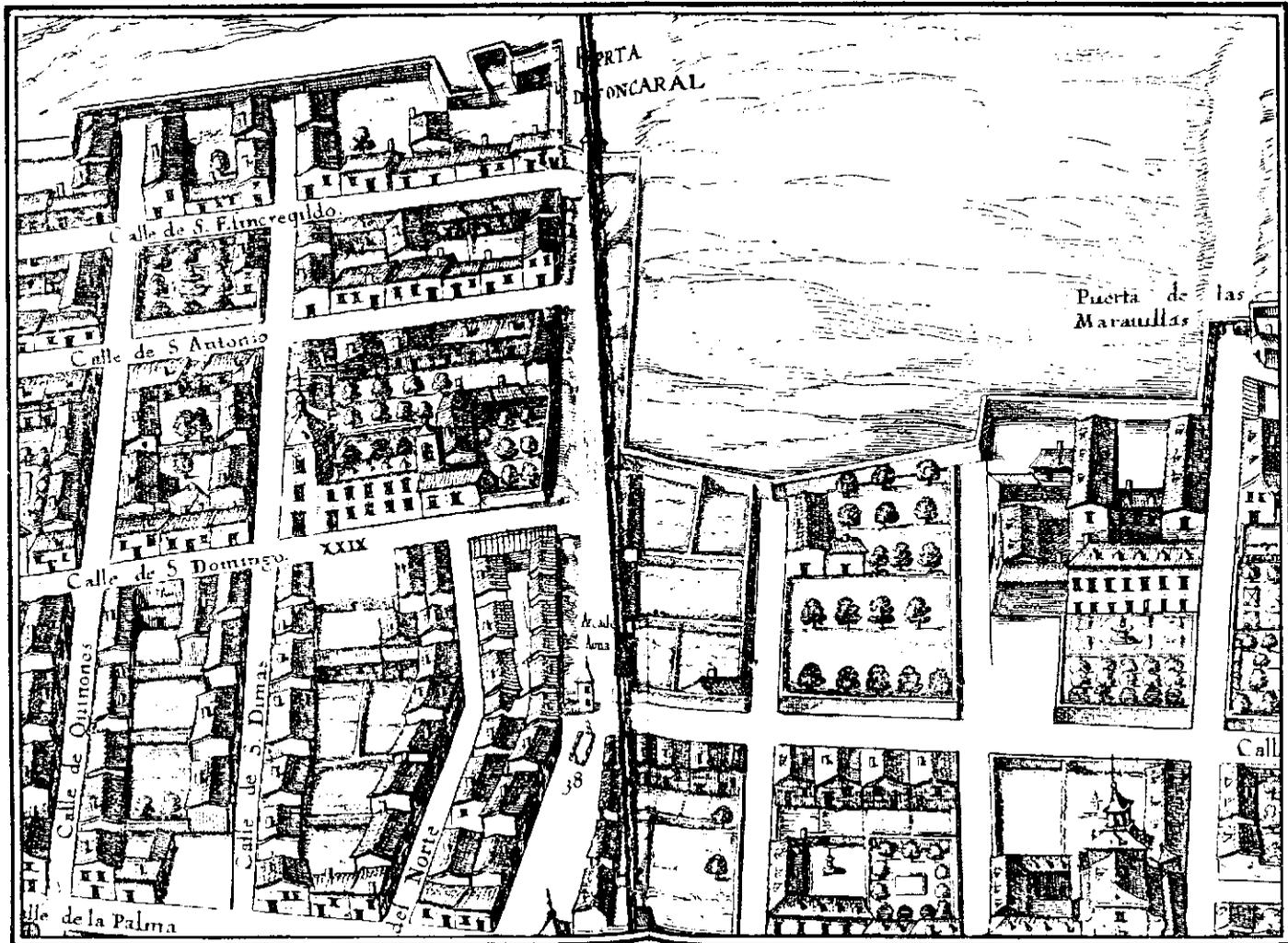
<sup>1</sup> *complexión*: temperamento o estado ordinario de salud.

<sup>2</sup> *la Puerta de Fuencarral*: no estaba al terminar la calle del mismo nombre, sino en la Glorieta de San Bernardo.

<sup>3</sup> *goteras*: canales.

<sup>4</sup> *triacá de esmeralda*: contraveneno confeccionado con pol-





La Puerta de Fuencarral. (De un plano de Madrid de 1656.)



y puesta en la boca del estómago. Yo iré a la botica por ella. ¡Por amor de Dios que os soseguéis y no me consintáis hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil y yo tengo de volver con otro mal peor que el vuestro.

Comenzóse a quejar entonces más recio que nunca y a decir:

—¡Bendito sea Dios, que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren qué imposibles le pido, qué enterrarse conmigo si me muero, qué sangre de sus brazos, qué desperdicios<sup>1</sup> de su hacienda, sino que me llame a una comadre a costa de mojarse un par de zapatos! Ya yo sé que deseáis vos renovar matrimonio, y que a cada grito que yo doy dais vos una cabriola en el corazón, y por eso excusáis cualquiera diligencia que estorbe vuestros deseos y mis dolores. Volved a acostaros, sosegad y dormid; que si yo me muere, declarado dejaré que me diste solimán<sup>2</sup> en la ensalada de anoche.

—¡Mujer, mujer —respondió el marido—, menos libertades; que no tienen esos males exenciones de atrevimientos, y podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas a las espaldas!

—¿Palos a mi señora tía? —dijo la doncella taimada—. ¡Malos años para vuesa merced y para quien no le sacara los ojos primero con estas uñas.

vos de esmeralda molida. Las piedras preciosas y el oro entraban en la confección farmacéutica muy a menudo.

1 *desperdicios*: dispendios, gastos.

2 *solimán*: sublimado, veneno.

Iba el pintor a que pusiese la postura<sup>1</sup> a no sé cuantos pretinazos la sacudida<sup>2</sup> moza, que excusó huyendo; y dando mayores gritos, con alharacas mortales, volvió a pedir la doliente, confesión, comadre, sacramentos...

—¡Que me muero! ¡Ay, que me han dado rejalgar!<sup>3</sup> ¡Jesús!

Temió alguna burla más pesada de lo que sin saberlo le comenzaban a hacer el enojado Morales, y que si se moría dejando fama que él la había hecho la costa<sup>4</sup> era echar la sogá tras el caldero; y hubo de apaciguarla con caricias y amores, y encender una linterna, bien necesaria para la escuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa aguadera, la capilla<sup>5</sup> sobre el sombrero, y salir en busca de la comadre Castejona, registrándole las goteras que despachaban los tejados a cántaros. Sabía el buen Morales que se había pasado la dicha comadre a Fuenarral, pero no a qué parte; y lloviendo, como os he dicho, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés a aquel barrio, la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio, juzgad vosotros si se tardaría buen espacio de tiem-

1 *poner la postura*: presentar las espaldas a los azotes.

2 *sacudida*: repondona, malhumorada.

3 *rejalgar*: veneno, cosa amarguísima.

4 *hacer la costa*: es pagar los gastos, o sea, en esta frase, poner los medios para la muerte de la mujer.

5 *capilla*: capucha que tenían las capas aguaderas.

po en hallar lo que buscaba y no había menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo a la enferma de bellaquería y no de males de estómago; la cual, en viendo fuera de casa a su buscón marido, llamó a su hermano, que estaba escondido en la cueva<sup>1</sup> con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba y se había ajustado a los quicios y medido de suerte que, sin ruido, se asentó como de molde. Encima de ella, en el frontispicio, clavaron una tabla mediana, y escrito en campo blanco<sup>2</sup>: *Casa de posadas*: Hecho esto, trujo una catterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mujeres; dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de en casa de un figón cena, celebrando con bailes y vino el naufragio del pobre buscacomadres, que sin hallar la Castejona, no hizo más de<sup>3</sup> importunar aldabas y despertar vecinos.

Con el agua a media pierna y la paciencia al gollete<sup>4</sup>, llegó nuestro pintor a su casa. Y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que pasaba dentro, pensando que la había errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vió las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió a examinar la calle, y halló que era la

1 *cueva*: sótano.

2 *campo*: fondo. Expresión tomada de la heráldica.

3 *no hizo más de*: no hizo más que.

4 *gollete*: cuello.

de Lavapiés. Recorrió las casas colaterales, y conoció que eran las de sus vecinos. Reparó en las de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió a la suya, y desconoció la novedad de su puerta y reciente oficio de su título.

—¡Válgame Dios! —dijo haciéndose cruces—. Hora y media ha que salí de mi casa, donde mi mujer estaba más para llantos que para bailes. En ella sólo vivimos los dos y su sobrina. Las puertas, aunque menesterosas de refozmación, eran las mismas cuando salí que los otros días. Casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida; y cuando <sup>1</sup> las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado a la mía este ventero privilegio? Pues decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oídos examinadores de este encantamento. Echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme a la restitución de su honra. Pues, ¿qué puede ser esto?

Tornó a tentar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber a qué atribuir tan repentina transformación. Y asiendo de la aldaba, dió golpes con ella, bastantes a despertar el barrio, que no oyeron o no quisieron oír los bailadores huéspedes. Asegundó aldadadas mayores. Y después de haberle tenido a curar como lienzo de Galicia <sup>2</sup> un buen rato a las

<sup>1</sup> cuando: aunque.

<sup>2</sup> lienzo de Galicia: sobresaliendo Galicia en ganado vacuno, era la región más abundante en pieles, de donde creo que proviene llamar a las pieles *lienzo de Galicia*.

goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candil encendido en la mano y un tocador<sup>1</sup> en la cabeza entre sucio y roto, diciendo:

—¡No hay posada, hermano! ¡Vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por necio un orinal!

—Yo no busco posada que no sea mía —dijo el pintor—, sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandón en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería<sup>2</sup>, habiéndole costado su dinero a Diego de Morales.

—¡De *Parras*<sup>3</sup> debía de ser —respondió el mozo— el que os desgobierna la lengua! ¡Hermano mío, para quien tan aforrado<sup>4</sup> viene, poco daño le hará el agua de las goteras! ¡Váyase noramala, y no me toque otra vez a la puerta, que le echaré un mastín que le abra media docena de botanas!<sup>5</sup>

Cerró con esto de golpe la ventana. Prosiguió adentro la jira y bureo<sup>6</sup>, y el pobre pintor, dándose a los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacía estos trampantojos. Menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve a vueltas de un cierzo que le desembarazaba<sup>7</sup> el cerebro. La vela de la linterna

1 *tocador*: gorro de dormir.

2 *hostería*: italianismo, por posada.

3 *Parras*: villa conocida por sus vinos.

4 *aforrado*: revestido de vino por dentro.

5 *botanas*: de ordinario significa el parche o remiendo de un cuero o bota; aquí significa lo contrario, o sea la boca o boquete.

6 *bureo*: fiesta, jolgorio; *jira*: "banquete entre amigos con regocijo, bulla y chacota" (*Dicc. Aut.*).

7 *desembarazaba*: le despejaba la cabeza.

se había acabado, y con ella la paciencia de su portador. Y así, volviendo a dar mayores golpes a la aldaba, oyó que respondía de dentro uno:

—¡Mozo, daca un palo! ¡Suelta esos mastines! ¡Sal allá fuera, y hazle a ese borracho una fricación de espaldas con que se le desembarace la cabeza!

Abrióse la puerta entonces y salieron dos perros, que a no detenerlos el mozo y cerrar tras sí, hicieran que llorara el confuso pintor la burla de veras.

—¡Hombre del diablo! —dijo el ministro—<sup>1</sup>. ¿Qué nos queréis aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada?

—¡Hermano, esta es la mía!<sup>2</sup> —respondió él—. ¿Quién diablos la ha convertido en mesón, siendo ella, desde mis padres acá, de Diego de Morales?

—¿Qué decís, hermano? —replicó—. ¿Qué Morales o azufaifos<sup>3</sup> son esos?

—¡Yo lo soy —dijo—, por la gracia de Dios; pintor conocido en esta Corte, estimado en este barrio y habitador de esta casa más ha de veinte años! ¡Llamadme a mi mujer Mari-Pérez, si no es que también se ha transformado en mesonera, y sacaráme de este laberinto!”

—“¿Cómo puede eso ser —prosiguió el mozo—,

<sup>1</sup> ministro: criado.

<sup>2</sup> esta es la mía: posada significaba también casa o domicilio privado.

<sup>3</sup> azufaifos: nombre de una planta; aquí tonterías, cosas o dichos desentonados.

si ha más de seis años que esta casa es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen a Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su mujer Mari-Molina, y yo su criado? ¡Andad con Dios; que a no teneros lástima, yo os curara por el ensalmo de este garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra!”

Volvió a cerrar la puerta, entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado<sup>1</sup>, sin saber qué se decir ni hacer, a escuras y arrancando lodos, se fué a la del celoso Santillana. Llamó a ella y haciéndole levantar casi a las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo que le habría sucedido algún desastre o pendencia. Preguntósele; y informado de lo que pasaba, hizo levantar a su mujer; y aunque ella sabía el fin a que tiraba la burla, la hizo (en compañía de su marido) del aguado pintor, atribuyéndolo a los hechizos y tropelías que Yepes y San Martín<sup>2</sup> —de quien no era poco devoto— suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó. Dejaron a enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro<sup>3</sup>, que resistió mejor el agua que sus fisgas<sup>4</sup>, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando

<sup>1</sup> *atarantado*: atormentado, vuelto tarumba.

<sup>2</sup> Yepes y San Martín, dos pueblos conocidísimos por sus vinos.

<sup>3</sup> *fieltro*: la capa aguadera.

<sup>4</sup> *fisgas*: pullas o burlas.

él en acreditar lo que había visto, y ellos en afirmar que venía, como dicen, calamocano <sup>1</sup>.

Luego, pues, que la buena Mari-Pérez supo por sus espías que se había ausentado su enlodado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y lo otro consigo, los despidió a todos, conjurándolos guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reír, durmiendo a satisfacción de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió su pintor a medio enjugar en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo a la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla. Llegaron, en fin, a vista de la casa encantada. Y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo a dar cordelejo <sup>2</sup> de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo también a desbautizarse <sup>3</sup>, jurando y perjurando que era verdad cuanto le había referido, y alguna arte del demonio aquella con que pretendía se desesperase. Llamaron, y salió a medio vestir la sobrina, abriendo la embusterera puerta; y en viendo a su casi padrastro, le dijo:

<sup>1</sup> *calamocano*: medio borracho.

<sup>2</sup> *dar cordelejo*: dar matraca, echar pullas alusivas a un asunto molesto.

<sup>3</sup> *desbautizarse*: renegar, echar reniegos y maldiciones.

—¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tío, a ver a su mujer? ¿Ni qué cuenta dará de sí quien, dejándola a la muerte a las doce, y enviándole por una comadre, vuelve a las ocho de la mañana sin ella y con esa flemma?

—¡Si tú supieras, Brígida —respondió—, en lo que por tu tía me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas! ¡Mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de demonios!

Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza <sup>1</sup> de la cama en sólo manteo <sup>2</sup>, salió dando gritos y diciendo:

—¡Oh, qué solícito marido de la salud de su mujer! ¡Para frío de quartana valéis lo que pesáis. Morales mío, que no volveréis en toda la vida! ¿Hízoois mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! ¡Bien creistes vos hallarme muerta cuando volviédes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada! Pero ¡malos años para vos y para quien tan mal me desea! ¿A qué viene vuesa merced con ese perdido, señor Santillana? Si es a disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre <sup>3</sup> que he de irme luego al Vicario y pedir divorcio!

---

1 onza: tigre, fiera.

2 manteo: ropa de levantarse, salto de cama.

3 por el siglo de mi madre: juramento muy usado en esta

—¡Sosiéguese vuesa merced, señora Mari-Pérez —dijo el amigo—, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos malcasados!

—¡Mujer —acudió el afligido pintor—, puesto que<sup>1</sup> os parezca tenéis razón en quejaros de mí escuchad las mías y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenía en los embelecós de esta noche!

Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabía; con que, fingiendo alborotos nuevos, volvió a decir:

—¿A mí con papeles? ¿No ven vuestas mercedes que soy cabos negros y boquiancha?<sup>2</sup> ¿Hay más lindas papandujas que las que me venden? ¿Casa de posadas la mía? ¿Mastines, bureo, bailes y fiestas aquí anoche? ¡Aun si dijeran<sup>3</sup> quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran!

—¡Juro a todo lo que puedo jurar —respondió él— que cuanto os he contado me sucedió! En esta casa debe de haber duendes. Con venderla o alquilarla, pasándonos a otra, se remediará todo.

—Y ¡cómo que hay duendes, señor tío!<sup>4</sup> —acu-

época. Viene a significar por vida de mi madre; que hoy decimos por la salud de...

<sup>1</sup> *puesto que*: aunque.

<sup>2</sup> *cabos negros y boquiancha*: de la mujer cabos negros (morena) y boquiancha se presumía que era lista.

<sup>3</sup> *aun si dijeran*: hoy decimos así: si aun dijeran..., o, si dijeran todavía...

<sup>4</sup> *¡Y cómo que hay!*: ¡y tanto que hay!

dió la taimada Brígida—. Las más noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se ríen a carcajadas.

—Pues ¿cómo nunca me lo has dicho? —dijo la disimulada tía.

—Porque no imaginasen vuestras mercedes —respondió— que era otra persona, en descrédito de mi opinión y su casa de mis señores tíos <sup>1</sup>.

—¡Alto! <sup>2</sup> ¡Eso debe de ser, sin duda! —dijo Santillana—. ¡No hay sino perdonarse unos a otros, y entrar con buen pie en la Cuaresma, que es mañana!

Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella malmaritada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras. Antes, de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que dispuso así:

Acababa de llegar a Madrid un religioso, hermano suyo, por prelado <sup>3</sup> de uno de los monasterios que fuera de la Corte <sup>4</sup> con la recolección de su vida

---

<sup>1</sup> *su casa de mis señores tíos*: manera de decir muy usada antiguamente.

<sup>2</sup> *alto*: es como si dijera: ¡Ea!

<sup>3</sup> *prelado*: prior o superior.

<sup>4</sup> Fuera de la Corte caían por esta época el monasterio de Atocha y el de San Jerónimo y el de San Bernardino, lugares todos comprendidos actualmente dentro de Madrid.

apuntalan lo que los vicios tienen a pique de arruinar. No sabía su venida el celoso Santillana; y su mujer, cuando ausente, por cartas, y agora, presente, por papeles y una visita que él la hizo, se le había quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y amigos del mal acondicionado viejo de la razón que su hermana tenía de aborrecerle y vivir desconsolada, deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y, sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfacción<sup>1</sup> era justo tuviese de su esposa. Pero por más que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que ya vuelta en costumbre, era casi imposible de desarraigar.

Habíala escrito que mirase ella qué modo le parecía más a propósito para que, sin llegar a dar cuenta de sus trabajos a tribunales causídicos<sup>2</sup>, ella viviese descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese, él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecución. Ahora, pues, que halló ocasión para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fué a oír misa y sermón, por ser principio de Cuaresma, envió a llamar al bien intencionado fraile; y después de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no ha-

1 *satisfacción*: confianza.

2 *causídicos*: procesales, pleiteadores.

llaba otra traza más a propósito para sacarle de la cabeza aquel tema venenoso de sus celos, si no era uno que le propuso y después sabréis. Refirióselo con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo a las mujeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos. El remedio que la malcasada le ofreció tenía muchos inconvenientes. Pero, en fin, atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperación, creíble de la angustia y sentimiento que nuestra Hipólita —que este era su nombre— mostraba. Prometiéndola llevar al cabo lo que le pedía; señalaron el día, despidióse, llegó a su convento, y propuso el caso a sus súbditos. Queríanle mucho, y conociendo el provecho que se esperaba de él para la quietud de dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase, y le animaron a concluirle.

Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir, quien los bebiese, cuatro o cinco horas, con tanta enajenación de los sentidos, que sólo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquéllos restituían el alma a sus vitales ejercicios. Recibiéndolos contenta la astuta Hipólita, asentándose a cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso a sus años. Entre bocado y bocado la daba una reprehensión, y entre trago y trago bebía su sueño. Al último, en fin, sin aguardar a que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz

la polvareda boticaria, que a no estar sobre el caso la aplicante<sup>1</sup> y la moza, creyeran —y no las pesara— que había nuestro Santillana desembarazado<sup>2</sup> el matrimonio. Desnudáronle. Y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues a las nueve —suficiente hora y quieta para aquel tiempo frío y de invierno— con dos legos y un coche se apearon a su puerta, y entrando dentro, mandó a uno de sus compañeros, que venía prevenido de tijeras y navaja, que le quitase toda la barba y abriese una corona de fraile. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle<sup>3</sup>, porque la frialdad del agua no ahogase la virtud de los polvos, le convirtió en reverendo cenobita. Era cerrado de cabellos como de mollera, y así salió la corona con toda perfección venerable, autorizándola las canas, que se entretejían todo lo posible. Y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa a su mujer, viendo vuelto a su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si esto acaeciera con el Conde Partinuples<sup>4</sup>; y metiéndole en el coche, encargó el prelado a Hipólita encomendase a Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él a su monasterio, y desemba-

1 *aplicante*: la que había aplicado el narcótico.

2 *desembarazado*: dejado libre, deshecho el estorbo del matrimonio.

3 *bañarle*: lavar y enjabonar la barba para afeitarla.

4 *Conde Partinuples*: personaje de los libros de caballerías.

razando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla y un candil encendido; juntaron la puerta y se fueron a dormir.

Dos horas había que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto a la virtud de los polvos con jurisdicción de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado a las ocho, síguese que a las doce fenecería su operación.

Tocaron a maitines, como se acostumbra en todos los monasterios, a media noche, y tras la campana, las matracas<sup>1</sup> con que despiertan a los que se han de levantar —que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolas apriesa, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y bisonos en tan gruñidora música. Así le sucedió al padre Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba en su cama y casa, dió un grito, diciendo:

—¡Jesús! ¿Qué es esto? ¿Cáese la casa? ¿Hay truenos, o vienen por mí los diablos?

Esto y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad

---

<sup>1</sup> *matracas*: en la línea siguiente está descrito el instrumento; se emplea en las iglesias, en vez de campanilla, el Viernes Santo.

de la celda, sin saber cómo o quién le había traído a ella, lo tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabía si diese voces, ni si era arte aquella de encantamiento; si dormía o velaba. Tomó el candil para ver a qué calle o campo caía aquel aposento encantado o en qué parte estaba, y vió un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, lleno de celdas, con una lámpara en medio.

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? —dijo volviéndose a entrar temblando—. ¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién me ha traído aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy <sup>1</sup> en el Hospital? Que esta más parece enfermería que habitación política <sup>2</sup>. ¿Si mis celos me han vuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo? Que la estrechez de este aposento más parece jaula que hospedería. ¡No sé lo que imagino! Aunque esto último bien puede ser, pues si no me acuerdo mal, ya andaba mi seso dando zancadillas <sup>3</sup> de puro imaginativo; y no será mucho que haya algunos dos o tres años que me estén curando en este hospital, y ahora, vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si es esto como imagino, a navaja quitan los cabellos y barbas a los locos y a los galeotes; la mía me sacará de este temor.

<sup>1</sup> ¿Si estoy?...: giro antiguo: ¿si estaré en...?

<sup>2</sup> política; es decir, civil, o mejor, familiar y casera.

<sup>3</sup> zancadillas: traspies.

Echó mano a ella, y hallóla tiple<sup>1</sup>, habiéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeza, y hallóse coronado. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse de él, como suele hacerse con los de su profesión<sup>2</sup>, le habían puesto la cabeza de aquel modo. Con todo eso, se consolaba, pareciéndole que, pues echaba de ver entonces el estado en que estaba, había ya vuelto en su juicio, y según esto, saldría presto de aquel colegio<sup>3</sup> desacreditado. Sólo le desatinaban los hábitos, que le disuadían estas imaginaciones, porque los locos que él había visto en Toledo andaban vestidos de ropas burieladas<sup>4</sup>, pero no de religiosos.

Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frío, ni saber él por dónde o cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusión del hábito, que en su vida se había puesto, cuando entrando el compañero que daba luz<sup>5</sup> a los demás frailes, le dijo:

1 *tiple*: es decir, rapada como la de un muchacho de voz atiplada. A *tiple* contraponen después las palabras de doble sentido con trabajo, contra-bajo.

2 El tratamiento que se daba a los locos era nada humano y mucho cruel.

3 *colegio*: colectividad o compañía.

4 *burieladas*: de buriel, paño basto.

5 *daba luz*: que iba encendiendo sus velas.

—¿Cómo no se viste, padre Rebolledo, si ha de ir a maitines?

—¿Quién es aquí Rebolledo, hermano mío? O ¿qué maitines o vísperas son éstas que me desatanan? —respondió el casado fraile—. Si sois loco, como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates. ¡Decidme dónde hallaré al Rector <sup>1</sup>, y dejad de rebollearme! <sup>2</sup>

—¡Con buen humor se levanta, padre Rebolledo! —dijo el religioso—. ¡Vístase, que hace frío, y mire que voy a tocar segundo, y que es mal acondicionado el Superior!

Fuése con esto, dejándole muy confuso.

—¿Yo Rebolledo? —decía—. ¿Yo fraile y maitines, no habiendo seis horas, a mi parecer, que al lado de mi Hipólita trataba más en pedirla celos <sup>3</sup> que entonar salmos? ¿Qué es esto, ánimas benditas del Purgatorio? Si duermo, ¡quitadme esta molesta pesadilla! Y si estoy despierto, ¡reveladme este misterio o restituidme el juicio que sin duda he perdido!

Pasmado se estaba, sin acertar a vestirse, obligándole el frío a traer las frazadas <sup>4</sup> a cuestras, cuando vino otro fraile y le dijo:

1 *Rector*: el director del manicomio.

2 *rebollar*: llamar Rebolledo.

3 *pedir celos*: acusar, exponer sus celos.

4 *frazadas*: cobertores de la cama.

—Padre Rebolledo: el Vicario de coro<sup>1</sup> dice que por qué no va a maitines; que son cantados, y vuestra reverencia es semanero<sup>2</sup>.

—¡Válgame la corte celestial —replicó el nuevo fraile—, que, en fin, soy padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana! Dígame, religioso, si es que lo es, o hermano loco, si, como imagino, estamos en algún hospital de ellos: ¿Quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo o por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? O ¿qué Urganda la Desconocida o Artus el Encantador<sup>3</sup> anda por aquí y ha rematado con mi seso?

—¡Buena está la flema y disparate —respondió el corista—<sup>4</sup>, para la priesa con que vengo a llamarle! Delantero debió de cargar<sup>5</sup> anoche en el refitorio, padre Rebolledo, pues aún no se han despedido los arrobos<sup>6</sup> de Baco. Vístase, y si no acierta, yo le vestiré.

Echóle entonces el hábito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algún espíritu malo que quería ahogarle, comenzó a dar gritos:

1 *Vicario de coro*: el fraile que dirige el coro, como maestro de ceremonias.

2 *semanero*: fraile que tiene el cargo por una semana de cantar las antífonas entre salmo y salmo.

3 *Urganda y Artus* son personajes de la historia de Amadis.

4 *corista*: fraile estudiante que aún no ha cantado misa.

5 *cargar delantero*: beber demasiado.

6 *arrobos de Baco*: enajenamiento producido por los vapores del vino.

—¡Arredro vayas, Satanás! ¡Déjame aquí, ángel maldito! ¡Animas del Purgatorio! ¡Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo!

Y escabulléndosele de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó a correr por el dormitorio adelante.

Atentos y escondidos habían estado oyendo la escarapela<sup>1</sup> ridícula el Prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habían prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado Superior:

—Padre Rebollado, ¿qué escándalo y descompostura es ésta? ¿Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata de esa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona<sup>2</sup>, y a la culpa de no venir a hacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese<sup>3</sup> luego; que con un *Miserere mei*<sup>4</sup> se le aplacarán esos bríos.

—¿Qué es aparejar?— respondió el colérico montañés—. ¿Soy yo bestia? Ya lo estoy para defen-

1 *escarapela*: pelea, riña.

2 *ordenado de grados y corona*: los grados son del orden de los estudios y la corona del orden canónico.

3 *aparejarse*, en esta época, significaba prepararse, además de la significación que hoy conserva.

4 un *Miserere mei*, canto durante el cual, se tenía que disciplinar.

derme de vuestras ilusiones. ¡Espíritus condenados!  
 ¡Catad la cruz! ¡No tenéis parte en mí, que soy cristiano viejo de la Montaña<sup>1</sup>, bautizado y con crisma!  
 ¡Fugite, partes adversae!<sup>2</sup>

Estos y otros desatinos comenzó a ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar a los donados<sup>3</sup>, y diciéndoles el Prelado: "Este fraile está loco, mas la pena le hará cuerdo", le asentaron en las espaldas de par en par<sup>4</sup> una colación<sup>5</sup> de canelones<sup>6</sup>, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo:

—¡Señores, o frailes, o diablos, o lo que sois!<sup>7</sup>  
 ¿Qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, ¡doleos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal a una mosca, ni tiene de qué acusarse, sino de la mala vida que sus celos han dado a su mujer! Si sois religiosos, ¡baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa! Si sois demonios, decidme: ¿por

1 La Montaña de Santander y las Vascongadas eran como el solar de los cristianos viejos.

2 *Huid, enemigos*: palabras de una oración de la Iglesia.

3 *donados*: criados del convento.

4 *de par en par*: de dos en dos.

5 *colación*: pisco-labis; aquí dicho humorísticamente, como decir *ración* o algo por el estilo.

6 *canelones*: azotes con los canelones o extremos nudosos de la disciplina.

7 *o lo que sois*: giro antiguo con el indicativo, donde hoy empleamos el subjuntivo.

qué pecados os permite Dios que me desolléis de esa suerte?

Menudeaba el padre diciplinante azotazos en esto, diciendo:

—¿Todavía da en su tema? Pues veamos quien de los dos se cansa.

—¡Ya lo estoy, padre de mi alma! —respondió el penitente por fuerza—. ¡Por la sangre de Jesucristo, que tenga lástima de mí!

—Pues ¿enmendaráse de aquí adelante?

—¡Sí, padre mío, yo me enmendaré, aunque no sé de qué! —respondió.

—¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo?

—Seré Rebolledo —respondía—, y todo lo que quisieren.

—Pues bese los pies a ese religioso —dijo— maltratado por él, y pídale venia <sup>1</sup>.

—¡Bésele los pies, padre mío —dijo— y pídale brevas, o lo que es <sup>2</sup> esto que me mandan le pida!

Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprehendiólos el Prelado, y diciéndoles:

—¿De qué se ríen, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años este monaste-

<sup>1</sup> *venia*: permiso que se pedía de rodillas al superior; de donde, pedir perdón o arrodillarse para pedirlo se llamó también *pedir venia*.

<sup>2</sup> *o lo que es*: indicativo por subjuntivo, como un poco más arriba.

rio con la mayor puntualidad que la Religión ha visto?

—¿Quince años yo? —decía entre sí el pobre Santillana—. ¿Hay encantamento semejante en cuantos libros de caballerías desvanecen mocedades? ¡Alto! Pues santos lo dicen, verdad debe de ser, aunque no sé el cómo; porque a no ser así, ¿qué les importaba a estos benditos el maltratarme y afirmallo?

—Véngase al coro con nosotros —le dijo el cuñado, que no conocía.

Obedecióle el celoso por su daño. Comenzaron a cantar los maitines, y mandóle que entonase la primera antifona. Sabía él de música lo que de vainicas. Pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular, el Superior le mandó llevar al cepo<sup>1</sup> donde le tuvo tres días tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo<sup>2</sup> el seso. Al cabo de ellos le sacaron, y mandó el Prelado fuese con un compañero a pedir el pan de limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba a la calle donde vivía su mujer; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí:

---

<sup>1</sup> *cepo*: cárcel que había antiguamente en los conventos.

<sup>2</sup> *siglo*: mundo, vida seglar.

—¡Aquí de Dios! ¿Esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en frailías que no apetecí en mi vida? ¡Matrimonio me llamo<sup>1</sup>!

Entróse con esto en el portal, y hallando a su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó a decir:

—¡Esposa de mis ojos! ¡Castigo del cielo fué el mío por la mala vida que te he dado! ¡Fraile me han hecho sin saber cómo o por qué; pero desde hoy más, buscarán talegueros<sup>2</sup>; que yo matrimonio me llamo!

—¿Qué descompostura es ésta? —dijo a voces la mal casada—. ¡Aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra!

Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron —por faltarle la longitud de la barba y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas, que pudiera vender flaqueza a los padres del Yermo<sup>3</sup>— y le apartaron a empellones, diciéndole oprobios satíricos.

—¡Déjenle vuestas mercedes! —acudió el compañero—; y no se espanten de lo que hace, que ha es-

<sup>1</sup> *matrimonio me llamo*: frase calcada sobre la de *iglesia me llamo*, con que significaban los retraídos a sagrado que se acogían al fuero eclesiástico. Quiere, pues, decir: yo estoy casado.

<sup>2</sup> *taleguero*: fraile lego que lleva la talega para recoger la limosna en especie.

<sup>3</sup> *padres del Yermo*: así se suele llamar a los monjes que habitaron los desiertos de Tebaida en Egipto en los primeros siglos del cristianismo.

tado el pobre seis meses loco, y su tema principal es decir a cualquier mujer que ve, que es su esposa. Hémosle tenido en una cadena; y habiendo, más ha de dos meses, que mostraba tener salud, a falta de frailes, que han ido a predicar por las aldeas esta cuaresma, me mandaron le trajese conmigo a pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad.

Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia; que cuanto más gritaba afirmando era el marido de Hipólita, más la acreditaba. Lleváronle medio loco de veras, y en son de atado<sup>1</sup>, a su convento. Volviéronle a meter en el cepo, donde después que purgó más de otro mes los malos días que había dado a su mujer, al cabo de ellos y a la media noche le despertó una voz desde el tejado que estaba sobre la prisión, y decía en tono triste y sonoro:

Hipólita está inocente  
de tus maliciosos celos,  
y así te han hecho los cielos  
de ese cepo penitente.  
Por necio y impertinente,  
en tí su venganza funda  
el que te ha dado esa tunda;  
por eso, si sales fuera,  
escarmienta en la primera,  
y no aguardes la segunda.

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él, llorando, con la mayor devoción que pudo, respondió:  
—¡Oráculo divino o humano, quienquiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdadera enmienda!

---

<sup>1</sup> *en son de atado*: como atado, a manera del que va atado.

Diéronle después de esto de cenar, y la 'bebida fué de vino, que no lo había probado desde el día primero de su transformación —penitencia más áspera para él que todas las demás—. Bebiólo, y con él dos veces más cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como antes. Habíale crecido el cabello y barba suficientemente; afeitáronle, dejándole lo uno y lo otro en la disposición antigua; y llevándole en otro coche a su casa, se despidió el religioso, médico de celos, de su hermana, con esperanza de que cuando despertase hallaría sano a su marido y enmendado. Púsole los vestidos seglares sobre un arca cerca de su cabecera, acabó el sueño junto con la operación de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado a las diez de la noche; despertó, en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y a oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones aquellos o madera. Estaba velando Hipólita, y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertaba, y dijo:

—¿Qué es esto, marido mío? ¿Qué tenéis? ¿Haos dado como suele el mal de ijada?

—¿Quién eres tú, que me lo preguntas? —dijo despavorido el ya sano celoso—; que yo no tengo mal de ijada, sino mal de frailía.

—¿Quién ha de ser —respondió—, sino vuestra mujer Hipólita?

—¡Jesús sea conmigo! —replicó él—. ¿Cómo entraste en el convento, mujer de mi vida? ¿No ves

que estás descomulgada, y que si lo sabe nuestro mayoral o superior te acanelonará<sup>1</sup> las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmón?

—¿Qué convento o qué chanzas son ésas, Santillana? —respondió ella—. ¿Dormís todavía, o qué locura es ésta?

—Luego ¿no soy fraile de quince años ha —preguntó él— y entonador de antifonas?

—Yo no sé lo que os decís con esos latines —replicó ella—. Levantaos, que es mediodía, si habéis de traer qué comamos.

Más asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida y la cabeza descoronada. Mandó abrir la ventana, y se vió en su cama y aposento, los vestidos a su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos. Pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los días pasados le enseñó el de la sacristía. Hacía-se cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada su mujer que de dónde procedían aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debía de haberlo soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar se enmendase y tuviese la satisfacción<sup>2</sup> que era justo de su mujer. Pidióla perdón, jurando no creer aun<sup>3</sup> lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándole libertad para salir de casa, hubo de ir con las

---

1 *acanelonar*: azotar, dar con los *canelones*.

2 *satisfacción*: confianza.

3 *aun*: ni aún.

otras dos amigas a la del conde, alegando cada una su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar a ninguna, les dijo:

—El diamante, ocasión de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me había perdido a mí el día de su hallazgo; él vale doscientos escudos; cincuenta prometí de añadidura a la vencedora; pero todas merecéis la corona de sutiles en el mundo; y así, ya que no puedo premiaros como merecéis, doy a cada una estos trescientos escudos que tengo por los más bien empleados de cuantos me han granjeado<sup>1</sup> amigos, y quedaré yo muy satisfecho si os servís de esta casa como vuestra.

Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose más amigas que antes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje y olvidada su burla; al pintor, que había vendido su casa y comprado otra por evitar bellaquerías de duendes, y a Santillana tan satisfecho y enmendado de sus celos, que desde allí adelante veneró a su mujer como a merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

---

1 *granjear*: proporcionar, ganar.

## JERÓNIMO DE ALCALA YAÑEZ Y RIVERA

(1563-1632.)

Natural de Segovia. Hizo aquí sus primeros estudios con San Juan de la Cruz, y sus primeros escritos fueron de índole religiosa. Más tarde se dedicó a la Medicina, que ejerció en su ciudad. Su obra, verdaderamente importante, es la novela picaresca *Alonso, mozo de muchos amos* o *El Donado Hablador*.

### FÁBULA DEL LEÓN Y LA ZORRA

(De *El Donado Hablador*.)

1624.

Se trata de una de las fábulas esópicas repetidas veces tratada en prosa y en verso.

*Alonso*. Enojada la leona con su marido el león, viendo sus crueldades y desabrimientos que con ella tenía, y el poco amor que la mostraba, procuró de apartarse de él y dejarle; y como el casamiento y vínculo del matrimonio no se pueda dirimir<sup>1</sup> ni deshacer sin legítima causa, pareciendo ante un juez que los dos eligieron de mancomún<sup>2</sup> para este efecto y pleito, alegó la leona que su marido el león era insufrible, mal acondicionado, intolerable, y sobre todo, que el mal olor de boca que tenía bastaba a inficionar un ejército. Corrióse mucho el león con este

---

1 *dirimir*: cortar, separar.

2 *de mancomún*: de común acuerdo.

capítulo<sup>1</sup>, y para su descargo pidió tiempo en el cual quería presentar testigos, probando ser falso lo que la leona alegaba contra él: concediósele, y para su probanza llamó al lobo, a quien le dijo: "Ya hermano, sabréis el pleito que la leona me ha puesto, las sinrazones que conmigo usa, y la mala reputación en que forzosamente he de quedar si sale con lo que pretende: por vida vuestra, que miréis por mi justicia, pues no perderéis nada en favorecerme, diciendo si es verdad que yo tengo mal olor de boca." Agradeció el lobo la buena voluntad que el león le mostraba, y pidióle que abriendo la boca le echase el vaho, y haciéndolo así, le dijo: "Señor, si va a decir verdad, la leona tiene justicia, y a vos os huele mal el aliento". "¡Oh mala bestia! —respondió el león—, ¿y eso habéis de decir contra mí? Pero no os iréis sin castigo"; y alzando la mano, con las uñas le hizo pedazos. Y procurando de nuevo más testigos, llamó al oso, a quien le costó caro el decir lo que sentía. Pero necesitado de buena probanza, y que los testigos hasta ahora no le habían sido nada favorables, se fué en busca de la raposa, a quien rogó, pues sabía bien la razón que tenía, no dejase de ser en su favor, y para que entendiese estar de su parte la justicia, él podría dar bastante muestra, y llegándose a ella la boca abierta, la echó el vaho, diciéndole que le oliese, para poder decir con verdad si tenía mal olor o no. Aten-

<sup>1</sup> capítulo: cargo, acusación.

ta estuvo la raposa a cuanto el rey de los animales había dicho, y por no ser parcial en pleito de adonde no podía salir muy bien, le respondió: "Prométoos<sup>1</sup>, señor, que como soy tan desgraciada, que de día no me dejan un punto, sino que de noche tengo de andar para hacer mi vida, y estas noches pasadas han sido tan frías y ha llovido tanto, que con las muchas frialdades me ha venido un romadizo<sup>2</sup> tan grande, que no me ha dejado narices ni ojos, los unos para ver a qué parte vaya, y las narices para juzgar de olor; y así, no os puedo servir en lo que me mandáis; que, a no estar tan aromadizada, hiciera cuanto quisiéradés."

#### EL VALOR DEL QUÉ DIRAN

(De *El Donado Hablador*.)

Este cuento es uno de los más conocidos en todas las literaturas del mundo.

Caminaban un día de verano un pobre hombre ya de buena edad, y una mujer con un muchacho de pocos años. Llevaban delante consigo un jumentillo, que servía de llevarles un poco de ropa que tenían: carga tan moderada y poca, que podía ir bien a la ligera. Acertó a pasar cerca de ellos un caminante, y mirando a los tres que iban por el camino, y el jumento desembarazado, algo enojado les dijo: "¿Hay tan poco saber de personas, que lleven ahí una bestia holgando y sin carga, y que una mujer,

---

1 *prométoos*: os aseguro.

2 *romadizo*: resfriado.

de su natural para poco, delicada y flaca, vaya a pie? Tened juicio, buen viejo, que yo os ayudaré; y suba en ese jumento esa buena mujer; que mejor irá en él que no reventando por las asperezas de este monte. Parecióle bien al casado lo que el pasajero le había dicho, y llegándose a una peña, hizo que su mujer fuese caballera, y los dos siguiéndola iban a pie. Poco anduvieron, cuando otro que venía por el mismo camino les salió al encuentro, y saludándoles, les dijo: "Harto mejor fuera, padre honrado<sup>1</sup>, que un hombre como vos, de tantos días<sup>2</sup> que es milagro poderos tener en pie, fuera caballero y ocupara aquel animal, y no la mujer que lleváis en él, pues las de su género de suyo son inclinadas a pasearse; y esta era ocasión en que pudiera sacar los pies de mal año<sup>3</sup>, habiéndosela ofrecido de caminar a pie, y como buen bailarador menearlos apriesa. Bajad, hermana, y suba ese buen viejo; que sus años y canas están pidiendo lo que yo os digo." A tan buenas razones obedeció la casada; apeóse, y subió su marido en el jumento, prosiguiendo su viaje, adonde de allí a poco rato encontraron unos caminantes, que, mirando al hombre caballero, y a la mujer y mozuelo en seguimiento suyo, con

1 *padre*: modo de llamar a los ancianos, lo mismo que *madre* a las ancianas.

2 *días*: años, edad.

3 La frase *sacar el vientre de mal año* significa hartarse aprovechando una ocasión a que no se está acostumbrado. Aquí se aplica humorísticamente al pasear.

muy grandes risadas empezaron a hacer burla de él, diciendo: "Salvaje, apeaos y tened vergüenza: ¿no veis que va ese niño despeado<sup>1</sup>, sin aliento y con tan grande calor, y que vos, tan grande como vuestro abuelo, sin reparar en nada, vais hecho una bestia, pudiendo andar harto mejor y con más descanso que ese pobrecito que os sigue?" Confuso el padre, bajó de su jumento, poniendo en él al hijuelo, y siguiéndole los dos casados hasta que, viniendo nueva gente, le dijeron: "Subid en esa bestia con ese muchacho; que poca carga será, y la que lleva ahora es casi nada, y a ratos iréis mudando de personas, y no reventando en seguimiento de quien camina tan sin pesadumbre por verse holgado y con tan poco peso. Cuadróle al anciano el consejo que le daban, y poniendo al muchacho delante, subió él atrás con ánimo que de allí a un rato bajaría él, y podría ir caballera su mujer; y así, con algún descanso, mudándose, acabar su jornada. Mas duróle poco su sosiego, porque, como viniesen otros pasajeros y vieses al padre y al hijuelo sobre el jumento, comenzaron a darles matraca, diciendo: "¡Buen año<sup>2</sup>! ¿no veis?; dos van caballeros, ¡y con qué conciencia! Alquilado debe de ser el asnillo, pues a ser propio no lo hicieran con él de la suerte que vemos, ni tan mal le trataran. ¡Buen hombre, qué buen alma tiene!; buena llegará

---

1 *despeado*: fatigado del trabajo de andar al sol.

2 *¡buen año!*: equivale a ¡En buen tiempo vivimos!

la bestia a la posada: apostaré que del gran cansancio no puede comer bocado. Bajad enhorabuena o en la otra<sup>1</sup>, que buenos cuartos<sup>2</sup> tenéis, y cerca está el pueblo, y no quitéis la vida a ese jumento, siquiera porque es vuestro prójimo. Estas razones le dijeron al labrador, y conociendo entonces bien a la clara los varios pareceres y natural condición que guardan los hombres en materia de su gusto y opinión, vuelto a su mujer y al hijuelo, los dijo: "No hay que reparar en lo que pueden decir de nosotros; que el "qué dirán" de las gentes es bobería, si no es locura. Cada uno se acomode como pudiere, y alargue el pie conforme a la sábana; que si a mí me falta, el que dice o murmura ni lo da ni lo presta; y él se queda con su dicho, y yo con lo que tengo entonces o me falta. Vase él a su casa, dejándome a mí en la mía: vámonos como pudiéremos con nuestro jumento, y diga lo que le agradare cada uno."

## LA CONFESIÓN DE LOS ANIMALES

(De *El Donado Hablador*.)

Modernamente ha escrito esta fábula el novelista Padre Luis Coloma.

Llegóse el tiempo en que los animales querían hacer bastante satisfacción de los delitos y culpas

---

1 en la otra; es decir, en hora mala.

2 cuartos: remos, piernas.

en que habían caído, confesando sus yerros con persona tan hábil y suficiente como era necesario para este ministerio; y así por ser en todas sus cosas, como por tener noticia de todos los culpados, fué elegida para juez la raposa; y llegando ante ella, como cabeza de todos los animales, el león, y habiendo hecho largo preámbulo de quien era, de su fortaleza, majestad y dominio que tenía sobre todas las bestias, propuso sus culpas, diciendo: "Un cierto día me hallé con un cierto género de hambre, aunque no con sobrada necesidad que me forzase a hacer lo que hice, y fué que, habiendo cerca de mí un rebaño de carneros que descuidadamente pacían cerca de mi cueva, salí para hacer alguna presa en ellos. Sintióme el pastor que venía en su guarda, y temeroso de mi vista, no quiso aguardarme, antes en lugar de defender su ganado, echó a correr; yo entonces más a mi salvo, sin tener estorbo que me fuese a la mano, así de un carnero y comile: luego di tras otros tres, y aunque ya harto y demasadamente satisfecho mi estómago, despedacé o tres o seis o siete, sólo por hacer mal, llevado por la inclinación de mi naturaleza y crueldad; y aun estoy por decir que a no haberse ido la mala guarda <sup>1</sup> que medroso se puso en cobro, no saliera bien de mis dientes y uñas. Esto es lo que me sucedió de pocos días a esta

---

1 guarda; obsérvese el género femenino.

parte, de que puedo hacer memoria y acusarme. Decidme, pues, lo que os parece." "Poco hay que decir en eso —respondió la raposa—, ni habrá nadie que pueda culpar caso semejante, siendo, como es, el león cabeza y dueño de todos los animales, su rey y señor absoluto, así por ser el más fuerte, como por tener ya el señorío de todos ellos; y a un poderoso todo le es lícito: que sean diez los comidos o veinte los hurtados no hay en qué reparar; guárdense ellos, y no se pusieran donde les quitaran la vida, dando ocasión y como convidándose a que les comiesen, pues el león comer tiene lo que hallare a mal recado<sup>1</sup>." Llegó luego el oso, y dijo: "Hermana, hartas cosas tengo que decirte y de qué acusarme, y entre las que más agravan mi conciencia es una travesura que hice una noche de éstas, y fué que entré por las bardas de una cerca, y hallé arrimadas a una pared cuatro colmenas de una pobre labradora, tan llenas de miel como las había menester mi apetito desenfrenado que llevaba conmigo; así de las dos<sup>2</sup> debajo de mis brazos y caminé a mi cueva con ellas, y habiéndolas dejado en puerto seguro, volví por las que estaban en depósito, haciendo de ellas lo que de las otras pasadas. Arrepentido vengo; quisiera volverlas, aunque será quitarme el comer por algunos días. ¿Qué os parece, por vuestra vida?" "Lo que os puedo res-

---

1 *recado*: como recaudo.

2 *de las dos*, manera de decir antigua por "de dos".

ponder —dijo el juez— será que no hay granjería en el mundo con menos carga ni escrúpulo: son bienes los de las abejas, que Dios los da y Dios los quita; haga cuenta el dueño que se murieron de una helada, acabando con ellas el rigor del invierno, pues perdellas por aquí o por otra vía, todo se sale allá y todo es perder; cuanto más que vuesa merced comer tiene y no ha de morir de hambre; que pues el Señor le crió, sustento ha de tener de cualquier suerte que lo hallare; no tenga pena, goce de su miel, y buen provecho le haga; que cosas de comer llevaderas son, y no para tenerlas por negocio de mucha importancia.” En estas razones llegó el lobo apresurado por extremo, de los continuos robos en que de ordinario se ejercita, y acusóse de no haber dejado oveja que no robase, yegua ni buey que no hubiese muerto; y muchas veces aun a los mismos pastores haberse atrevido, a quien hallándolos con poca defensa, había quitado la vida, y a otros mordido y maltratado. Pero la astuta raposa le animó diciendo: “Harto trabajo tenéis, hermano lobo, en haber de andar siempre a sombras de tejados, de día metido entre las peñas, de noche afligido, ya con el perro, ya con el pastor que os persigue. Válgaos vuestra ventura, comed lo que halláredes, y cada uno mire por su hacienda, pues vos hacéis vuestro oficio; que vuestros padres no os dejaron más renta que el valeros por vuestro pico, y el tiempo que dejáredes de saltar los ganados habéis de perecer. Quéjese quien quisiere, cada

uno mire por sí conforme su obligación." Despachado fué el lobo cuando llegó el jumento, y contando sus cuitas, dijo al juez: "Yo soy un animal verdaderamente criado para un continuo trabajo y ordinaria pesadumbre; estoy con un amo tan pobre, que los más de los días de cada semana me da la ración en dinero<sup>1</sup>, o con el medio celemín en los cascos. Qué color tenga la cebada no lo puedo saber, ni aun de solo paja no quiere satisfacer mi deshambrido<sup>2</sup> vientre, procurando ponerme en un continuo ayuno. De mi mal tratamiento no espero enmienda, ni tengo esperanza de que se han de acabar mis congojas, porque de cualquier modo salgo maltratado de toda refriega. Si ando mucho, llevo palos; si no aguijo, palos; si me echo, los tengo ciertos; siendo en mí la más liviana culpa un grave y facineroso delito (que aun hasta las bestias es necesario que tengan ventura). Iba los días pasados tan cargado de ropa como cansado del mucho trabajo y poco comer, y acertando a pasar por un sembrado de un verde y crecido alcacer, bailóme en el ojo, y deseoso de tan buen refresco, no quise perder la ocasión, sino meterla en casa: alargué el cuello, y mordí de él, sacando entre los dientes algunas pocas y malogradas espigas que ya estaban en cierne." "¡Oh ladrón! —respondió el juez—. ¿Pues cómo,

<sup>1</sup> *en dinero*: parece que quiere decir *en cuartos*. esto es, pegándole en las ancas o cuartos traseros, como le daba en los cascos o cabeza con el medio celemín.

<sup>2</sup> *deshambrido*: hambriento.

siendo ajeno, tanto atrevimiento? Que os den muchos palos, que reventéis con la carga, pues nacistes para eso. ¿Al sembrado que estaba para granar echasteis vos vuestros atrevidos dientes? Fuego en ellos y en tal descompostura y atrevimiento.”

## GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES

Natural de Madrid (1585?-1638). Es autor de las novelas *El español Gerardo* y *El soldado Pindaro*. Otra obra suya la *Historia de Felipe IV*, le valió le alzasen un destierro y el nombramiento de cronista del rey.

### DE PIRATA A MARTIR

(De *El español Gerardo*.)

1615<sup>1</sup>

En el año de seiscientos y tres el sultán o rey Jafer bajá cautivó un famoso y valiente hombre temido en este mar, tanto como espantoso en sus vecinas costas. Era de nación español, castellano y natural de la imperial Toledo, llamado Hernando Palomeque, el cual vino a su miserable esclavitud en la forma siguiente:

Habiendo halládose en su tierra y ciudad en la muerte de un ministro de justicia, viendo la que hacían de los cómplices que pudieron ser presos, deseando escapar del mismo aprieto, puso tierra en

---

<sup>1</sup> Este cuento de 1615 va inserto aquí para no separarlo del otro del mismo Céspedes, que es de 1625.

medio, acogiéndose al reino de Valencia, donde, ya más entrado en edad, con los años trocó la condición; y finalmente se casó en un lugar pequeño vecino al Grao, en quien <sup>1</sup> con alguna hacienda que le dieron en dote trató de armar un bergantín de catorce bancos, con quien, acompañado de algunos esforzados hombres que seguían el corso, comenzó a entrar por todas las costas de Berbería, haciendo en ellas notables daños a los moros; y era el valeroso Palomeque tan atrevido y osado, que muchas veces solía, en desembarcando de noche en este puerto, llegar hasta las mismas puertas de la ciudad, debajo de las cuales se llevaba algunos moros, que (como es ordinario) se recogen a ellas para dormir con más abrigo y seguridad; y aun a veces le sucedió dejar en la puerta de Babalvete, que es la que mira al muelle, enclavado su propio puñal, que hallándole a la mañana los turcos, sin mejores señas presumían luego el dueño de la hazaña; tal era la satisfacción <sup>2</sup> que de su animoso corazón tenían. Por lo cual vino a hacerse su nombre temido y espantoso en estas playas, y tanto, que cuando las moras querían acallar sus hijuelos les decían, para atemorizarlos, en su lengua: "Calla o vendrá Palomeque."

Prosiguiendo, pues, en el oficio de cosario <sup>3</sup>, a los

<sup>1</sup> *quien*, representaba antes con mucha frecuencia un sustantivo cualquiera, y no necesariamente de persona.

<sup>2</sup> *la satisfacción*: el pleno y probadísimo concepto.

<sup>3</sup> *cosario*: forma antigua que alternaba con *corsario*.

primeros meses de invierno y en el año que arriba tengo dicho salió del Grao y playa de Valencia con su antiguo bergantín y otro que ya con las ganancias y granjería del corso había puesto en orden, armados de valientes soldados y muy buenos remeros, como siempre lo tenía de costumbre, maquinando en su atrevido pensamiento de qué suerte o manera pudiese en aquel viaje emprenderse un hecho digno de su valor; y así, con este intento haciéndose al mar, y pareciéndole que, conforme el arte y buena razón de los cosarios, entrado ya el invierno estarían recogidos en Argel; teniendo favorables vientos y no siendo la travesía de Valencia aquí más que doscientas y cincuenta millas, en menos de tres días, buscando coyuntura, llegó Palomeque con sus dos bergantines a vista de Berbería, donde, tomando una noche lengua <sup>1</sup> cerca de esta ciudad como una legua a poniente, cautivaron un moro, de quien supo cómo en el puerto estaban muchos navíos de cosarios desarmados, así galeotas como bergantines; con que haciéndosele fácil el poner por obra en tan buena ocasión su determinado propósito (que era entrar en el muelle y quemar los bajeles), luego sin dilación, apartándose con sus más aficionados compañeros, les consultó su intento; y hallándolos del mismo parecer y voluntad, en siendo media noche, teniendo aquella hora por más acomodada y conforme a sus designios, porque los moros estarían en

---

<sup>1</sup> tomar lengua: informes, noticias.

ella descuidados, puso las proas de sus bergantines en Argel, y, sin ser sentido, entró con maravillosa osadía por el puerto, de suerte que llegó a poner los espolones<sup>1</sup> sobre las galeotas enemigas, arrojándose entre infinitos bajeles turquescos que estaban aferrados al muelle. Ya en esto cada cual de sus honrados compañeros estaba de lo que había de hacer advertido; y lo más esencial de la orden era lo siguiente: Había tratado Hernando Palomeque con sus soldados que tuviesen gran cuenta con arrojar fuego a todos los navíos, para cuyo efeto los entregó mucha cantidad de alcancias<sup>2</sup> y otros materiales semejantes, de que venía copiosamente prevenido, y que él, mientras esto se ejecutaba, saltando en tierra con su presteza acostumbrada, caminaría hasta el bastión<sup>3</sup> y puerta de la ciudad que por aquella parte sale a la marina; en quien, por más señalada muestra de esfuerzo, quería dejar fijado, como otras veces, su puñal; en que sin duda se ponía a terrible riesgo, por los turcos que de continuo hacen toda la noche guarda, así en el muelle que había de atravesar como en el bastión y puerta adonde se disponía a llegar. Con este presupuesto<sup>4</sup> saltó el animoso

---

1 *espolones*: puntas aferradas de la proa de los navios antiguos.

2 *alcancias*: vasijas de barro llenas de materias inflamables, antecedentes de las actuales granadas de mano.

3 *bastión*: obra de fortificación, de figura pentagonal, que sobresale en el punto en que forman ángulo dos lados de muro.

4 *presupuesto*: determinación, plan hecho de antemano.

toledano en tierra, y caminando con peregrina audacia al torreón, dió con su daga en él tres fuertes golpes, dejándole últimamente clavado en las herradas tablas de sus puertas. Entre tanto los compañeros arrojaron con brevedad y priesa gran parte de las alcancías llenas de pólvora dentro de los bajeles berberiscos; si bien fué su ventura estrecha, que por mucho que en ello trabajaron, jamás el fuego quiso pegar en los navíos; lo cual considerado por algunos cristianos, saltaron en las mismas galeotas, haciendo lo posible por quemarlas; y estándose ocupando en esta obra, aun con poco o ningún fruto, los turcos guardas del muelle y del bastión y algunos moros que dormían en los bajeles, despertando, reconocieron los cristianos y asimismo el intento que ejecutaban, y por tanto comenzaron a apellidarse<sup>1</sup>, dando voces a la ciudad; con que en un punto se levantó así dentro como fuera terrible estruendo y espantosos alaridos. A este tiempo Hernando Palomeque volvía ya de la puerta, y oyendo las voces de los turcos y moros, llegando a sus soldados, los comenzó a animar para que no desistiesen de la empresa y perseverasen en poner el fuego; el cual, no sin espanto y admiración de todos, nunca quiso arder ni pegar; con que, rabioso por semejante acaecimiento, sin ponerle temor los infinitos bárbaros que acudian, con la espada en la mano se arrojó en los

---

1 apellidarse: convocarse.

primeros, y satisfaciendo parte de su enojo con la muerte de dos o tres guardas del muelle, sin daño alguno se acogió a sus bergantines, y viendo que de todas partes tocando al arma, acudían muchos moros, no queriendo esperar más, mandó que se hiciesen a la mar. De esta suerte se salió Palomeque del puerto, alargándose a boga arrancada<sup>1</sup>, mas tan disgustado y pensativo, que habiendo caminado como cincuenta y tres millas, se dejó estar, con voluntad y ánimo (según él después nos contaba), de volver al cabo de tres días con la misma empresa. En tanto que estas cosas pasaban, fué avisado el sultán del suceso; y así, aunque de noche, hizo al punto llamar cinco cosarios, a los cuales mandó que sin tardanza fuesen por todas partes en seguimiento de los bergantines y procurasen (si bien fuese necesario arrestar<sup>2</sup> sus fuerzas) no volverse sin ellos. Hicieron en oyéndole la voluntad del rey los cinco arraces<sup>3</sup> y armando sus galeras, uno tomó la vía de levante y otro la de poniente, otros dos se alargaron tramontana<sup>4</sup>, y el último salió greco o nordeste; y como llevaban buena chusma<sup>5</sup> y mejor deseo de encontrar los cristianos, caminaban con extraña velocidad.

1 *alargarse* es entrarse mar adentro; *a boga arrancada*, precipitadamente, con todos los remos y al máximo de esfuerzo de todos.

2 *arrestar sus fuerzas*: jugárselas al todo por el todo.

3 *arraces*: capitanes de barco.

4 *tramontana*: norte.

5 *chusma*: gente del remo.

Los cosarios a quien cupo la vía de tramontana o norte, que es el camino derecho de Valencia, bogaron tan furiosamente, que antes de medio día descubrieron los dos bergantines, que ya también habían visto sus galeotas, y sospechando lo que ser podía, comenzaron a huir, y los turcos, por el consiguiente, a seguirlos y darlos caza más de cuarenta millas, al fin de las cuales, como las galeotas caminaban con tan grandes ventajas, y mucho más sin comparación que los bergantines, hubieron de alcanzar el más zorrero<sup>1</sup>, en quien acertó a ir nuestro valeroso español; y no siendo el entrarle dificultoso, si bien no sin heridas, muertes y resistencia, en un punto los cautivaron a todos, pudiendo entre tanto ponerse en salvo el otro bajel. Muy contentos quedaron los turcos con el buen suceso, y mucho más lo fueron cuando supieron de los mismos cristianos era uno de ellos el famoso y valiente Hernando Palomeque, y el intento de su jornada; con que llenos de regocijo dieron la vuelta a esta ciudad, donde apenas llegaron, cuando, sabiéndose su cautiverio y prisión, así el muelle, como el puerto y marina, se cubrieron de turcos, moros y renegados, deseando ver con los ojos un hombre a quien tanto habían temido. De todo lo cual el sultán quedó en extremo gustoso, y agradeciendo a los arraeces lo bien que habían ejecutado su deseo, mandó que llevasen a Palomeque

---

1 *zorrero*: zaguero, retrasado.

al baño <sup>1</sup> y lugar de sus esclavos; en quien al día siguiente concurrió número inmenso de moros y muchachos a ver, como a milagro, esclavo, herrado <sup>2</sup> y preso a una gruesa cadena, a Palomeque.

Deseaba el sultán con gran demostración en aquel caso hacer una notable justicia para espanto de los cristianos; y así, no dilatando su propósito, mandó que tomasen al toledano como a cabeza de aquel y otros semejantes atrevimientos, y que armando en el mismo lugar que desembarcara una horca, le enganchasen en ella por el talón del pie derecho, y que, así colgado, le dejasen, hasta que muriese en aquel espantoso tormento, que es una manera diabólica y género cruelísimo de muerte.

Púsose en un instante por la obra este bárbaro intento con extraordinaria y general alegría de toda la ciudad, que salió a mirarlo; mas como el cielo no tenía aún determinado por entonces el fin dichoso de sus felices días, permitió que, llegando a noticia de algunos arraeces y cosarios cómo el rey le mataba, pareciéndoles cosa detestable, y consultándolo entre sí, acordaron últimamente de ir a su presencia, haciendo con él revocase sin dilación aquella sentencia; y entre las muchas razones con que le persuadieron, la más esencial fué decirle que era uso de guerra procurar a los enemigos todos los daños, pérdidas y males que se pueden ejecutar, quemán-

---

1 *baño*: patio donde se encerraba a los cautivos.

2 *herrado*: marcado con el hierro de esclavo.

doles las casas y bajeles y asolándoles las haciendas y campos, sin que por ello mereciesen particular castigo, y que también ellos hacían lo mismo, destruyendo y talando cuanto de los cristianos se les ponía por delante; y últimamente, que no convenía emprender cosa por donde los de España tuviesen razón de pagarse en la misma moneda si, como era cosa muy posible, los cautivaban a ellos algún día; y quien más insistió en esta pretensión fueron los dos cosarios que habían prendídole; con que el rey (aunque de mala gana) hubo de mandarle desenganchar, y que le volviesen, después de una hora que así estuvo colgado, a la prisión y baño con los demás cautivos, de quien fué amorosamente acariciado, curándole asimismo un gentil<sup>1</sup> cirujano que a la sazón con ellos se hallaba. Aquí estuvo después de sano muchos días, sin que el sultán quisiese tratar de su rescate, si bien muchos, a ruego y persuasión de Palomeque, se lo propusieron; antes por excusarse de tantos ruegos y persuasiones, en los últimos términos de su gobierno, en cambio de otros cautivos y mancebos de buen parecer que buscaba para llevar al Gran Señor y a sus privados, le trocó a uno de los alcaides que residían en Tremecén<sup>2</sup>, adonde después de esto fué llevado con notable sentimiento y tristeza suya, porque como su principal

---

1 *gentil*: bueno, experto.

2 *Tremecén*: ciudad de Argelia.

hacienda, que eran los bergantines, se habían perdido, y él no tuviese mayor remedio para su libertad, asistiendo<sup>1</sup> en Argel estaba su esperanza pendiente de la redención de los cautivos que hacen la Mercet y Trinidad<sup>2</sup>, y juntamente en los mercaderes y amigos cristianos que aquí contratan de diversas provincias de la Europa y suelen también ayudar a tan piadosas obras; y faltándole este buen aparejo en Tremecén, llano es que la desconfianza de su remedio se había de acrecentar, como en efecto fué ello así, porque apenas su patrón entendió la ida del sultán, por cuyo respeto no había osado rescatarle<sup>3</sup>, cuando comenzó a darle la más triste y trabajosa vida que se puede pensar, toda a intento que el afligido Palomeque se rescatase; cosa que ya le era tan imposible como tengo significado. Al fin, viéndose tan en extremo desconsolado y tan maltratado del patrón con continuas injurias, palos, azotes y tormentos, fué forzado a preguntarle el precio en que estimaba su libertad, advirtiéndole que, no obstante que él había venido a la suma pobreza y desventura que podía llegar un hombre, si se ponía en razón, escribiría a Argel a sus amigos, y a España a sus parientes, para que todos le socorrie-

1 *asistiendo*: estando.

2 Ordenes religiosas dedicadas a rescatar cautivos.

3 Esto es, que no había manifestado sus deseos de que se rescatara Palomeque en atención al sultán que no lo había permitido nunca.

sen y ayudasen. Lo cual entendido de su bárbaro dueño, haciéndole saber que la estimación de su rescate eran doscientos ducados, si bien aquestos se habían de pagar sin tardanza o remisión alguna, juntamente le amenazó con una horrible muerte si en todo caso no prevenía<sup>1</sup> su determinación; con que, sin osar replicarle, trató el pobre cautivo de su remedio, y por tanto escribió a todos los mercaderes cristianos y a los baños y cautivos de Argel, en quien por su valor y fama era bien conocido y estimado, dándoles cuenta particular de los trabajos que pasaba y pidiéndoles para su rescate; con que finalmente, aunque contra toda esperanza, ayudando los frailes redentores, le enviaron los doscientos ducados, que él entregó luego al punto a su cruel patrón, que como vió el dinero, se puso a contarle muy despacio, y acabando, sin decirle palabra, echó mano de un ñudoso bastón, y arremetiendo al triste Palomeque, en un instante le dió infinitos palos, diciéndole entonces a voces: “¿Cómo, perro traidor, y estos son los dineros que yo tengo pedidos del rescate?” A esto, no poco afligido nuestro cristiano, le respondió: “¿Pues cómo, señor mío? ¿No están juntos aquí los doscientos ducados que me mandaste buscar? Si no está bien la cuenta, no te alteres; que dos ni tres que falten dejaré de suplirlos.” A esto

---

<sup>1</sup> *prevenía su determinación*: buscar con diligencia la cantidad señalada para evitar se realizase la amenaza.

aquel infiel, volviéndole a dar con el bastón, con grandes alaridos le replicó que él no había pedídole menos de doscientos y cincuenta. Lo cual oyendo Palomeque, y juntamente conociendo la maldad de su dueño, volvió otra vez por el mismo estilo que antes a procurar la cantidad que nuevamente acrecentaba, que habiéndosele remitido, muy contento y pensando que los trabajos de su triste y prolijo cautiverio se le habían acabado, los presentó al patrón, si bien no lo hubo hecho cuando aquel infernal hombre arremetió a él, maltratándole con otros tantos golpes y puñadas, diciéndole que no le había de dar sino doscientos y ochenta ducados, o morir, haciendo lo contrario, en sus crueles manos.

¿Qué haría el desdichado Palomeque viéndose tan sin causa atormentar, y por otra parte considerando que aquella bestia fiera ni tenía palabra ni certeza en cuanto concertaba y proponía? Acusaba, afligido, su contraria fortuna; lloraba su miseria, importunaba al cielo, suplicaba a los santos, deshacíase en suspiros y rompía los vientos con entrañables y dolorosos gemidos; pero viendo que no había otro remedio, no se atrevió a repugnar<sup>1</sup> la voluntad infame de su patrón, y así, volviendo a solicitar sus bienhechores, dándoles la razón de sus desgracias, con humildes ruegos movió los corazones de muchos, de suerte que en breves días le juntaron y socorrieron

---

<sup>1</sup> *repugnar*: contradecir, oponerse a.

con los treinta ducados; y traídos a su casa, una tarde pidió al alcaide le hiciese la carta de su rescate, porque ya tenía el dinero junto. ¿Quién no pensara que todo era acabado, y que su dueño quedara aun más que satisfecho? Pues no fué así, porque antes sin vergüenza ninguna le tornó a decir que en conclusión habían de ser trescientos ducados cabales el precio de su libertad y rescate, porque quien con tanta brevedad hallaba doscientos y ochenta, podía sin dificultad cumplir el referido número. Y para forzarle a conceder aquesto, le comenzó a jurar por su Profeta que si no lo ponía en ejecución le había de quemar vivo. Cuando el valeroso Palomeque acabó de entender mal tan increíble, que aquel inhumano bárbaro ni tenía palabra, fe ni razón alguna, considerando juntamente cuánto trabajo y vergüenza le habían costado aquellos dineros, y que tenía todos los amigos importunados, cansados los mercaderes y toda clase de cristianos cautivos con sus demandas y novedades<sup>1</sup>, y finalmente, que ya no tenía de adonde esperar mejor remedio, acabando de perder la paciencia, casi desesperado, en un punto arremetió a una espada que acaso<sup>2</sup> estaba en el mismo aposento, y cerrando con el patrón, le dió, sin poderse defender, veinte estocadas, y a cada

---

<sup>1</sup> *novedades*: mudanzas, cambios. Aquí se entiende por las repetidas peticiones de dinero, por la constante variación del precio del rescate.

<sup>2</sup> *acaso*: casualmente.

golpe con furiosa indignación le repetía: "Toma dineros, perro, y satisface con aquesta moneda la insaciable sed de tu codicia."

Estaban a este tiempo, que casi era de noche, presentes a este caso dos mozos renegados, que eran del mismo alcaide. Estos, viendo matar a su señor, comenzaron a dar terribles voces; a los cuales arremetiendo Palomeque, en un instante hizo piezas al que alcanzó primero, acogiéndosele<sup>1</sup> el compañero por los pies, aun yendo siguiéndole hasta la calle; y viendo que iba levantando la voz, con la cual convocaba a los vecinos, si bien conoció su notorio riesgo, no del todo se perdió de ánimo, antes atravesando en un instante cuatro o cinco calles, por la puerta que halló en la una abierta se salió al campo, y rodeando gran parte de él, últimamente se acogió, sin ser de alguno visto, a un jardín del principal alcaide o gobernador de la ciudad, en quien estaba un su cautivo por guarda o jardinero. A éste, pues, dió cuenta Palomeque del suceso; y considerando cuán bien buscado había de ser, de común acuerdo trataron que Palomeque se encerrase en una cueva que tenía hecha en lo más secreto y excusado del jardín, donde estuvo quince días sin salir, ni de día ni de noche, de su tenebrosa escuridad, hasta que, finalmente, pareciéndole que ya estarían las cosas en mayor sosiego, no habiendo otro remedio más seguro, se de-

---

<sup>1</sup> *acogiéndosele*: escapándosele.

terminó a huír por tierra a Orán. Era esta diligencia peligrosísima; mas al fin húbola de emprender como a la última y 'más forzosa salida, si bien con tan siniestra suerte, que al segundo día, dando sin pensar en unos aduares, por más que se quiso defender retirándose, y a veces arremetiendo a los que le perseguían, no pudiendo tolerar con más aliento su violencia, atropellado de un caballo, que casi le hizo pedazos el rostro, y herido de algunos flechazos, le hubieron de rendir. No muchos días después de esta desgracia, viniendo el alarbe a quien nuestro valiente Palomeque le cupo en suerte al puerto de Sargel, se le volvió a vender a un corsario tagarín o moro andaluz, el cual luego le puso al remo con los demás esclavos cristianos que tenía en una galeota, en quien sin dilación, aunque tenía el rostro estropeado, fué de muchos forzados conocido, porque antes le habían tratado y visto en aquesta ciudad, adonde ya en aquella sazón se había extendido la ocasión de su fuga. No ignoraba Palomeque el mortal peligro que tan de cerca le estaba amenazando; y así, muy pensativo y desconsolado, no sabiendo qué hacerse, temía que si la galeota venía a Argel, su muerte no se le podía dilatar; con que hubo de tomar por última resolución el envidar el resto <sup>1</sup> de su industria <sup>2</sup> y esfuerzo, acabando de una vez de

---

<sup>1</sup> *envidar el resto*: frase propia del juego, jugar el todo por el todo.

<sup>2</sup> *industria*: inventiva de recursos.

morir o librarse. Parece que la fortuna, jugando con este hombre, le ponía en las manos, como él pudiera desear, las ocasiones, para después desampararle en la salida y cumplimiento de ellas; y así, en medio de aqueste torbellino y confusión en que se hallaba atajado, le ofreció la que ahora oiréis, que fué la postrera en quien mostró al mundo aún con más valor su crecido ánimo. Estaba Argel en aquel tiempo temeroso de que las fuerzas, gente y municiones que Su Majestad del Rey don Felipe Tercero mandaba prevenir (para más asegurar la expulsión de los moriscos) en los más importantes puertos de España, no le cayese encima; y así, una de las diligencias que el sultán hizo para su defensa fué mandar recoger a esta ciudad todo el trigo que se pudo hallar en la comarca y otras tierras de Africa, para cuyo efeto envió orden a Argel, avisando por ella al cosario tagarín, dueño de nuestro castellano, que fuese a la ciudad de Bona por bastimentos; lo cual ejecutando sin réplica, luego como allá llegó, cargó de trigo, mantecas y otras cosas hasta la víspera del Precursor glorioso <sup>1</sup>, en cuyo día todos los turcos y moros desembarcaron, queriendo cada uno comprar particularmente para sus casas bastimentos; y no quedando en la galera mas que doce o trece soldados, advirtiéndolo el animoso Palomeque a los com-

---

<sup>1</sup> *Precursor glorioso*: San Juan Bautista, cuyo día se celebra el 24 de junio.

pañeros, que a esta hora iban y venían del bajel al lugar metiendo a hombros todas las vituallas que se compraron, entendiendo el descuido de sus dueños, comenzaron a hacerse señas, y después a platicar por el mismo camino la ocasión milagrosa que para alzarse con la galeota les ofrecía su buena suerte, esforzando Palomeque esta plática con tantas veras<sup>1</sup>, que últimamente se hubieron de resolver, con presupuesto de poner, luego como volviesen a ella, en ejecución su pensamiento. Sería el número de todos los cristianos ciento y veinte, parte del rey que los enviaba y parte del bárbaro andaluz; y así, resueltos en lo que tengo dicho, al entrar con la ropa y vitualla el despensero de la galera, que de todo era consentidor, les dió cuatro alfanjes de los turcos que por su mandado tenía guardados en lo más bajo y secreto de la despensa, y quien no pudo haber espada echó mano de algún puntal, tabla o madero y cualquiera forma de arma que en tales casos suele ministrar el furor y la necesidad; y hecho esto y arremeter a los turcos que habían quedado en la galera fué todo uno. El Palomeque, con los otros tres que se previnieron de los alfanjes, acometieron a la popa, en quien estaban ocho turcos, que, viéndolos venir con tal denuedo, también echaron mano de sus armas, defendiéndose como mejor pudieron; si bien cerrando Palomeque con

---

1 *veras*: frases, expresiones de plena convicción y aliento.

ellos, dando al uno una espantosa cuchillada y revolviéndose a él y sus compañeros con los demás, los apretaron tan rabiosamente, que hicieron mal de su grado lanzarse al mar los cuatro. Los que quedaban así en popa como en proa procuraron encastillarse <sup>1</sup>, no tratando de más defensa que impedir a los cristianos el cortar de los cabos y amarras, en cuyas esperanzas libraban solamente el remedio de todos, pareciéndoles que así sus compañeros podrían socorrerles por la tierra; y fuéles en aquesto tan dichosamente, que sin ser parte alguno <sup>2</sup> para contrastarles, dieron lugar primero a que, juntándose los demás turcos y moros y embarcándose en muchas barcas, los cercasen, haciendo finalmente en los cristianos, desnudos y sin defensa, terrible carnicería con las escopetas, y de tal suerte, que faltando los más de ellos, fueron entrados por la proa, que los de dentro tenían ocupada, forzándoles a que se rindiesen y entregasen.

Apoderado el tagarín de su galera, lo que ante todas cosas ejecutó fué mandar encerrar a los que le pareció debajo de cubierta, y luego atemorizando a aquellos con terribles y espantosos tormentos, comenzó a inquirir y preguntar el autor del alzamiento; lo cual entendido <sup>3</sup> de algunos, no tan solamente

<sup>1</sup> *encastillarse*: hacerse fuertes.

<sup>2</sup> *sin ser parte alguno*: sin poder ninguno de ellos..

<sup>3</sup> *entendido*: oído.

el vil temor les hizo confesar la verdad, sino que juntamente, deseando granjear el gusto del patrón, le advirtieron de lo que pudieran excusar, diciéndole cómo aquel mismo era el famoso y temido Palomeque; con que en extremo escandalizado, si bien en parte contentísimo por tener en su poder la persona de quien tantos deseaban venganza, haciéndole echar gruesas prisiones, apenas llegó a Argel cuando, dando al sultán cuenta particular de su desgracia, y en fin, del que había sido autor y origen de ella, con grandes voces le pidió por remate y contera de su plática que hiciese de él justicia. Había, desde que vino de Constantinopla, deseado conocer el bajá a nuestro Palomeque, singularmente aficionado a sus extrañas valentías y esfuerzos; y así, no pudiendo disimular su regocijo, mandó que luego <sup>1</sup> le trajesen a su presencia, adonde después de haberle con atención considerado, pareciéndole que si tal hombre se volviese moro, demás del gran servicio que hacía <sup>2</sup> a su Profeta, ganaba juntamente un importante y excelente hombre para la guerra, después de algunas cosas que le dijo, últimamente le propuso su intento, procurando ya a veces con halagos y ya con amenazas y temores conseguirle; porque no tan solamente, de obedecer su gusto, le aseguraba la vida, mas con promesas grandes y mayores encarecimien-

---

<sup>1</sup> *luego*: en seguida.

<sup>2</sup> *hacía*: familiar por *haría*.

tos le ofrecía casarle de su mano <sup>1</sup>, dándole hacienda suficiente para que con honor se sustentase y viviese. A todo lo cual nuestro honrado español con maravillosa libertad le respondió, diciendo que su alteza no se cansase en balde mandándole obedecer a tan terrible desatino, de cuyo cumplimiento estaba tan ajeno <sup>2</sup>, como, queriendo experimentar su constancia, lo conocería mejor; porque no sólo las riquezas y bienes de la tierra no bastarían a que él desdijese de la ley que profesaba, pero que desde luego prometía pasar por ella infinitas muertes y otros tantos martirios. Y no por tal respuesta fueron menos las persuasiones que tuvo así del sultán como de cuantos se hallaron en la ocasión presentes; si bien ni todas juntas, con los tormentos espantosos que le pusieron por delante, fueron parte para que en su firmeza blandease; antes con ánimo invencible replicaba, riéndose, lo que habéis oído; de que el sultán enfadado, tanto de su perseverancia como importunado de un número grandísimo de turcos y moros, que a voces clamaban mandase hacer en él un famoso castigo, sin más tardanza o remisión se le entregó a los deudos y parientes de los muertos, para que ellos le diesen la muerte que mejor les agradase; y no tardó mucho sin que esta nueva dejase de extenderse por toda la ciudad, con

1 *de su mano*: con mujer que él le daría.

2 *ajeno*, lejano.

que entendiéndose quién era el cautivo que había de morir, en un punto se cubrieron las calles de gentes, y aun las mujeres, que nunca se dejan ver, salían a las puertas y azoteas, haciendo con el regocijo que sentían extremos locos y algazaras confusas.

En tanto que estas cosas pasaban en la ciudad, los turcos y moros, que con Palomeque en palacio asistían, cansados de decirle afrentosas injurias, y mandando traer un feroz caballo, le hicieron atar a la cola de él, llevándole de aquella suerte hasta en medio de la calle del Zoco, adonde conociendo estos perros que si con él querían pasar más adelante, muriendo en aquel tormento forzosamente se había de librar de los más crueles y sangrientos que le tenían prevenidos, movidos de esta rabiosa causa, hicieron desatarle, llegando luego al punto un moro vil que había de servir de verdugo, el cual fijando cerca de dicho Palomeque un cepo<sup>1</sup> que traía a cuestras, de poco más de media vara, le echó mano de la pierna izquierda, y poniéndosela encima del tronco, prosiguió en su oficio, diciéndole: "Cristiano fementido, ¿es posible que, perdonándote el sultán aquesta justa y merecida muerte porque te vuelvas moro, quieras así, obstinado en tus errores, dejarte hacer pedazos? Vuelve en ti, desdichado, que aun tienes vida y tiempo para arrepentirte, pidiendo a su alteza use contigo de su acos-

<sup>1</sup> *cepo*: especie de trampa compuesta principalmente de dos gruesos maderos (*troncos*) que, cerrándose cogen la pierna del reo.

tumbrada clemencia y misericordia." A estas razones, siu perder de aquel su valiente ánimo un punto solo, respondió con alterada voz: "Mezquino bárbaro, tú y cuantos me miráis de tu vil secta sois los errados, ciegos y miserables, pues siguiendo los desatinados abusos de un malvado embustero, os dejáis condenar a rienda suelta; y así, de canalla tan sucia y asquerosa ni temo sus tormentos ni hago más caudal<sup>1</sup> del que habéis visto de sus amenazas: cortad, partid, romped y descoyuntad este cansado cuerpo; que no porque él perezca a vuestras manos, ha de dejar mi alma a su verdadero Dios, en cuya piedad confío me dará ánimo y sufrimiento para llevar aún mayores tormentos; y con tanto, levantando la voz, con un grito espantoso concluyó, diciendo: "Cristiano soy, y cristiano he de morir a pesar vuestro y del infierno todo."

No hubo bien acabado esta razón última, cuando el desapiadado verdugo, de cuatro o cinco golpes por la rodilla, le cortó la pierna; y teniéndole algunos moros, porque no cayese, ordenaron al mismo bárbaro que, como había quitádole la pierna del estribo<sup>2</sup>, asimismo le cortase el brazo de la lanza, emparejando con tan cruel castigo los dos principales miembros que habían sido daño, ofensa y terror de su nación. Ejecutóse al fin como el primero este

<sup>1</sup> *caudal*: caso; hacer caudal es igual a dar importancia.

<sup>2</sup> *la pierna del estribo*: la izquierda, que se apoya en el estribo para montar y apearse.

mandato, convirtiéndose el español valiente en dos peregrinas y sangrientas fuentes; con que los dolores que entonces su cuerpo desmembrado debió de sentir cierto es que serían incomfortables y terribles; pero todos los sufría el dichoso varón con esfuerzo del cielo, poniendo admiración en los mismos turcos, moros y renegados, de quien estaba con espantoso número este horrendo espectáculo rodeado. Hecho aquesto, y sustentando entre cuatro personas la de nuestro español porque no cayese, esperaron un poco mientras se ponía en orden la horca en que le habían de subir y enganchar, adonde, apenas fué acabada, cuando atado el sangriento y casi mortal cuerpo por medio de la cintura con la soga de la polea, tirando le alzaron hasta lo más alto y empinado de ella, sin perder en tan riguroso trance el venturoso Palomeque un punto de su ánimo y fortaleza; mas antes en medio de tan crueles y tremendos dolores resplandeció con mayor claridad la luz maravillosa de su verdadera fe, y dió su espíritu al cabo de veinte y cuatro horas que estuvo en aquella horrible pena con general espanto y confusión de media Berbería, que casi<sup>1</sup> a su feliz y glorioso tránsito se halló presente.

---

1 casi: casi media Berbería.

EL PREMIO DEL BIEN OBRAR

(De *El soldado Pindaro*, 1625.)

No ha treinta años que pasó en Aragón el caso que sabréis al presente, que no sólo hará fácil el que ya habéis oído, mas aun sospecho que le ha de dejar muy atrás en vuestra estimación: ruégoos que le escuchéis atentos. En cierto lugar pequeño de aquel reino vivía un hombre llano, cuyo caudal no pasaba de setenta ducados; este, pues, tuvo modo para hacerlos moneda, y con ella se entabló con un tratillo<sup>1</sup>, donde bautizando los vinos y revendiendo baratijas menudas con falsos pesos y medidas, ganó más de tres mil y más en lo restante de su vida. Tuvo esta fin<sup>2</sup>; murió, y entró en la herencia un hijo de veinte años, tan cuerdo y deseoso de salvarse como el padre había andado remiso; porque el cielo muchas veces del peñasco más duro, del pedernal más tosco saca las fuentes saludables y puras. Este mozo virtuoso, teniendo delante de los ojos la ruina de aquella alma, guió mejor la suya, y queriendo con entrañas piadosas descargar a su difunto padre, si bien era dificultoso el modo de tal restitución, su grande caridad le abrió camino; mas ¡qué imposibles no atropella, qué dificultades

---

<sup>1</sup> *se entabló con un tratillo*: se estableció con un pequeño comercio.

<sup>2</sup> *fin*: se usaba antes también como femenino.

no vence esta excelentísima virtud! Siguió, pues, las pisadas del padre (digo, en cuanto al oficio), pero con muy diferente proceder; porque si 'aquél vendía sus vinos y cosas comestibles con pesas y medidas diminutas<sup>1</sup> y falsas, éste, al contrario, creciendo unas y otras más de la ordinaria tasa y peso, fué poco a poco satisfaciendo al pueblo por unos mismos filos<sup>2</sup> hasta que el discurso del tiempo, perdiendo siempre y nunca granjeando, le dejó sin hacienda y en la miseria y escasez de sus principios, por cierto obra admirable, y por sus requisitos y circunstancias, digna de eterno loor y de inmortales láminas. Mas nunca Dios olvida a los que por su causa acometen tan heroicas empresas. Dióle doblado el galardón. Tenía por costumbre este mozo, ya en su prosperidad y ya en su pobreza voluntaria, acoger y albergar en su casilla los mendigos y pasajeros que hallaba por las calles sin posada ni abrigo. Y, acaso<sup>3</sup>, en tal empleo, cogiéndole una noche muy cerca del mesón, vió que, con estar lloviendo muy aprisa, despedían de él a un hombre de a caballo<sup>4</sup>, diciéndole que no tenían posada, siendo lo cierto que si se la negaban era por parecerles que venía muy enfermo, y ello era

---

1 *diminutas*: disminuidas de su justo peso.

2 *por los mismos filos*: expresión tomada de la esgrima; significa por los mismos medios y modos.

3 *acaso*: casualmente.

4 *de a caballo*: luego se verá que la montura era una mula; quiere, pues, decir, montado, no de a pie.

así sin duda; mas lastimóle tanto a nuestro pobre mozo, que, no obstante que la estofa<sup>1</sup> del huésped y su persona noble mostraban calidad diferente que los que él acogía ni pedía su estrechez, con todo eso, alentado, le propuso su intento, y el forastero tanto al fin se vió apretado de sus ruegos, del aguacero y hora desacomodada, que lo hubo de acetar y seguirle a su casa; adonde, después de haber buscado de comer a la mula y aposentádola, no teniendo más que una sola cama, ofreciéndosela con dos sábanas limpias, le hizo acostar en ella. Venía (según tengo advertido) algo achacoso el huésped, y aquella noche, o por el gran cansancio del camino, o por estar calado de la enfadosa lluvia, le creció su dolencia tan apretadamente, que hubo de dejar suspendida la jornada. Mandó llamar un médico; y finalmente, sin reservarse gasto conveniente a su cura, servida y ordenada ésta con entrañable amor y paciencia del virtuoso mancebo, y ya menguando y creciendo con diferentes accidentes en veinte días que le duró la enfermedad, le llegó el último y final de su vida, en quien haciendo testamento y declarando ser un caballero italiano y rico que por su gusto y curiosidad andaba viendo el mundo, dispuestas largamente las cosas de su alma, dió dinero para que le depositasen y dijesen misas y concluyó nombrando por heredero absoluto de cuanto en su casa había metido, vestidos,

---

1 *estofa*: categoría, importancia.

mula, cojín <sup>1</sup>, silla y portamanteo y otras alhajas a su honrado dueño, encargándole mucho que en recompensa de esto tomase por su cuenta el despacho y avío <sup>2</sup> de unas cartas que para Italia dejaba en su poder. Con esta última voluntad expiró; y enterrado su cuerpo, trató con dilación el expediente de su descargo, si bien juzgaron no pocos del lugar semejante gravamen por mayor que la herencia, pues de haber de enviar propio con los despachos que quedaban, poco más, poco menos, saldría comido por servido. Pero dispúsole de otra manera 'el cielo, porque al querer desembarazar la maleta, entre el aforro de ella halló pegados con engrudo docientos doblones <sup>3</sup>; y haciéndole este cebo curioso explorador, remirando una y diversas veces los vestidos y alhajas, en las vueltas de las botas de camino <sup>4</sup> descubrió otra mina, y entre la borra y fustes <sup>5</sup> de la silla otra no menos rica. Serían por todos mil y quinientos ducados <sup>6</sup>; con que dentro de breve espacio volvió su casa al aumento y valor en que su padre la dejó, bien que mejor

1 *cojín*: almohadilla o cojinete para la silla de la caballería.

2 *avío*: arreglo.

3 Unas cuatro mil pesetas.

4 *botas de camino*: botas altas hasta cerca de las corvas, cuya parte superior doblaba hacia fuera. Comúnmente eran de fieltro y eran prenda característica del vestido de viaje o de camino.

5 *borra y fustes*: lo más común es decir *borren*, y significa la juntura del arzón y las almohadillas de las monturas. Los fustes son las dos piezas de madera que tienen las mismas monturas.

6 Unas diez mil pesetas.

sin duda, por ser aquesto adquirido y granjeado con su gran caridad, y aquéllo con robo y daño general del lugarcillo.

## BALTASAR GRACIÁN

### ARTE PARA SER DICHOSO

#### *Fábula.*

(De *El Discreto.*)

1645

Tiene la mentida fortuna muchos quejosos y ningún agradecido; llega este descontento hasta las bestias; ¿pero a quién mejor? El más quejoso de todos es el más simple<sup>1</sup>.abase éste quejando de corrillo en corrillo, y hallaba, no sólo compasión, pero<sup>2</sup> aplauso, especialmente en el vulgo.

Un día, pues, aconsejado de muchos y acompañado de ninguno, dicen que se presentó en la audiencia general del soberano Júpiter; aquí profundamente humilde, que le es de agradecer a un necio, y otorgada la inestimable licencia de ser escuchado, pronunció mal esta peor trazada arenga:

“Integérrimo Júpiter, que justiciero y no vengador te deseo; aquí tienes ante tu majestuosa presen-

<sup>1</sup> *el más simple*: es decir, el asno.

<sup>2</sup> *no sólo...*, *pero*. Antes se usaba *pero* en este giro, donde hoy empleamos *sino* o *sino además*. Aunque este rasgo tal vez fuese más propio de la lengua escrita.

cia el más infeliz, sobre ignorante, de los brutos, solicitando, no tanto la venganza de mis agravios, cuanto el remedio de mis desdichas. ¿Cómo pasa ¡oh numen eterno! tu entereza por la impiedad de la fortuna, sólo para mí ciega, tirana y aun madrastra? Ya que la naturaleza me hizo el más simple de los animales, que es decir cuanto se puede, ¿por qué esta cruel a tanta carga ha de añadir la sobrecarga de desdichado, violando el uso y atropellando la costumbre? Me hace ser necio y vivir descontento; persigue la inocencia y favorece la malicia; el soberbio león triunfa, el tigre cruel vive; la vulpeja, que a todos engaña, de todos se ríe; el voraz lobo pasa; yo solo, que a ninguno hago mal, de todos le recibo: como poco, trabajo mucho, nada del pan, todo del palo<sup>1</sup>; tráeme desaliñado, y yo, que me soy feo, no puedo parecer entre gentes y sirvo de acarrear villanos, que es lo que más siento.”

Conmovió grandemente esta lastimosa proclamación a todos los circunstantes; sólo Júpiter severo, que no se inmuta a sí vulgarmente, alargó la mano sobre que había estado, no tanto recordado cuanto reservando para la otra parte aquel oído<sup>2</sup>, hizo ademán que llamasen, para dar su descargo a la Fortuna.

<sup>1</sup> Alude al cantarillo popular *Del pan y del palo—me da mi madre*, que sirvió de título a una obra de Lope de Vega.

<sup>2</sup> Era proverbial decir que el juez debe reservar siempre un oído para la parte acusada.

Partieron en busca de ella muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes, y en ninguna la hallaban. Preguntaban a unos y a otros, y ninguno sabía dar razón. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusión y la prisa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese ni aun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que sin duda no debía de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron a la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que había estado, pero muy de paso, no más de<sup>1</sup> para encomendar algunos haces de espinas y unos talegones de leznas<sup>2</sup>. Pasaron a la de la Sabiduría; respondióles la Pobreza que tampoco estaba allí, pero que de día en día la aguardaba.

Sólo les quedaba ya otra casa, que estaba sola a la derecha acera. Llamaron, por estar muy cerrada, y salió a responderles una tan hermosa doncella, que creyeron ser alguna de las tres Gracias, y así, le preguntaron cuál era. Respondió con notable agrado que era la Virtud. En esto salía ya de allá dentro, y de lo más interior, la Fortuna, muy risueña; intimáronla el mandato, y obedeció ella, como suele, volando a ciegas.

---

1 no más de: no más que.

2 El Cuidado está donde está la Riqueza, y la Fortuna solo de paso; solamente para encargar al Cuidado las penosas preocupaciones (espinas y leznas).

Llegó muy reverente al sacro trono, y todos los del cortejo la hicieron muchas cortesías, y aun zalemas, por recambiarlas<sup>1</sup>. “¿Qué es esto, oh Fortuna —dijo Júpiter—, que cada día han de salir a mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más a muchos, y a todos imposible; también me consta que a los más les va mal porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte; es abuso entre los hombres nunca poner los ojos en el saco de las desdichas de los otros, sino en el de las felicidades, y al contrario en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso o el pesar. Por tanto, yo nunca hago caso de sus quejas, hasta ahora; que las de éste, de todas maneras infeliz, traen alguna apariencia.”

Miróle la Fortuna de reajo; iba a sonreírse; pero advirtiendo donde estaba, mesuróse, y muy caricompueta dijo: “Supremo Júpiter, una palabra sola quiero que sea mi descargo, y sea ésta: si él es un asno, ¿de quién se queja?” Fué muy reída de todos la respuesta y del mismo Jove aplaudida; y en confirmación de ella y enseñanza del necio acusador, más que consuelo, le dijo:

“Infeliz bruto, nunca vos fuerais tan desgraciado, si fueseis más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el león, prudente

<sup>1</sup> *por recambiarlas*: para alcanzar a su vez el risueño saludo de la Fortuna.

como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengañense todos los mortales (dijo alzando la voz), que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia.”

## FRANCISCO SANTOS

Madrileño († hacia 1700) y autor de numerosas obras de costumbres.

### EL TESORO FATAL

(De *Los Gigantones de Madrid.*)

1666

Cuenta el gran Pánfilo que en Italia había tres bandoleros robadores y matadores, y que estando en la campaña, faltos de todo sustento y temerosos de entrar en poblado, por sus buenas obras, trataron de echar suertes al que le tocaba el ir a un lugar cercano a comprar de comer. Convidóse el uno, diciendo tenía en dicho lugar un amigo, cuando estando en esto vieron venir a un ermitaño corriendo hacia ellos, a quien oyeron dar espantosas voces, como que huía de algún gran daño, diciendo: “¡Ay de mí, que me siguen la muerte y el demonio! ¿Quién me favorecerá? ¿Dónde buscaré amparo, pues me falta el que me albergaba en quietud?” Llegó donde los tres estaban, y deteniéndole y amonestándole que se sosegase, le preguntaron la causa

de su turbación y voces. A quien respondió así: "Yo, amigos y señores, soy un pobre hombre que pretendiendo pagar alguna parte de tantas honras y mercedes como he recibido de la poderosa mano de Dios, me había retirado de la vanidad y poder del mundo, para hacer una vida penitente, en una ermita desierta por antigua, donde pasaba con quietud la vida que me resta de gozar, cuando, saliendo de lo más retirado de mi albergue, vi a la puerta de la vivienda un bulto grande y llegándome a él vi que era mucha plata, y oro, y joyas de infinito valor. Y arrepentido de mi curiosidad por haberlo mirado, creyendo que sin duda es el demonio y la muerte quien allí lo ha puesto, me he salido huyendo de mi propio albergue, con intento de no volver más a su estancia; porque donde está aquel tropiezo de la quietud y cadenas del demonio, no pretendo volver."

Los tres ladrones empezaron a reírse y hacer burla del ermitaño, diciéndole: "¿De la riqueza huye? ¿Está en sí? ¿Dónde se ha criado hombre tan bruto? Venga con nosotros y nos enseñará donde está ese bien de quien huye y verá con el amor que nosotros lo acogemos." Excusábase el ermitaño de volver, pero a fuerza lo llevaron.

Llegaron al sitio, donde vieron un asombro de riqueza, y pretendiendo el uno de los tres que lo partiesen luego, amonestaron al ermitaño que, pues trataba de su alma no más y con tan acelerados pasos

huía de la riqueza, tratase de recogerse a lo retirado de su albergue y los dejase solos. Hízolo así, y viéndose tres solos, y con tanta riqueza, y en parte tan segura, ordenaron que, pues el uno se había convidado de ir a buscar que comer lo hiciera, pues era notable el hambre, que después partirían; hízolo así el uno, con dañados intentos.

Apenas salió de la ermita el tal ladrón, cuando el uno de los dos dijo que no sería malo cargar con toda aquella hacienda entre ellos, sin dar parte al otro, y que entre dos a más cabrían. A lo que respondió el tal que no convenía el hacerlo de aquel modo, y así que mejor era dejarle venir con la comida y luego darle de puñaladas, con que quedaban seguros, y solos, y con qué comer.

Así andaban estos hambrientos de bienes temporales batallando con la ambición, cuando el otro compañero, herido también del fiero veneno ambicioso, así que partió de ellos y llegó al lugar, fué a parar en casa de un amigo suyo, también del arte, a quien dió cuenta de todo diciéndole que su intento era que entre ellos dos partieran toda aquella hacienda, y para la ejecución echasen en la comida veneno ponzoñoso, para que los dos compañeros en comiendo muriesen, y así quedarían ellos dueños de todo y sin zozobra. Parecióle bien al tal amigo, tratando también en su dañado corazón que, en hiriendo el veneno a los otros dos, mataría él a su amigo y quedaría dueño de toda la hacienda.

Con esto aderezaron su comida, como tenían trazado, y con ella partieron a la ermita, ordenando el tal ladrón que su amigo se había de quedar retirado a parte que no fuese visto de sus compañeros hasta que él le avisase.

Ejecutóse así; llegó el ladrón adonde le aguardaban sus compañeros; recibieronle amablemente, y así que manifestó todo lo que llevaba para comer, le dieron de puñaladas.

Salió al ruido el ermitaño, diciendo que cómo hacían aquello, y respondiéronle que tratase de su rezo y alma y no se metiese en más. Volvióse a retirar, harto medroso; y ellos muy contentos, viéndose solos a partir tanta hacienda, ordenaron de comer. Apenas empezaron, cuando lo inficionado del veneno dió muestras de su fuerza, empezando el uno a decir: "¡Que me quemó!" El otro: "¡Que me abrasó!", y con estos reclamos cayeron muertos junto al otro cadáver.

El ermitaño que tal oyó, todo admirado salió a ver si podía diligenciar con las almas algo; pero ya era tarde; hincóse de rodillas, clamando al cielo por tal desdicha, a tiempo que a sus voces y lamentaciones llegó el que aguardaba escondido, y viendo hecha la diligencia que él había de hacer, ordenó de cargar con la riqueza, y al salir de la ermita dió en manos de la justicia, que en su seguimiento y alcance de la tal hacienda venía, y hallándola en poder de aquel

hombre, sin más averiguación le colgaron de un roble, sin escucharle descargo, permitiendo Dios todo esto por la ambición traidora que tuvieron, quedando el ermitaño libre, aunque absorto con el suceso que había visto.





## INDICE

	PÁGS.
Advertencia.....	5
FRAY ANTONIO DE GUEVARA Y DE NOROÑA.	
Idea de la muerte.....	7
ANTONIO DE TORQUEMADA.	
La mala estrella.....	10
JORGE DE MONTEMAYOR.	
Historia de Abindarráez y Jarifa.....	12
JUAN DE TIMONEDA.	
No hay quinto malo.....	45
El sagaz villano.....	46
Los sueños, sueños son.....	48
Historia de Apolonio.....	48
MELCHOR DE SANTA CRUZ.	
Justicias del rey don Pedro.....	89
MIGUEL SABUCO.	
Casos que prueban que el pesar puede matar.....	91

---



## INDICE

---

	PÁGS.
DON LUIS DE ZAPATA.	
Cómo se puede ayunar y engordar.....	93
JUAN RUFO.	
Héroes de antaño.....	95
MATEO ALEMÁN.	
Historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja.....	96
LUIS DE PINEDO.	
Un problema matemático.....	159
El estudiante predicador.....	160
Más matemáticas.....	160
GONZALO CORREAS IÑIGO.	
El loco avisado.....	162
AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANCO.	
Soñar despierto.....	163
Anécdota de los Reyes Católicos.....	166
GASPAR LUCAS HIDALGO.	
Cuentos que motejan de asno.....	167
SEBASTIÁN MEY.	
El amigo desleal.....	169
El hombre verdadero y el mentiroso.....	173
CERVANTES.	
Ganar amigos.....	179

---



INDICE

---

	PÁGS.
VICENTE ESPINEL.	
Los dos estudiantes.....	185
LOPE DE VEGA.	
Una anécdota.....	187
TIRSO DE MOLINA.	
Los tres maridos burlados.....	188
JERÓNIMO DE ALCALÁ YAÑEZ Y RIVERA.	
Fábula del león y la zorra.....	237
El valor del <i>qué dirán</i> .....	239
La confesión de los animales.....	242
GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES.	
De pirata a mártir.....	247
El premio del bien obrar.....	270
BALTASAR GRACIÁN.	
Arte para ser dichoso.....	274
FRANCISCO SANTOS.	
El tesoro fatal.....	278











